



Fue un encuentro inolvidable... ¡que la ató a un multimillonario!

Cuando el hermano de Ago dio calabazas a Victoria Cameron, la novia con quien debía casarse, Ago, orgulloso y cumplidor, quiso enmendarlo, pero solo quiso disculparse, no acostarse con la preciosa heredera.

El padre de Victoria había utilizado toda la vida su virginidad como moneda de cambio. Su inolvidable noche con Ago significaba libertad aunque, claramente, él no quería saber nada más de ella. Sin embargo, meses más tarde, tuvo que hacer frente a la reacción del inflexible italiano ante su sorprendente noticia... ¡Estaba esperando un hijo suyo!

## *Capítulo 1*

**A**GO Accardi no quería volver a ver a Victoria Cameron por nada del mundo... y menos vestida de blanco, con un ramo de flores entre las manos y recorriendo el pasillo de la antigua iglesia de la finca familiar en las colinas de Toscana.

Se dirigía hacia el novio que la esperaba, a regañadientes, en el altar y ese novio era, casi literalmente por los pecados cometidos, el propio Ago.

Apretó los dientes mientras ella se acercaba con una serenidad que le parecía insultante dadas las circunstancias de la boda. Le asombró que no se le hiciese añicos la mandíbula.

Ago Accardi no había pensado nunca casarse de esa manera. Era famoso por su compromiso con sus obligaciones y con sus responsabilidades y por sus estrictos principios morales.

Si bien nadie estaba apuntándolo con una pistola en la preciosa capilla de piedra que sus antepasados habían construido en el Renacimiento, la amenaza era la misma porque solo había un motivo para que estuviese celebrándose esa ceremonia.

Miró el rostro de Victoria, que, para su desgracia, era indiscutiblemente hermoso. El vestido era muy sencillo, pero ella no necesitaba aderezos. Era alta y esbelta como un sauce y llevaba el pelo dorado recogido hacia atrás de tal forma que todo el mundo pudiera ver su jovial inocencia sin que lo tapara un velo con encajes.

Sin embargo, bajó la mirada hacia el abultado abdomen que contradecía esa expresión de inocencia, el abdomen que le había trastocado su vida meticulosamente organizada, el abdomen que era el motivo para que la boda se celebrara en una capilla oculta en medio de la inmensa finca de los Accardi y no en la catedral, como le correspondería a su fortuna y legado aristocrático, por no decir nada de ella.

Ella, su abdomen y su colérico padre se habían presentado ante él hacía solo dos semanas. Habían desfilado por sus oficinas de Londres como si quisieran que todo el mundo pudiera comprobar que el abdomen de la virginal Victoria Cameron, hija de uno de los mejores clientes de Accardi Industries, era el abdomen de una mujer embarazada y que, por lo tanto, su presencia en la oficina central de Accardi Industries solo podía significar unas cosa.

Hacía un año, Victoria había estado prometida, casi prometida para ser más exactos, al hermano menor de Ago, quien no había tenido las más mínima intención de casarse aunque sabía que era lo que quería su hermano mayor. Ago había querido pasarlo por alto porque, según su manera de pensar, ya había llegado el momento de que el deshonroso Tiziano sentara la cabeza, de que hiciera algo por la familia, que hiciera algo que no fuese perseguir mujeres por todo el mundo para acostarse con ellas. Sin embargo, debería haber sabido que no se le podía imponer nada a su hermano menor.

Tiziano, en vez de seguir sus instrucciones, se había enamorado aparatosa y abiertamente de una mujer que Ago no habría elegido nunca para él. Sobre todo, porque esa mujer había sido, antes de su relación con Tiziano, una secretaria en Accardi Industries.

Todo había sido una pesadilla porque él se había tomado la molestia no solo de empeñarse en que Tiziano se casara sino que había elegido a Victoria Cameron y había concertado la boda con el padre de ella, como si estuviesen en el Renacimiento.

Él ya sabía lo que se murmuraba. Su hermano lo había llamado hacía una semana entre risas por lo que contaba la prensa sensacionalista, que la hija de Everard Cameron, quien, según Tiziano, era un dechado de virtudes que nunca sucumbiría a la tentación, se había quedado embarazada y había resultado ser tan inmoral como el común de los mortales. Tiziano añadió, con una carcajada, que creerían que era suyo.

Ago no se había reído y tampoco se reía en ese momento, cuando Victoria estaba acercándose.

El padre de ella estaba sentado en el banco más cercano y lo miraba como un ave de presa, como si creyera que él podría salir corriendo. Los bancos de su lado estaban vacíos. ¿A quién podría haber invitado? ¿Acaso podía querer que alguien presenciara esa demostración de su flaqueza y su deshonra? Bastante era que estuviese sucediendo y no había encontrado ningún motivo para complicarlo con invitados a su sórdida caída.

Esa decisión había hecho que los días pasados hubiesen sido especialmente desagradables. Everard Cameron no era de los que descargaban su ira una sola vez si podía hacerlo sistemáticamente y en un tono más hiriente cada vez.

Cuando irrumpió en el despacho de Ago con su hija, no podría haberse imaginado, como había sospechado Tiziano, que él fuese capaz de hacer algo así... y nadie se lo habría imaginado.

—¡Mira el estado de mi hija! —había bramado Everard—. ¡Mira lo que ha hecho el sinvergüenza y cretino de tu hermano!

Ago había mirado. Victoria era alta y esbelta, era una rubia inmaculada que irradiaba serenidad independientemente de lo que estuviese sintiendo, como él sabía para su desgracia. El vestido que llevaba no disimulaba el abdomen que no había tenido la última vez que la había visto. Ella se había quedado con las manos sobre el abdomen en cuestión y mirando recatadamente el suelo. Él había apretado los dientes con todas sus fuerzas.

—Todo el mundo sabe que mi hermano está... muy enamorado —había conseguido replicar él.

—¡Como si eso fuese un obstáculo para un canalla como él!

—¿Te ha dicho Victoria que ha sido Tiziano? —había preguntado él en un tono gélido.

Everard no miró a su hija. Él se había dado cuenta de que no la miraba nunca. Para él, su hija solo era un peón en la partida que había estado jugando toda su vida, la de acumular toda la riqueza que pudiera antes de morirse... y, conociéndolo, de encontrar la manera de llevársela cuando dejara este mundo cruel

No hacía falta decir que ese embarazo imprevisto le impedía especular con la inocencia de su hija como había hecho siempre. Había velado celosamente su virginidad y la había rodeado de vigilantes después de que se graduara en una serie de deprimentes colegios de monjas. Luego, la había presentado a sus conocidos adinerados como la yegua de cría perfecta, a un precio muy elevado. Para cierto tipo de hombres, centrados en su dinastía por encima de todo lo demás, Victoria Cameron era un verdadero trofeo.

Un trofeo que, según Tiziano, Ago debería lograr ya que parecía tan partidario de ella.

Ago, no obstante, se había concentrado en resolver el problema de la mala fama de su hermano y no en sus necesidades sucesorias. Él era el intachable Ago Accardi y había estado barajando los historiales de unas cinco herederas igual de intachables con el convencimiento de que cualquiera de ella estaría deseando convertirse en la matriarca Accardi.

Se había propuesto no casarse hasta que se hubiese solucionado el problema de Tiziano y lo había cumplido una vez que Tiziano había dejado claro que no pensaba dejar a su amante y, con toda certeza, sí casarse con ella, algo que, seguramente, sería mejor a que no se casara nunca.

Sin embargo, la ascendencia impecable que exigía el legado Accardi dependía de él, como siempre. Por eso, durante el último año, había reducido la lista de candidatas a dos jóvenes impolutas... a las que abrumaba hasta un punto desesperante. Sin embargo, allí, en ese momento, sus adulaciones y su nerviosismo ya no importaban lo más mínimo.

Victoria Cameron, quien, gracias a la prensa sensacionalista, todo el mundo sabía que había estado destinada a su hermano hasta que él se la había quedado en el último momento, no había estado nunca en su lista. Aun así, allí estaban...

—Lo único que dijo mi hija en su defensa fue Accardi Industries — había gruñido Everard Cameron hacía dos semanas—. Tú y yo sabemos lo que tiene que decir eso.

Era evidente que se refería a Tiziano y su conocida afición por las mujeres. Entonces, mientras la insinuación de su padre seguía flotando en el aire, Victoria levantó fugazmente los ojos del suelo, lo miró y volvió a bajarlos, pero él había captado lo que tenía que captar.

Peor aún, se había sentido tentado una vez más por culpa de esa mujer y era insoportable.

Hacía seis meses, había caído en la tentación y, hacía dos semanas, había entendido que ella estaba dándole una escapatoria. Él podría haber acusado a su hermano. Habría sido muy fácil cuando Cameron daba por supuesto que Tiziano era el culpable. Podría haberse lavado las manos y culpar al hombre que, para todo el mundo, ya era el responsable de que estuviese embarazada.

Sin embargo, había sido incapaz al ver su abdomen y al acordarse, con todo detalle, de por qué estaba así. No había podido articular las palabras e, incluso, se había sentido mal solo por intentarlo.

También había intentado, en silencio, que volviera a mirarlo, pero no lo había hecho. Victoria Cameron sería muchas cosas, pero, como comprobó aquella noche de hacía seis meses, él no la abrumaba y tuvo que acabar mirando a su padre.

—Tu hija y yo nos casaremos lo antes posible —había replicado él con frialdad.

Luego, salió de la habitación para ordenar a sus empleados que hicieran los preparativos y para que lo ayudaran a no responder a los exabruptos de Everard Cameron.

Durante esas dos semanas, no había estado a solas con la que iba a ser su esposa. Se había ocupado de que no lo dejaran solo en su presencia porque no serviría para nada bueno, y no había servido para nada bueno.

Por otro lado, no había manera de aplacar al padre de ella. Hasta ese momento, había habido gritos en dos países. Ago había tenido que acudir al menos tres veces a su mansión en Wiltshire. Había llegado a esperar que Cameron recordara que ya no estaban en la Edad Media. Quizá entonces se limitara a no presentarse en las tierras de los Accardi que se extendían por la Toscana. Aun así, aunque hubiese ocurrido eso, se conocía lo bastante como para saber que no era uno de esos hombres que no iban a caer en las trampas de la modernidad. Llevaba la Italia medieval en lo más profundo de su ser.

Además, el meollo del asunto era que Victoria Cameron estaba esperando un hijo suyo, su heredero. Por eso, independientemente de lo que hiciera o dejara de hacer el padre de ella, solo había habido una solución. Algo que le había repetido una y otra vez al padre de ella la noche anterior mientras el hombre, ya mayor, le había gritado en el despacho de la casa solariega para exigirle más concesiones.

—Por una cuestión de honor —había replicado Ago en un tono tajante—, voy a renunciar a cualquier gesto parecido a una dote, Everard, pero no fuerces las cosas. Creo que no te gustaría cómo podrían acabar.

Allí, en la capilla, Ago miró al sacerdote, quien, según se decía por la zona, era primo suyo en algún grado. Luego, miró a Victoria, quien estaba parándose delante de él. No sabía si su padre no la había llevado al altar porque estaba castigándola por algo o porque ella había rechazado su brazo. Si tuviera que decir algo, diría que por lo segundo. Sabía mejor que la mayoría que su padre no controlaba a Victoria Cameron tanto como él podría imaginarse.

La ira se adueñó de él aunque también sabía que no se reflejaría lo más mínimo en su rostro. Sintió la misma oleada de rabia cuando le tomó la mano e hizo un gesto con la cabeza a su padre, que echaba chispas en el banco, antes de mirar al sacerdote.

Victoria le agarró la mano con decisión, aunque solo consiguió que esa oleada rugiera con más fuerza. Quiso soltarla como si le hubiese quemado... pero siempre había cumplido con su deber. Quizá no le gustase lo que representaba esa mujer, quizá le reprochase que le hubiese demostrado que solo era un hombre, y un hombre indigno, pero eso no significaba que no estuviese dispuesto a cumplir con su deber.

Pensó en su complicado padre mientras el sacerdote de la familia empezaba la ceremonia y repitió las palabras de rigor cuando tuvo que hacerlo. Pensó en su abuelo, más inflexible todavía, mientras Victoria repetía las palabras con dulzura. Sabía muy bien que tanto su padre como su abuelo se habrían desesperado por lo que había hecho y por la deshonra que era para la familia, pero también sabía que habrían acabado aplaudiendo que hubiese asumido sus responsabilidades tan firmemente porque Victoria estaba esperando un hijo suyo, el próximo heredero de los Accardi.

Dejando al margen la deshonra personal y el posible escándalo, eso era lo único que importaba de verdad y era lo que le habían inculcado su padre y su abuelo. En definitiva, él tenía la responsabilidad de que el legado Accardi siguiera en el futuro y de que su propio hijo siguiera sus pasos, no los de su hermano, y sirviera dignamente a su nombre cuando le tocara... como había hecho él hasta que se encontró con Victoria.

Intentó convencerse de que eso era lo que le había dado fuerza mientras el sacerdote los declaraba marido y mujer. Se inclinó y besó fugazmente a su esposa, fue un beso rotundo en el mejor de los casos y se dijo que la calidez que sentía por dentro era fruto de su imaginación.

Se giró bruscamente y se la llevó hacia la puerta de la capilla quisiera ella o no. Ella, sin embargo, no se resistió y le siguió el paso como en una especie de ballet que él prefirió no analizar por motivos que no pensaba indagar.

Una vez fuera, tomó el camino entre cipreses que llevaba a la casa principal, hasta que se acordó de que no hacía falta que le sujetara la mano y se la soltó como si le hubiese quemado de verdad.

—Ya está, ¿no? —comentó Victoria en un tono casi burlón e impropio del momento—. Ya estamos casados.

Entonces, para pasmo de él, ella se rio como si no pudiera creérselo, como si hubiese sucedido algo mágico. Ago miró hacia atrás y vio que el sacerdote había atrapado a Everard en la puerta de la iglesia y parecían enfrascados en una conversación.

Él, sin embargo, aprovechó la ocasión. Era la primera vez que estaba a solas con Victoria desde aquella fatídica noche de hacía seis meses.

—¿Era lo que habías planeado desde el principio? —preguntó Ago como si fueran balazos—. ¿Lo planeaste hace seis meses? ¿Me tendiste una trampa?

Él esperó que lo negara y que quizá llorara un poco, pero Victoria Cameron, Victoria Accardi se corrigió a sí mismo con rabia, se limitó a mirarlo con seriedad.

—Sí y no —contestó ella sin parpadear.

La miró con el ceño fruncido y dominado por una ira sombría, pero, aun así, no era inmune a su perfección. El azul de sus ojos, algo más claro que el de él; el pelo dorado recogido alrededor de la cabeza y que le caía suelto sobre los hombros; la aristocrática nariz; la elegante boca que podía ser, como él sabía para su desgracia, deliciosamente maliciosa...

Además, no sabía si siempre le había parecido tan tentadora, incluso cuando creía que tenía que casarse con su hermano, o era una dolencia más reciente.

—Supongo que debería agradecerte que hayas tenido el valor de reconocérmelo a la cara.

Ago no se lo agradecía y tampoco creía que lo pareciera. Victoria, al contrario que las otras candidatas, no se inmutó lo más mínimo por su tono o su expresión implacable.

—No se me ocurrió en ningún momento que fueras a fijarte en mí —replicó ella en un tono neutro—. En ese sentido, no había ningún plan. Tampoco me imaginé que fuese a encontrarte en aquella fiesta y aunque me lo hubiese imaginado no se me habría pasado por la cabeza que quisieras hablar conmigo, como hiciste. Tampoco había ningún plan por ese lado.

Era un día soleado de noviembre en la Toscana, pero hacía frío. Aun así, hacía más calor que aquel día de finales de mayo cuando se la encontró en ese caserón antiguo de la costa sur de Inglaterra. No había esperado encontrarse a Victoria y menos tan poco vigilada. Siempre la había visto rodeada de toda una serie de... acompañantes, pero esa casa era del

hermano de su padre y la consideraba segura para la inocencia de su hija. Sus guardianes habituales no estaban vigilándola tan de cerca como de costumbre y por eso pudo pasear con ella por el jardín, a pesar del frío. Peor aún, había podido disculparse por lo que le había hecho o, mejor dicho, no le había hecho su hermano las navidades anteriores.

No había esperado que le pareciera fascinante y había muy pocas cosas que le parecieran inesperadas.

No le hacía gracia que ella hubiese conseguido sorprenderlo otra vez.

—Antes dijiste que sí —gruñó él.

Victoria se encogió de hombros y él no pudo evitar darse cuenta de que su expresión era casi jactanciosa.

—No habría podido planear nada de eso, pero tengo que reconocer que una vez que pasó, esperé que acabara así.

—Es el sueño de cualquier chica, ¿no? Un matrimonio precipitado para legitimar un hijo antes de que nazca.

Ago lo dijo en un tono de rabia contenida y necesitó un dominio de sí mismo desproporcionado para no agarrarla de los hombros y estrecharla contra sí, solo para enfatizar su ira, se dijo a sí mismo.

—Lo siento si no ha sido lo que tú querías...

Victoria volvió a reírse y él volvió a sentir un arrebato de rabia. Ella lo miró a la cara y se rio otra vez al ver la expresión que ponía.

—¿Acaso lo dudas?

—Por fin estoy libre, Ago. Si tienes que odiarme, lo aceptaré, es una consecuencia aceptable.

Victoria se encogió de hombros otra vez como si quisiera dar a entender que le daba igual lo que él quisiera, que podía odiarla y no iba a importarle lo más mínimo.

## *Capítulo 2*

**A** VICTORIA le importaban los sentimientos de su flamante esposo más de lo que le gustaría.

Ago Accardi era el hombre más impresionante que había visto en su vida y, además, era el único al que había besado... y aquella noche, en el jardín del tío Edward, la cosa no se había quedado en un beso. Algunas veces, incluso en ese momento, solo podía pensar en lo posesiva que había sido su boca y en la magia que había descubierto en su cuerpo gracias a él, en ese cuerpo que él había hecho suyo con tanta facilidad.

Pensaba demasiado en Ago y no podía fingir lo contrario, pero ya era libre por fin. Tenía veinticuatro años y era libre por fin. Solo podía concentrarse en que por fin había escapado de las garras de su padre a pesar de lo imponente y abrumador que le parecía Ago, de su rostro serio y pensativo... por no decir nada de cómo le estampó aquel beso incontenible en los labios.

Sobre todo, cuando Everard se deshizo del sacerdote y tomó el sendero para alcanzarlos.

Era un día despejado, pero frío. Notaba la carne de gallina por todo el cuerpo y le daba igual que fuera porque estaban casi en diciembre o por el hombre ceñudo que tenía al lado. Por fin se sentía viva, era libre.

Además, tendrían que pasar por encima de su cadáver para que el hijo que estaba esperando acabara tan enjaulado como lo había estado ella hasta ese momento. Una jaula era una jaula por muy bonita que fuera.

Estaba segura de que Ago estaría de acuerdo, tenía que estarlo. Al fin y al cabo, no se había quedado con ella solo para que tuviera sus hijos, como habrían hecho los otros hombres que la habían rondado, a instancias de su padre, si hubiesen ganado el trofeo.

Lo que había pasado en aquel jardín había sido físico e inesperado. Si no, él no se habría quedado tan... desarbolado. Esa vez, sí supo que la carne de gallina era por los recuerdos, no por el frío.

—Espero que estés contenta —masculló su padre cuando llegó sin mirar siquiera a Ago—. Esta ceremonia indigna es todo lo que recibo después de todos los esfuerzos que he hecho por ti, después de todo lo que te he dado.

—¿Te refieres a haberme educado después de que muriera mi madre? Era tu responsabilidad como único progenitor. ¿Es eso lo que hiciste por mí, papá?

—Casarte así... —siguió él en el mismo tono ofendido.

No estaba escuchándola y ella creía que no le había escuchado nunca. Podía decirle cualquier cosa siempre que mantuviera una expresión serena y moderadamente alegre, y él no la asimilaría. Solo era como un sonido de fondo para él.

—El bochorno y el atrevimiento de llevar un vestido blanco sobre tu evidente embarazo. Me alegro de que tu madre no pueda ver lo bajo que has caído, Victoria.

Ella dio un respingo aunque no era ninguna novedad. Su padre le había gritado cosas mucho peores cuando fue imposible disimular su estado. Había leído en Internet, llevada por el pánico, que algunas mujeres conseguían disimular el embarazo hasta casi el día que daban a luz, pero también era verdad que la mayoría de las mujeres no habían tenido que sufrir el control al que le había sometido su padre desde que era pequeña.

Abrió la boca para eludir las palabras hirientes de su padre, como hacía siempre, pero Ago se puso rígido a su lado.

—Te cuidado con lo que dices, Everard —intervino Ago en ese tono implacable y aterciopelado que la obsesionaba—. Estás dirigiéndote a mi esposa.

Victoria pensó que quizá hubiese escapado de las garras de su padre para caer en otras más afiladas. Sin embargo, tendría que esperar para que eso le preocupara porque, en ese momento, que alguien le hablara así a su padre era... maravilloso, era un regalo de boda maravilloso. Podría quedarse con eso aunque Ago resultara ser un ogro.

—Hablaré a mi hija como quiera —replicó su padre frunciendo el ceño como si así fuera a asustar a Ago.

—Sin embargo, ya no es solo tu hija, ¿verdad? —preguntó Ago en un tono inflexible que hacía que a ella le pareciera un héroe—. Es la esposa del actual cabeza de la familia Accardi y madre de su heredero. Ya no es Victoria Cameron. Everard, te presento a la signora Victoria Accardi.

Ago dijo su nombre como si fuese una desconocida. No solo empleó su poético inglés con acento italiano sino que lo dijo como si ella fuese italiana, como si él hubiese hecho que lo fuera con esa ceremonia. Incluso, dijo su nombre como si fuese Vittoria, como si ella se hubiese diluido en él como siempre se había diluido bajo la autoridad de su padre.

Sintió algo muy parecido al pánico.

Entonces, se acordó de todos los detalles que había intentado pasar por alto durante los últimos seis meses. No solo de aquella noche en el jardín sino también de todas las veces anteriores que había tratado con el implacablemente correcto Ago, quien parecía llevar la cortesía como una tela hecha a medida que cubría la ferocidad despiadada que lo caracterizaba.

Se le consideraba un hombre elegante y refinado, pero, al mismo tiempo, en cuanto se daba la vuelta, murmuraban sobre su destreza en los negocios y sobre su inteligencia penetrante que otros hombres admiraban y temían en la misma medida.

Además, su padre era el mayor admirador de Ago. Al menos, hasta hacía dos semanas, cuando todo el mundo de Everard había quedado patas arriba al enterarse de que el único hombre al que había confiado su hija había sido el que la había mancillado.

Victoria no se sentía mancillada en absoluto, pero no pensaba decírselo a su padre y mucho menos a Ago.

Estaba segura de que se consideraría una vulgaridad o, posiblemente, un pecado, pero eso ya daría igual porque estaban casados y el hijo sería legítimo. Esperaba fervientemente que pudiera vivir el resto de su vida sin que la miraran con lupa, como habían hecho durante los primeros veinticuatro años.

Ago le había preguntado si estaba bien cuando su padre y ella llegaron a Italia hacía unos días. Estaban en uno de los magníficos salones de la mansión que, como ella sabía muy bien, había pertenecido a su familia desde hacía generaciones, desde mucho antes de que la familia de su padre hubiese conseguido tener cierto lustre.

Ella había contestado que estaba muy bien. ¿Qué podía haber dicho si no? Que algunas semanas después de la noche en el jardín se había sentido algo desanimada, pero como todo el mundo cuando hacía tanto calor, y que se le pasó en cuanto llegó el lluvioso otoño. Había dado por supuesto que estaba un poco más decaída de lo habitual, pero nada más.

No había relacionado aquella noche en el jardín con lo que pasó después y pasaron cuatro meses hasta que cayó en la cuenta de que no se acordaba cuándo había tenido la última menstruación y de que, por primera vez en su vida, existía la posibilidad de que esa irregularidad pudiera querer decir algo.

Se enorgullecía de su inteligencia y era lo único que había tenido durante años. Esa inteligencia le había dejado claro que no tenía sentido contarle a Ago, antes de la boda, lo que había pasado. La boda sería su manera de librarse de la opresión de su padre y, además, el novio no la rechazaba. Sin embargo, también era verdad que, durante mucho tiempo, solo había sido una chica embarazada y temerosa de lo que podría significar el embarazo. Más concretamente, de la reacción de su padre.

¿Cómo podía contarle algo así a un hombre tan poderoso como Ago? Él, naturalmente, no tenía ni idea de lo que era sentirse solo e indefenso.

Él también le había preguntado si no había habido complicaciones y se lo había preguntado como si le preguntara por el tiempo, como si él no fuera el responsable de que estuviese embarazada y como si no supiese lo que había sido sentir esas acometidas ardientes y graníticas entre las piernas.

Ella había contestado que no había habido ninguna complicación y había dejado a un lado los recuerdos.

No se le había ocurrido hasta ese momento que él era la principal complicación.

Ago la agarró del brazo y empezó a andar a un paso que obligó a su padre a que tuviera que correr un poco. Sintió frío de repente, como si ese día de finales de noviembre se hubiese convertido en británico y hubiese nublado el soleado día toscano.

La capilla estaba bastante cerca de la casa principal e intentó recomponerse porque su desasosiego no ayudaba a nadie, ni al bebé ni a sí misma. Su padre disfrutaría y Ago podría dominarla más, y no estaba dispuesta a permitir ninguna de las dos cosas.

Una vez en la casa, Ago los llevó a un comedor privado que, como ella sabía, estaba separado del comedor principal, donde cabía todo un regimiento. Los empleados habían preparado un pequeño festín y Ago la acompañó, con una cortesía irritante, para que se sentara en un extremo de la mesa. Él se sentó en el otro e hizo un gesto a su padre para que se sentara entre los dos.

Una vez sentada, y sin el más mínimo apetito, Ago empezó una de las conversaciones más aburridas que había oído en su vida con su padre, como si solo se le ocurriera hablar, en ese día, de los mercados de valores de todo el mundo.

Resopló y se pasó las manos por el abdomen para buscar la cabeza de su bebé. Luego, siguió moviéndolas hasta que notó unas patadas. Sonrió y se recordó a sí misma que, independientemente de lo que pasara, tenía todo lo que quería. Se había liberado de su padre. Había habido muchos momentos durante los últimos años, cuando Everard la paseaba para que la conocieran los candidatos que cumplían sus requisitos, con los que había temido que acabaría en una situación mucho peor que esa.

Ago no era un monstruo, todo el mundo lo consideraba un hombre justo, aunque frío. Eso, para ella, era un avance.

Además, no estaba sola. Su hijo estaría con ella dentro de unos meses y sería madre. No recordaba casi a su madre, pero lo que recordaba conllevaba una sensación muy intensa de bienestar, una sonrisa amplia y amor. No había pensado ser madre tan pronto, y menos con un desconocido, pero, una vez que había sucedido, tenía que reconocer que no podía haberse imaginado un resultado mejor.

Debió de haberse quedado ensimismada mientras se imaginaba acunando a un niño o una niña con sus ojos azules y el pelo moreno de Ago porque cuando levantó la mirada, su padre se había marchado y solo estaba él al otro lado de la mesa. Una mesa que le pareció desproporcionadamente larga cuando se sentaron y que le parecía demasiado pequeña en ese momento.

—¿Adónde se ha ido mi padre?

—Nuestra conversación sobre los mercados de valores ha hecho que quisiera llamar urgentemente a su gestor financiero —contestó Ago con frialdad.

Él le dirigió una mirada que hizo que se sintiera como si debiera sentarse más recta, como si debiera ponerse la coraza de los modales

exquisitos que le habían enseñado las monjas, pero hubo algo que la detuvo porque no quería que él le viera hacerlo, quería, por todos los medios, fingir que él no le afectaba.

—Se lleva muy bien con su gestor financiero —comentó ella con una despreocupación que no sentía—. Creo que no se lleva tan bien con nadie en el mundo.

Ago la miró un buen rato, hasta que ella se dio cuenta de que estaba poniéndose más recta independientemente de lo que él estuviese viendo.

—Es la primera vez que estamos solos —comentó él—. ¿No tienes nada que decir?

—La signora Victoria Accardi me parece una desconocida —él arqueó las cejas como si no hubiese entendido lo que había dicho—. No he comentado en ningún momento que fuese a adoptar tu apellido.

Él curvó los labios, pero ella no era tan tonta como para considerarlo una sonrisa.

—Estás esperando a mi hijo y también llevarás mi apellido. No hay discusión al respecto.

Ella no se había planteado nunca si llevaría o no el apellido de su marido, pero su arrogancia hizo que se encrespara al instante.

—Sabrás que hoy en día la mujer elige su apellido...

Ago se encogió de hombros aunque no tuvo nada de titubeante, pero ella se sintió menospreciada.

—Si quieres tener estas discusiones, mia mogliettina, deberías haberte casado con otro hombre —ella abrió la boca, pero él no le dejó intervenir—, pero, para tu desgracia, te has casado conmigo. Además, en lo que se refiere a mi trabajo, soy muy... moderno. Valoro a las mujeres y se comprueba en los cargos más altos de la empresa.

—Te felicito por hacer lo mínimo, Ago. Me alegro de que hayas entrado en este siglo.

—Sin embargo, eso no significa que vaya a hacer lo mismo en mi casa —replicó él con un brillo en los ojos oscuros—. Yo soy un Accardi y el hijo que esperas es un Accardi. Además, el apellido Accardi es sagrado para mí. El legado de los Accardi es lo que rige mi existencia. No pretendo que lo entiendas y, si soy sincero, me da igual que lo entiendas o no.

El brillo de sus ojos resultó ser ardiente y penetrante, y la clavó en la silla.

—Es posible que hoy te hayas liberado de tu padre, pero no volverás a ser libre, Victoria. Serás una Accardi hasta el día de tu muerte. Luego, te enterrarán a mi lado en el mausoleo familiar. No habrá escapatoria para ninguno de los dos. Espero que esto fuera lo que querías en el jardín. Espero que estés preparada para lo que se te presenta por delante.

Victoria tenía el corazón acelerado, pero consiguió tomar aire.

—¿Y qué pasa con la felicidad de camino al mausoleo? —preguntó ella—. ¿Dónde entra eso?

Ago la miró fijamente.

—La felicidad, Victoria, es para los hombres que no llevan siglos de tradiciones y obligaciones a la espalda.

—¿Quieres asustarme? —preguntó ella en voz baja—. Ya sabes que mi padre lleva intentando casarme desde que tenía dieciocho años, ¿verdad? Siempre me había imaginado un porvenir mucho más desolador que este.

No dijo que nadie le había prometido la más mínima felicidad y mucho menos pasión. Quizá se hubiese equivocado. Quizá le hubiese ido mejor con un hombre que solo quisiera acostarse con ella para tener hijos y luego se fuera con su amante y a ella la dejara en paz. Siempre le había parecido el mejor final para la obsesión de su padre.

—En cualquier caso, no me da miedo nuestro porvenir, Ago. Me alegro de no estar en la prisión de mi padre y me conformo con eso.

Lo dijo aunque le costaba recordar cómo habían sido las cosas antes de que Ago Accardi le hubiese arrebatado los sueños o cuando no sabía qué eran las relaciones sexuales y lo que podrían haberle pedido esos hombres, que no le parecían nada atractivos, en esos matrimonios que le había programado su padre. Sin embargo, él no sonrió.

—Es posible que tus circunstancias lleguen a parecerte como una prisión, Victoria, porque no voy a permitir que ningún escándalo le salpique a mi hijo... cueste lo que cueste.

## Capítulo 3

**L**E dominó el pánico que había estado abriéndose paso por dentro de ella, se adueñó hasta del rincón más recóndito de su ser, pero no se movió, no parpadeó. De repente, se alegró con todas sus fuerzas de haber pasado toda su vida en la celda del control de su padre porque pudo contener su reacción, porque había llegado a ser capaz de mantener una sonrisa imperturbable y de que sus sentimientos no se reflejaran en su rostro.

—¿Como una prisión? —repitió ella.

Lo preguntó como si no tuviera ninguna curiosidad, como si preguntara por el horario de los trenes o algo igual de tedioso y se sintió muy orgullosa de sí misma.

—Si bien tu padre me ha sermoneado en cuanto ha podido —siguió Ago como si ella no hubiese dicho nada—, yo he estado pensando sobre la situación en la que nos encontramos.

Se quedó petrificada. No habría podido levantarse ni aunque su vida hubiese dependido de ello y no lo intentó. Solo intentó, por todos los medios, parecer indiferente.

—¿De verdad? —preguntó ella—. Yo recito poesía para mis adentros cuando me sermonea.

—A pesar de lo que pueda parecerte, no soy un hombre apasionado, Victoria.

Ago lo dijo en un tono grave y quizá por eso su forma de decir su nombre le llegó muy dentro. Además, sus ojos volvían a tener ese brillo que era como una detonación.

Sabía que debería decir algo ocurrente para aliviar la tensión, pero no podía hablar. Era como si él la agarrara del cuello aunque estuviera al otro extremo de la mesa. Estaba tan cautivada por ese resplandor azul que solo podía pensar en Ago Accardi y la pasión...

—Soy un hombre cuidadoso —siguió él—. Mi vida, al contrario que la de mi hermano, quien siempre ha hecho lo que ha querido, se ha regido por el deber. Siempre he antepuesto mis responsabilidades porque es lo mínimo que les debo a quienes me precedieron y a quienes llegarán después de mí.

Ago le miró el abdomen como si estuviera ungiendo a su heredero en ese instante y ella se puso rígida. Se llevó las manos al abdomen y le frunció el ceño porque no quería que convirtiera a su hijo en alguien tan sombrío y soso como él.

—No me parece que tu hermano pase por alto que es un Accardi —comentó ella aunque no sabía casi nada sobre Tiziano Accardi.

Si bien había estado a punto de tener que casarse con él, no se habían hablado más de cuatro veces en sus vidas.

Aun así, el menor de los Accardi dejaba una impresión duradera. Había llegado a la conclusión, hacía mucho tiempo, que siempre era tan desmesurado porque era un Accardi, aunque parecía que había sentado la cabeza después de haber encontrado a la mujer adecuada, una mujer que, afortunadamente, no era ella.

—Quiero a mi hermano —farfulló Ago—. Es la única familia que me queda y no voy a chafarle la felicidad que parece haber encontrado en un sitio tan insólito. Sin embargo, su empeño en ser el mayor sinvergüenza del mundo solo me ha causado problemas. Cuanto más escandaloso era él, más correcto era yo. Aun así, ya se murmura sobre ti, Victoria. Siempre habrá quien no se crea que tu hijo no es de Tiziano y eso es algo que yo no puedo consentir.

Ella seguía sintiendo el espectro de su mano en el cuello y la agarraba con más fuerza todavía.

—La gente murmurará siempre —consiguió replicar ella—. Da igual lo que consientas o no. Ni siquiera tú, Ago, puedes controlar el pasatiempo favorito de todo el mundo. Cotillearán alegremente sin importarles lo que tú hagas.

—Es posible...

Sin embargo, no estaba muy convencido de que él, Ago Accardi, no pudiera imponer su voluntad si quería. Se apartó de la mesa y se levantó, y su forma de levantarse la afectó. Sintió otra detonación por dentro, como una llamarada abrasadora. Fue como si hubiese estado tan centrada en lo

que iba a conseguir personalmente gracias a la boda que... no había prestado atención al novio.

Sin embargo, al verlo de pie cuando estaban solos y casados, no podía evitar fijarse en lo alto y abrumadoramente viril que era. Su cuerpo era como una sinfonía de músculos fibrosos que su traje oscuro hecho a medida matizaba un poco en la distancia. De cerca, en ese comedor pequeño, parecía soltar chispas por todos lados y hacía que le costara respirar. Además, cuando la miró con esos ojos azul oscuro, las chispas se convirtieron en llamas.

—Mia mogliettina...

Ella no sabía qué quería decir «mia mogliettina», pero tenía la sensación, por el tono, que no era una expresión cariñosa.

—No necesito controlar el mundo —siguió él—. Solo necesito controlar mi vida y, ahora que estamos casados, eso te incluye a ti, mi mujercita.

Volvió a tener la sensación de que se ahogaba, pero esa vez lo atribuyó a las chispas, a las llamas que asociaba con aquella noche en el jardín de su tío. La noche que intentaba no recordar porque todo era demasiado... ardiente e intenso y estaba al margen de todo lo que había sido su vida antes y después.

Quiso levantarse también y, seguramente, salir corriendo, pero solo pudo mirarlo fijamente... y le aterraba la idea de que Ago Accardi la controlara. Aunque no llamaría así a su forma de abrazarla en aquel jardín y...

Tenía que centrarse. Él estaba hablando de una prisión, no de pasión.

—Te quedarás aquí mientras dure el embarazo —estaba diciendo él como si fuera una decisión empresarial y no su sentencia a cadena perpetua—. Naturalmente, recibirás la mejor atención médica. Traeré a los mejores ginecólogos del mundo y se ocuparán de ti en todo momento, pero te quedarás aquí, fuera de la vista. Darás a luz y tendrás todo lo que pueda desear una mujer, niñeras, enfermeras... No os faltará nada ni a nuestro hijo ni a ti. Luego, después de un plazo prudencial, cuando todo el mundo haya dejado de contar meses y de remover viejos escándalos, podrás hacer lo que quieras... Dentro de unos límites, claro.

No tenía sentido. Victoria lo miró con todo el detenimiento que le permitía la llamarada, el espanto, la pasión y la rebeldía. Además, no sabía qué expresión tenía en la cara. Algo que no iba a permitir que sucediera

cuando estaba en presencia de un hombre que creía que la gobernaba. En realidad, no lo había hecho nunca desde que era una niña.

Sin embargo, solo podía sentir la mano en el cuello y el batiburrillo por dentro.

Fuera lo que fuese lo que Ago vio en su cara, pareció gustarle porque hizo ese gesto tajante con la cabeza que ella había comprendido que solo era el punto final del asunto que estuviesen tratando. Solo parecía que él estuviese relacionándose, solo era un gesto que fingía ser cortés cuando no lo era ni mucho menos. Hasta el punto que ya estaba dirigiéndose hacia la puerta.

Él no había pretendido tener una conversación. Había expresado sus intenciones y, para él, no había nada más que decir. Se le aceleró el pulso.

—Perdona —Victoria hizo un esfuerzo sobrehumano para mantener un tono mesurado—. ¿Te he oído bien? ¿Piensas tenerme secuestrada aquí? ¿Vas a encerrarme y a tirar la llave durante años?

Ago se detuvo a la altura de su silla y la miró desde una distancia que le pareció mayor que los casi dos metros que medía.

—Quiero que desaparezcas, Victoria.

—¿Eso es...?

Victoria se aclaró la garganta como si quisiera hacer algo para no ahogarse porque si no, sucumbiría a tantas cosas que no podía nombrar siquiera. Temía que si sucumbía solo a una, se encerraría ella sola... y no podía permitirlo.

—¿Eso es una amenaza?

Él frunció levemente el aristocrático ceño.

—Una esposa muerta no sería un escándalo tan grande.

Ella asintió pensativamente con la cabeza, como si fuese una conversación académica y no lo que parecía ser el detallado plan para su vida en el destierro.

—Sin embargo, cuando me permitas reaparecer, dentro de muchos años, ¿no será otro escándalo?

—La verdad es que te consideran tan virtuosa, o tan desmesuradamente vigilada por tu padre, que no causas muchas conmociones.

Victoria tuvo la sensación de que él creía que había sido un halago, pero a ella le sonó como si estuviese insinuando que era invisible. ¿De verdad creía que a una mujer le gustaba oír eso?

—Quiero que, sencillamente, desaparezcas —siguió él—. Cuando reaparezcas, como tú dices, tendrás treinta y tantos años y serás la madre de un hijo ya crecido. A nadie le importará y será el final del asunto. Lo importante es que las habladurías sobre mi hermano no afecten a la legitimidad de mi heredero.

Se sintió diminuta con Ago mirándola de esa manera. El gran hombre dictaba sentencia sin importarle lo que ella quisiera. Ella ya había pasado por eso y no iba a volver a pasar. Se levantó todo lo elegantemente que pudo en esas circunstancias. Una vez de pie, se alisó el vestido de novia y vio que Ago le miraba el abdomen antes de desviar la mirada.

No debería haberle quedado una sensación cálida ni la señal, otra vez, de su implacable beso en los labios, como si la hubiese marcado.

—Entonces, ese es el motivo de mi confinamiento —ella empleó un tono sereno y recatado e, incluso, llegó a sonreír—. Me recuerda a la película El león en invierno, te lo concedo, pero ¿cómo será el resto de nuestro matrimonio?

Ago apretó los dientes, ella vio la tensión de un músculo y le pareció más que fascinante. Sin embargo, no era tan necia como para hacer lo que todo su ser anhelaba hacer y tocarlo. Dudaba mucho que a él fuera a importarle que intentara tocarlo.

En ese instante, fue lo único que quiso hacer y le dolió físicamente no poder hacerlo.

Él la miró detenidamente y ella quiso que la hubiese encerrado de verdad en una torre, como a la reina de su obra de teatro favorita.

—Victoria, tú eras, sobre el papel, la candidata perfecta para ser mi esposa y no voy a negar que llegué a planteármelo antes de que decidiera que fueses para mi hermano.

Él lo dijo en un tono que le retumbó por todo el cuerpo antes de llegar al ardiente rincón que tenía entre las piernas y que solo él había tocado. Aun así, su expresión le indicó que no era un halago.

—Qué honor —consiguió murmurar ella.

A él no le pareció sarcástico porque siguió hablando.

—Enseguida me di cuenta de que las necesidades de mi hermano eran mayores y una vez que estuvieses vinculada a él, aunque fuese ligeramente, sería un escándalo que me quedara contigo.

Victoria se sentía algo mejor después de haberse levantado, pero todavía no había alcanzado el grado de serenidad y competencia que le gustaba sentir cuando tenía que lidiar con hombres dominadores. No obstante, si había aprendido algo en la vida, era a emplear lo que tenía.

—Perdona mi impertinencia, pero ¿no fue exactamente eso lo que pasó en el jardín de mi tío?

Ella lo preguntó en el tono más comedido que pudo, como si no mirara al suelo solo por educación. El músculo de su mandíbula volvió a tensarse y vibró como le vibraba el pulso a ella.

—Yo solo quería disculparme por lo que había ocurrido, o no había ocurrido, con Tiziano en Navidad —masculló Ago.

—Eso dijiste más tarde —replicó ella sin poder evitar un tono algo apesadumbrado.

—Hoy me he hecho responsable de mis actos para honrarte a ti, a mí, al nombre Accardi y al hijo que hemos engendrado —sentenció él—, pero me temo, Victoria, que una mujer que se dejó llevar de aquella manera en un jardín donde cualquiera podría haberla visto, queda descalificada, por definición, para convertirse en la esposa que yo me había imaginado.

—Y, aun así, soy tu esposa.

Ella lo dijo con dignidad para no tener que hacerle ver la sandez que acababa de decir. Aunque, bien pensado, también podía hacer las dos cosas.

—No me parece muy justo que me culpes de algo en lo que tú también participaste.

Si era sincera, había hecho algo más que participar. Ella no había sabido lo que estaba haciendo y había quedado claro que él sí lo sabía muy bien.

—No nos equivoquemos. Es culpa mía. Aquella noche me traicioné a mí mismo y no me perdonaré nunca haber manchado el apellido de mi familia con ese acto tan irreflexivo. Yo, que había dedicado toda mi vida a mantener mi nombre y mi honor impolutos.

Ella no le había oído nunca la voz tan ronca, al menos, cuando no estaba tocándola. Casi llegó a pensar que él, bajo esa apariencia seria, se sentía como se sentía ella, pero sabía que no podía hacerse esas ilusiones.

—Eso me parece un poco demasiado estricto —comentó ella aunque sabía que la mejor estrategia era no decir nada y fingir que estaba de acuerdo—. Podemos sacar el mejor partido, ¿no? Siempre he sabido que solo podría escapar de mi padre si me casaba, con quien fuera. Tú mismo has dicho que llegaste a considerarme una buena candidata para el puesto que ocupo ahora. Seguro que podremos encontrar un punto medio entre esos dos extremos, un matrimonio agradable que nos convenga a los dos. Solo tenemos que emplear el sentido común.

Ago no se acercó a ella, pero, una vez más, el estrépito de su corazón estuvo a punto de silenciarlo todo. Además, la miró con una intensidad casi insoportable que hizo que el mundo temblara.

—Sentido común —repitió él como si lo hubiese insultado—. ¿Qué solución a todo esto te parece de sentido común?

—Si lo que te preocupa es el escándalo, ¿qué escándalo puede producirse? El bebé es tuyo. Supongo que no tienes ninguna duda porque no has exigido ni una prueba.

Él esbozó una expresión que ella no supo identificar y su hermoso rostro se hizo más sombrío.

—¿Qué importa lo que pueda decir una prueba? —preguntó él en un tono cortante—. Sé lo que hice aquella noche.

Entonces, para asombro de ella, él se movió como si fuera a tocarla otra vez y todo le giró por dentro como un remolino de esperanza, pero bajó las manos.

—Además —siguió Ago con una voz ronca y desoladora—, sé muy bien que la única vez que tu padre te dejó libre de vigilancia fue en la casa de tu tío. También sé que fui el único invitado de tu tío mientras estabas allí. Tengo toda la certeza que se puede tener de que es mi hijo sin una prueba de paternidad, que la haremos, mia mogliettina, en cuanto llegue el equipo médico adecuado, pero lo haremos con discreción, lejos de los paparazis.

—¡Fantástico! —exclamó Victoria haciendo un esfuerzo para parecer serena cuando ardía por dentro por las ganas de que la tocara—. Me encanta dejar constancia de mi credibilidad siempre que puedo.

Entonces, Ago le puso sus dedos implacables en la barbilla, pero ella había querido que la tocara, ¿no? Efectivamente, fuera el contacto que fuese.

—No habrá dudas, Victoria. Te prometo que, de una manera o de otra, no habrá dudas entre nosotros.

Entonces, pareció recapacitar, bajó la mano y retrocedió un paso, aunque las chispas que habían saltado entre ellos quedaron flotando en el aire.

Sin embargo, también era posible que ella fuese la única que las sentía porque Ago se dio la vuelta y se marchó de la habitación, y ella supo, a pesar del estrépito que sentía por dentro, que lo mejor que podía hacer era no seguirlo, no perseguirlo y rogarle cosas que ni siquiera podía nombrar.

Esa noche era la noche de bodas y no tenía que dormir con el novio porque ya lo había hecho. Aunque no habían dormido gran cosa y le costaba no maravillarse por lo fuerte que había sido Ago al levantarla como si fuese ligera como una pluma...

Otro recuerdo que tenía que borrar.

Volvió a sentarse a la mesa de su esposo y pidió más postre cuando los empleados entraron otra vez. Nadie quería celebrar lo que había pasado ese día, pero eso no significaba que ella no pudiera hacerlo. Se sirvió un trozo enorme de tarta y empezó a comérselo.

—Vaya, chiquitín —le murmuró al bebé que llevaba dentro—, nos habíamos hecho ilusiones, pero resulta que todos los hombres son iguales —masticó la tarta mientras se daba unas palmadas en el abdomen—. Perdóname si eres chico, estoy segura de que serás único en el mundo.

Se acabó la tarta y todos los postres porque algunas mujeres tendrían damas de honor, pero ella había aprendido, hacía mucho tiempo, a conformarse con el azúcar y la mantequilla.

Se deseó feliz noche de bodas cuando se encontró a salvo en su pequeña suite alejada de los aposentos de Ago.

Sin embargo, no pensó mucho en la boda porque no podía dejar de pensar en que Ago no había dicho nada sobre los vigilantes en su perorata sobre la desaparición de ella cuando, según su experiencia, a los hombres que iban a ponerle vigilantes les gustaba decírselo... y, al parecer, había llegado a ser codiciada gracias a esos vigilantes. La única intención de su

padre había sido entregarla a alguien y eso habría conllevado que ya no pudiera opinar sobre lo que hacía.

Sin embargo, no había previsto que su marido le propondría que se encerrara en la Toscana hasta los treinta años. Además, se lo había propuesto como si diera por supuesto que lo obedecería porque era Ago Accardi o, quizá, porque estaba acostumbrado a que se realizara todo lo que pedía.

No obstante, aunque había estado ansiosa por casarse para marcharse de la casa de su padre, no pensaba malgastar su libertad una vez que lo había hecho, ya había superado esa fase de su vida.

Esperaba que su esposa fuese razonable, pero la esperanza no era lo mismo que tener un plan. Por eso, mientras Ago se pasó una semana yendo de un lado a otro y organizando las cosas a su gusto, ella... esperó el momento adecuado.

Soportó a su padre un par de días, hasta que por fin dejó de gritar sobre un asunto que era, para ella, irrelevante. Se sintió aliviada cuando se marchó con su furia habitual. Entonces, se dedicó a ir por la villa como una yegua purasangre, sin opinar de nada y haciendo lo que le pidieran que hiciera. ¿Un análisis de sangre? Encantada. ¿Asistir a dos comidas al día? Encantada.

En esas comidas, era todo lo insulsa que podía para no despertar sospechas y que, una vez pasada la semana, Ago pudiera marcharse de la finca familiar convencido de que esa mujer anodina y dechado de virtudes con la que se había casado por obligación se quedaría... donde él la había dejado, como si fuera una figurita en un estante polvoriento que podría no volver a mirar.

Esperó un par de días para cerciorarse que no había vigilantes camuflados que esperaban ocultos a que su patrón se hubiese marchado. Entonces, una semana y media después de haberse casado con el despiadado Ago Accardi y con el análisis de sangre que demostraba que era el padre del hijo que estaba esperando, se montó en uno de los muchos coches que había en el garaje y escapó. No sería un robo si estaba casada, ¿no?

## Capítulo 4

**R**EPÍTELO, por favor —le pidió Ago, en una voz demasiado baja, a su jefe de seguridad.

El hombre estaba delante de él con la gorra en la mano y con una expresión que, para Ago, era inimaginable en un hombre como él. ¿Era remordimiento o pánico?

—Lo siento muchísimo, señor. Ella abandonó el coche en Florencia. Creemos que tomó un tren, pero seguimos buscando alguna imagen de una cámara que pueda indicarnos hacia dónde fue.

Ago había vuelto tres días a Londres para trabajar. Se había felicitado a sí mismo, con alivio, porque era verdaderamente afortunado. A pesar de las murmuraciones y el escándalo que salpicaban a Victoria y a pesar de haber vislumbrado cómo era de verdad, lo que se ocultaba debajo de las capas de deferencia que le habían inculcado desde que nació, se había adaptado maravillosamente a su nueva existencia.

Eso significaba que podía compartimentar lo que había en su corazón y organizar el mundo como le pareciera bien, como había hecho siempre. Como si no sintiera nada por esa mujer, que ya era su esposa. Como si no hubiese dejado de ser tan cumplidor como había sido siempre.

Lo que estaba diciéndole su jefe de seguridad no tenía ningún sentido.

—Me cuesta entenderte —replicó él aunque no era verdad—. ¿De verdad estás diciéndome que mi esposa se escapó de la finca familiar y dejó abandonado uno de mis coches en una calle de Florencia como si fuese una ladrona?

—Sus doncellas dicen que se llevó muy poca ropa, lo que podría indicar que es una... travesura. Desgraciadamente, también se llevó su pasaporte.

Ago se retiró de la mesa inmensa que había sido de su padre y de su abuelo y se levantó. Vio que el hombre que tenía delante tenía que dominarse para no encogerse y se preguntó qué expresión tendría su cara para que un exoficial de los servicios especiales creyera que podía atacarlo.

Sin embargo, también le recordó que su fachada estaba resquebrajándose y no podía permitirlo. No se había pasado años dándole la forma adecuada para que una chica necia la arruinara porque creía que podía hacer travesuras.

Se dio media vuelta para mirar por la ventana. Aunque sabía que Londres estaba precioso esa fría mañana, no vio nada. Nada menos a Victoria, claro. Los recuerdos que lo habían perseguido durante medio año. Sabía que él tenía la culpa de todo, pero no podía dejar de recordar una y otra vez aquella noche en el jardín.

Incluso, sabía por qué. Estaba deseando atribuirle el papel de provocadora lasciva cuando sabía perfectamente que no la había tocado ningún otro hombre. No había hecho falta que ella se lo dijera. Él tenía suficiente experiencia como para saber que no había fingido sus encantadoras reacciones de asombro a cada caricia. Todo había sido desconocido para ella.

Lo desconocido para él era que, después de todos esos meses, no pudiese librarse de su espectro ni siquiera habiéndose casado con ella y habiéndose enterado de que estaba esperando un hijo suyo. Ni siquiera con la vieja casa familiar repleta de recuerdos que solía evitar por completo.

—Puedes marcharte —le dijo entre dientes a su jefe de seguridad—. Infórmame dentro de una hora.

—Sí, señor.

Ago se quedó mirando por el ventanal como si la ciudad de Londres pudiera proporcionarle algún alivio... cuando sabía que, en ese momento, no había alivio posible.

En ese momento, era peor todavía. En ese momento, ya no era solo un anhelo abrasador en la oscuridad. En ese momento, podía ver a Victoria dirigiéndose hacia él por el pasillo de la iglesia donde los Accardi habían recibido a sus mujeres desde hacía siglos. En ese momento, oía por dentro ese clamor que había intentado acallar por todos los medios. Era suya.

Era eso y todo lo demás. La luz del sol que parecía seguirla por todas las habitaciones aunque fuese un día gris de noviembre. Cómo lo miraba

con intensidad y detenimiento, como si quisiera grabarse sus gestos y sus palabras en la memoria.

Lo alteraba aunque no dijera nada que no fuera correcto y no moviera un dedo en el sentido equivocado. Además, no sabía qué podía hacer con la tormenta que se le formaba por dentro y que podría estallar a la más mínima provocación.

No supo cuánto tiempo estuvo allí viendo solo su cara, pero podrían haber sido días... hasta que la puerta del despacho se abrió de repente.

Apretó los dientes porque solo había una persona en el mundo que se atrevería a molestarlo sin avisar y, desde luego, no era su respetuosa secretaria.

—No recuerdo haberte invitado a que vinieras, hermano.

Le irritó la carcajada de su hermano, pero también sabía que eso era precisamente lo que se proponía Tiziano.

—No soy un vampiro, Ago, no necesito una invitación. ¿Acaso te has olvidado de que también es mi empresa?

—No podría olvidarme aunque quisiera.

Sin embargo, no estaba diciéndolo completamente en serio. Efectivamente, hubo un tiempo en el que dudó de la aportación de su hermano a la empresa familiar, pero Tiziano había progresado durante el último año. Había demostrado que sus éxitos imprevisibles eran en realidad el tipo de perspicacia de marketing que otros querrían copiar aunque tuvieran que pagar cantidades desorbitadas y él había comprendido que Tiziano había querido siempre que lo consideraran imprevisible. En ese momento, cuando estaba enamorado y había sentado cabeza, ya no necesitaba parecer menos de lo que era.

A Ago no le gustaba especialmente el psicoanálisis y menos con su hermano pequeño, pero sí le gustaba que Tiziano participara más en la empresa, aunque, naturalmente, no iba a reconocerlo en presencia de su hermano.

—He oído un rumor increíble —comentó Tiziano entrando en la habitación con un aire algo engreído—. Se trata de nuestra heredera favorita, que a lo mejor está embarazada, y, para mi asombro infinito, de ti.

—¿Dónde? —preguntó Ago lacónicamente.

—¿En el dormitorio con una botella de vino...? —Tiziano dejó escapar otra carcajada con el mismo efecto en su hermano—. Te aseguro

que no pedí todos los detalles de algo tan escabroso. ¿Te obligaron a punta de pistola?

—Quería decir que dónde has oído ese rumor.

Tiziano se dejó caer con desidia en la butaca que estaba delante de la mesa. Ago sabía que lo hacía para que se subiera por las paredes y le desesperaba que diera resultado.

—¿Vas a negarlo? —le preguntó Tiziano con un brillo burlón en los ojos.

—Sabes que no comento las sandeces de la prensa sensacionalista.

—Pero no lo sé por la prensa sensacionalista —replicó Tiziano en tono satisfecho—. Lo sé, ni más ni menos, por nuestro querido primo Patricio, quien asegura que te has casado.

Ago suspiró y sintió la necesidad imperiosa de hacer algunas cosas muy raras. Como pasarse el dedo entre el pelo cuando lo tenía tan corto que no podría hacerlo o revolverse en la silla como si estuviese delante del director del colegio o de sus ceñudos padre y abuelo. Al heredero Accardi no le habían permitido nunca ser como cualquier otro, no había podido ser normal.

—Patricio dice la verdad, estamos casados —reconoció con el ceño fruncido aunque eso no disuadió a su hermano.

—Estoy atónito —Tiziano no lo parecía ni mucho menos—. ¿Cómo es posible? ¿Vas a decirme que te has casado y no has invitado a tu hermano favorito... y único hermano?

—Ya lo sabes —Ago suspiró otra vez—. Además, doy por supuesto que has venido por eso.

—Lo sé, pero no sé por qué te has casado en secreto, como si tuvieras algo que ocultar.

Ago pensó que preferiría tirarse por la ventana que seguir con esa conversación, pero la mirada de curiosidad de Tiziano hizo que se lo pensara.

—Te encantará saber que, después de todo, soy un hombre mortal y con flaquezas como todos los demás. —consiguió murmurar Ago aunque le hizo daño de verdad—. Sin embargo, me he hecho responsable de mis errores.

Se puso todo lo recto que pudo y las expresiones que se reflejaron en el rostro de su hermano, indescifrables todas ellas, le parecieron insoportables.

—A ver si lo he entendido bien, hermano...

El tono de Tiziano le indicó que estaba dispuesto a pasar a la burla que se le daba tan bien.

—Por favor, ahórrame todas tus bromitas jactanciosas. Todo eso y más ya me lo he dicho a mí mismo. Estoy seguro de que, en algún momento, aprenderé a vivir con lo que he hecho.

Su hermano lo miró durante un rato como si no acabara de entenderlo.

—Enhorabuena, suena de lo más idílico y apasionado. Qué suerte tiene Victoria.

Ago apretó tanto los dientes que le pareció oír el chirrido.

—No sé nada sobre los idilios y no pienso aprenderlo. Sí sé lo que es la responsabilidad. Me olvidé un momento y ahora tengo que pagarlo. Eso es todo.

Entonces, cayó en la cuenta de que su flamante esposa estaría paseándose por toda Europa exhibiendo la prueba del escándalo que él preferiría ocultar. No se necesitaría nada más para provocar un alud de habladurías.

Sus padre y su abuelo le habían avisado una y otra vez. Bastaba un traspié para que se formara una bola de nieve que acabara en la deshonra. Por eso no había cometido errores.

En ese momento, solo le preocupaba si podría sortear las peores repercusiones y las únicas evidencias de su pecado eran algunos rumores deslavazados.

Solo tenía que encontrar a su esposa y no dar por supuesto que sería tan obediente con su esposo como lo había sido con su padre. Debería alegrarse porque ya sabía lo que podía esperar y no lo olvidaría. Sin embargo, no se sentía alegre precisamente.

—Ago —casi se había olvidado de que Tiziano seguía allí—, sabes que Victoria es una persona con sus ideas, sus sentimientos, sus deseos y sus esperanzas, como lo será el bebé cuando haya nacido. Además, a la mayoría de las personas no le gusta tanto como a ti encerrarse en cajitas de acero.

—Gracias, Tiziano, por demostrarme, un vez más, lo distintos que somos. Esa cajita se llama cumplir con el deber. Efectivamente, es de acero y pequeña, como bien sabes.

Su hermano se rio, pero Ago tuvo la sensación de que quizá hubiese perdido la oportunidad de tener una relación con Tiziano distinta de la que había tenido siempre, la oportunidad de que no fueran el heredero y el segundón como les habían enseñado a ser. Tenía que reconocer que no era una relación muy íntima.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en el escándalo que estaría abriéndose paso en la prensa sensacionalista de Europa y que lo pondría a la altura de cualquier otro necio cuando había trabajado sin parar y lo había sacrificado todo para no dar un paso en falso, para ser algo más que solo un hombre como cualquier otro. Como le bramaba su abuelo por dentro, un Accardi no podía rebajarse a algo tan prosaico como ser un hombre sin más.

Le gustaría arremeter contra su hermano o, mejor todavía, contra Victoria, pero sabía, en el fondo, que él era el malo de esa película y por eso le costaba tanto soportarlo.

Decidió que iba a ahorrarse las pullas de su hermano y, sobre todo, su mirada, que era demasiado elocuente para su gusto. Se marchó, dejó a Tiziano en su despacho, y bajó por los pasillos de Accardi Industries sin disfrutar de lo nerviosos que se ponían sus subordinados solo de verlo. Tampoco se fijó en el rubor de las secretarias ni en los ejecutivos más jóvenes que se pegaban contra la pared con los ojos como platos al verlo pasar. Fue hasta el despacho del jefe de seguridad y se alegró cuando lo recibió en la puerta.

—Supongo que la situación estará a punto de resolverse —comentó Ago con poco convencimiento.

—Hay una buena noticia —replicó el otro hombre con un aire más tranquilo que antes—. Creemos que está en Cinque Terre.

Ago estaba tan alterado que no se centró en la palabra «creemos», sacó su teléfono, llamó a su secretaria personal y empezó a dar órdenes.

Sin embargo, si bien era verdad que Victoria había pasado por Cinque Terre, enseguida comprobaron que ya no estaba allí. Además, tampoco quedó claro durante los días siguientes si la errante esposa de Ago sabía que estaban siguiéndola y estaba jugando al ratón y al gato o si, sencillamente, estaba yendo de un lado a otro por toda Italia.

No seguía una pauta ni hacía reservas. Era como si se despertara donde quiera que estuviese y acabara donde le llevara cualquier circunstancia, fuera en un tren porque pasaba cerca o en una pensión porque había estado paseando por alguna calle medieval. La habían localizado en las villas costeras de Cinque Terre, en Lucca, la ciudad medieval del interior, y en la misteriosa Venecia.

Ago había estado tan seguro de que iban a encontrarla pronto que había dejado Londres y había ido a la finca familiar de los Accardi. Sin embargo, unos días después se encontró en el asiento trasero del coche mientras su jefe de seguridad en persona lo llevaba por Rávena, Perugia, Nápoles y la Costa Amalfitana.

¿De verdad tenía que estar persiguiendo a una mujer de esa manera? Parecía imposible, pero estaba haciéndolo. Él, Ago Accardi, quien no había perseguido nunca a una mujer, quien no había caído nunca tan bajo. Le costaba aceptar eso y que una mujer que no había podido hacer nada por sí sola pudiese esquivar a todo su servicio de seguridad durante más de dos horas... y mucho menos durante dos semanas.

Tendría que revisar sus contratos de seguridad, pero antes tenía que encontrar a su esposa.

Fue toda una victoria cuando la localizaron por fin en Roma y, mejor todavía, cuando estaba en un hotel que alojaba a quienes más les preocupaba la discreción. Había sido lo bastante previsora como para reservar una planta entera con una entrada propia, lo que significaba que él no tenía que preocuparse de que pudiera reconocerlo en el vestíbulo de un hotel. Mejor aún, no se había movido durante más de una noche.

La siguieron mientras paseaba el segundo día de su estancia en Roma. Paró en un café y siguió paseando como si disfrutara yendo sin rumbo fijo por las calles antiguas, como si se hubiese fugado solo para hacer turismo.

Ago no había estado nunca tan alterado, no se alteraba nunca porque era otra pasión peligrosa e incontrolable.

También quiso culparla de eso mientras estaba en la calle esa noche y miraba con rabia sus ventanas. Se quedó más tiempo del necesario en la fría calle de Roma para intentar serenarse, para tomar bocanadas de aire que le apaciguaran el pulso acelerado.

Entonces, cuando tuvo cierta seguridad de que podría contenerse, rodeó el discreto y elegante edificio, entró en un callejón y se dirigió hacia la escalera del fondo, la que sabía que llevaba al último piso y a su esposa.

Su esposa.

Era curioso cómo le sonaban esas dos palabras esa noche, como si no las hubiese oído nunca o fuesen distintas en ese momento porque había estado persiguiéndola durante casi dos semanas y esa noche pareciera la culminación de muchas cosas.

Había esperado durante seis meses y había dado por supuesto, al no haber sabido nada de ella, que se había salvado de las consecuencias de lo que hizo aquella noche en el jardín del tío de ella, hasta que se enteró de que no se había salvado en absoluto.

Ya solo podía salvar una cosa, la reputación que le quedara después de todos los rumores que se habían propagado por todos lados. Suponía que tendría que acostumbrarse a vivir con el hecho de que Tiziano supiera la irritante verdad, y ese podría ser el trago más amargo.

Se detuvo delante de la puerta de Victoria y se quedó pensando con cierto desprecio en la diferencia que había entre «discreto» y «seguro». Una diferencia que ya no volvería a preocupar a Victoria porque estaba dispuesto a que no volviera a poner un pie fuera de la finca durante toda su vida...

Sin embargo, eso podía esperar. Levantó una mano y golpeó la puerta.

No se oyó nada durante un buen rato. Notaba la vida de Roma alrededor y si bien siempre le había encantado esa ciudad, no podía soportarla en ese momento. Todas esas vidas que bullían alrededor y se remontaban miles de años atrás mientras él hacía todo lo posible para que el remolino que sentía por dentro no lo dominara del todo. Como si fuera una hormiga anónima que no tenía nada que hacer.

Quizá la auténtica verdad fuese que no le parecía justo. Quizá eso fuese lo que no soportaba porque ¿quién se había dedicado más que él al deber y la familia? ¿Cómo había llegado a eso?

Naturalmente, lo sabía muy bien.

Pasó un rato más y ya estaba a punto de golpear la puerta otra vez cuando oyó que se abría el cerrojo. Ella no preguntó quién era... tendría que aclarar ese asunto en el futuro.

Entonces, se abrió la puerta y la vio.

—Lo siento, pero no he llamado para pedir... —empezó a decir ella antes de quedarse callada.

Él la miró, con desinterés según él, mientras ella se quedaba pálida y abría los ojos como platos.

—Ago... —murmuró ella.

—El mismo.

Entró sin que ella lo invitara. Victoria se sonrojó y le recordó que debería haber sido inocente en todos los sentidos, no una mujer que había obligado a su esposo a ir detrás de ella en contra de sus instrucciones.

—Me he pasado dos semanas persiguiéndote por toda la península italiana cuando recuerdo haberte dejado muy claro que quería que te quedaras donde te había dejado.

Ago siguió hasta la habitación donde debía de haber estado Victoria porque estaba iluminada y olía a ella. Apretó los dientes.

Ella lo miraba con lo que a él le parecía cautela y se alegró porque hacía bien en sentirla. En realidad, debería estar aterrada, como les pasaba a sus secretarias, solo de pensar que podrían haberlo decepcionado. Victoria, sin embargo, no era de las que se ponían nerviosas. Lo siguió al salón y se puso las manos en las caderas, detrás del abultado abdomen.

—Dejaste claras muchas cosas, Ago, pero no iba a escaparme de las garras de mi padre para volver a encerrarme y estoy segura de que te lo dije.

Él entendió, por la mirada de ella, que ya no iba a ser esa esposa dócil que, en ese momento, le parecía una fantasía desde el principio.

—Estás esperando mi heredero —replicó él en tono tajante—. Ya no están vigentes tus fantasías infantiles de escapar.

Ella lo miró un instante, se quitó las manos de las caderas y entró más en la habitación.

—Hay un sendero en Cinque Terre que te lleva a lo más alto y puedes ver los preciosos pueblos que cuelgan de las montañas. Había visto fotos toda mi vida. ¿Cómo no iba a verlo en directo?

—Hay muchos senderos en la finca para que puedas pasear —replicó él con la voz ronca—. Te sugiero que vayas conociéndolos.

—En Venecia paseé por la plaza de San Marcos y tomé un helado en una góndola. En Rávena hice unos recorridos andando y aprendí cosas de los etruscos, los galos y el imperio bizantino. Tomé chocolate en Perugia y soñé con veranos interminables en Amalfi.

—No te he preguntado tu itinerario, Victoria. He estado pisándote los talones todo este tiempo.

Eso no pareció incomodarle o intrigarle y Victoria se limitó a encogerse de hombros.

—¿Puedes creerte que todos los sitios han superado mis expectativas? Me habría quedado en todos para siempre, aunque es imposible. Por primera vez en mi vida, no tenía que darle explicaciones a nadie, no tenía que ir a ningún sitio y no tenía a nadie persiguiéndome y diciéndome lo que tengo que hacer y cuándo. Ha sido liberador.

—¿Y cuál crees que será el precio de esa liberación?

Sin embargo, Ago estaba concentrado en que no debería haber ido a esa habitación porque ella lo había seguido y estaba demasiado cerca. Con la notable excepción del día de la boda, había hecho de todo para no volver a estar demasiado cerca de Victoria.

Era problemático. Ella era demasiado problemática.

Incluso allí, en la habitación de ese hotel de Roma, cuando estaba enajenado por su traición, olía a lilas y su cuerpo reaccionaba al instante cuando lo que menos le apetecía era que le recordaran cómo se había metido en ese embrollo.

Abrió la boca para seguir con uno de esos sermones que hacían que su hermano bostezara y pusiera los ojos en blanco, pero el olor a lilas se mezcló con los recuerdos y todo empeoró. Su piel era muy suave y él sabía perfectamente dónde besarle el cuello para que se estremeciera. Sus besos habían sido espontáneos y entusiastas y la tormenta se le desencadenaba otra vez por dentro solo de recordar lo deprisa que había aprendido lo que él le había enseñado. Cómo esgrimir su lengua o ladear la cabeza para acercarse más.

Luego, en el banco del jardín de su tío, le había enseñado a gozar primero con sus dedos y más tarde con su miembro y a sofocar los gemidos dejándole a él que los absorbiera con su boca.

Pasaba un mal rato recordando por qué estaba allí. Una cosa era evitar la tentación como había hecho toda su vida y otra era saber y

recordar hasta el último segundo... y preguntarse por qué estaba resistiéndose en ese momento.

—Lo bueno de la liberación es que compensa a cualquier precio — contestó Victoria.

A él le dolía el sexo, pero se concentró en las palabras de ella.

—Te agradezco, mia mogliettina, que me hayas demostrado, sin ninguna duda, quién eres. No se puede confiar en ti. Ya he perdido cualquier esperanza que hubiera podido tener en que se podría salvar algo de esta situación.

Esperó que ella se encogiera como habrían hecho muchos otros. No solía expresar tan rotundamente su censura porque sabía que la gente lo consideraba insoportablemente severo y que se derrumbaban ante él, pero la situación lo había exigido.

Esperó que Victoria también se derrumbara, pero, ante su pasmo infinito, la modosita Victoria se rio.

Se rio de él.

No podía creérselo, pero, efectivamente, Victoria se reía como si él fuese divertido y estuvo tentado de ser algo más parecido a un asesino. Aun así, ella, su esposa, siguió riéndose como si lo desafiara a que hiciera algo al respecto.

## *Capítulo 5*

**N**O había querido reírse, pero la risa se adueñó de ella antes de que pudiera evitarlo y se sintió arrastrada. No podía parar aunque lo intentara y menos cuando el implacable Ago la miraba como si no pudiera dar crédito a lo que estaba viendo.

Victoria se preguntó si alguien se habría atrevido a reírse de él en toda su vida. Otro hombre habría parecido ridículo, incluso penoso, si le pisoteaban así su arrogancia, pero no Ago.

Había abierto la puerta porque había creído que sería algún empleado del hotel, que era muy servicial y detallista, pero se había quedado petrificada al verlo. Le pareció más grande, tapaba la luz del pasillo, su furia era evidente y sus ojos azul oscuro eran tan intensos que casi dolían.

Seguramente, debería haberle impedido la entrada, pero no había sido capaz de reunir las fuerzas. En ese momento, el corazón le retumbaba en el pecho y su traicionero cuerpo se había sonrojado. Estaban juntos en la habitación de ese hotel y le parecía... absurdo.

También era insoportablemente íntimo porque estaban solos y con la sólida puerta bien cerrada cuando, en realidad, no habían estado solos en todo ese tiempo. Su padre había estado omnipresente cuando habían llegado a Italia y había seguido rondando después de la boda. Luego, cuando su padre volvió a Inglaterra, estuvieron los empleados de Ago, quienes se desvivían para cerciorarse de que el Accardi allí alojado tuviera todo lo que pudiera desear o necesitar antes de que lo deseara o necesitara.

Esa era la primera vez que estaban solos de verdad.

Notó que el pánico le brotaba por dentro ante la idea de una... operación rescate y tuvo que reírse para no caer en sus brazos como hizo hacía unos meses. No habría podido parar aunque su vida hubiese dependido de ello, y quizá hubiese dependido.

—¿Te parece divertido? —le preguntó Ago en un tono cortante como un sable.

Victoria tomó aire con la respiración entrecortada y no supo bien si se alegraba de que él la hubiese cortado... o era algo completamente distinto.

Fue como si el silencio repentino le palpitara en los oídos y se adueñara de ella. Él se mantuvo recto e inmóvil, pero ella captaba las turbulencias en su mirada azul oscuro y supo que tenía tormentas por dentro, como siempre... y ella estaba condenada a querer capearlas.

Esa noche se acercó porque tenía tiempo para sí misma por primera vez en su vida. Tiempo de verdad sin tener que dar explicaciones a nadie. No tenía que justificar sus fantasías o sus anhelos. No tenía que comentar sus caprichos ni aguantarse cuando le negaban lo que quería sin motivo aparente. En cambio, por una vez, había ido de un lado a otro llevada por sus deseos y había hecho exactamente lo que había querido.

Además, se había dado cuenta de que lejos de su autoritario padre y de sus comentarios hirientes, libre del miedo que la había corroído durante meses porque podían descubrir su embarazo en cualquier momento, había pasado mucho tiempo pensando en Ago... y no solo reviviendo la noche en el jardín de su tío que los había llevado a esa situación.

Había pasado esas noches de libertad en preciosas posadas o en sofisticados hoteles por toda Italia y había investigado al hombre que era su marido como no se había atrevido a hacerlo antes porque estaba segura de que los empleados de su padre la vigilaban de muchas maneras, que, entre otras, controlaban lo que hacía en Internet y, además, porque no le había parecido bien investigar a Ago cuando le habían dejado muy claro que estaba destinada a su hermano, y no hacía falta investigar a Tiziano porque sus andanzas se aireaban en todos sitios y a todas horas. Había pensado que Tiziano sería un asunto cómodo y amistoso, que eso era todo lo que él podía ofrecer. Si en cambio se encontraba soñando con el Accardi mayor, el que de verdad hacía que se le acelerara el corazón, sería uno de los pocos secretos que tendría guardado dentro de sí.

Sin embargo, después de lo que pasó la Navidad anterior, cuando Tiziano dio tal espectáculo con su amante que ella se vio obligada a decirle a Ago que rompía el compromiso, se encontró un poco demasiado centrada en el Accardi más severo, sombrío e imponente.

Fue culpa de él porque él debería haber sabido que no podía acercarse tanto a ella en esa fiesta de Nochebuena. Él era quien tenía experiencia. Ella se había sentido como una barca arrastrada por la marea.

Había hablado con la amante de Tiziano aquella misma noche y Annie Meeks le había parecido encantadora, el tipo de mujer que le habría gustado tener como amiga... si se lo permitían. Durante una breve conversación, Annie le había hecho reír y le había dejado claro que amaba a Tiziano Accardi como no se había imaginado que alguien pudiera amarlo, pero, sobre todo, como ella, que debería haber anunciado su compromiso con Tiziano aquella misma noche, no lo amaba.

Por eso, buscó a Ago, quien era terriblemente inflexible, pero más accesible que su padre, y le dijo que no podía casarse con un hombre que estaba tan incontrolado y evidentemente enamorado de otra mujer. Le dijo que no tenía tanto ego, que las monjas se habían ocupado de que no lo tuviera, pero que tenía que poner un límite en algún punto, y se lo dijo con serenidad y una sonrisa a pesar de estar tan cerca de un hombre que le había hecho sudar solo con la mirada.

Aquella fue la primera vez que Ago la miró con los ojos como ascuas, pero ella no salió corriendo ni se rio como no había podido evitar hacerlo esa noche.

En cambio, el corazón le hizo algo muy raro en el pecho y el alma se la cayó a los pies, y tomó una bocanada de aire sin saber muy bien por qué se había alterado tanto.

También le había dicho a Ago que no habría pasado nada si Tiziano no estuviese enamorado de nadie, ni siquiera de ella, pero que no podía casarse con un hombre que podía amar y que, en realidad, estaba enamorado de otra mujer. Ago le había replicado en un tono gélido y mirándola con un aire de censura sombría, le había dicho que el amor era para adolescentes necias y para poetas románticos, que él había creído que ella era una mujer juiciosa.

Ella le había explicado, con cierta bravuconería, que era lo bastante juiciosa como para no ponerse delante de un tren en marcha, que estaba muy bien hablar de esos matrimonios sin sentimientos, pero que, en definitiva, era su vida y no se hacía muchas ilusiones sobre la vida que su padre tenía pensada para ella, pero que tenía que vivirla.

Los músicos habían estado tocando canciones de Navidad y los había notado alrededor de ella mientras se sentía arrastrada por la tumultuosa mirada azul de Ago.

Cuando lo rememoraba, eso era lo único que recordaba de la conversación y no sabía muy bien cómo había sobrevivido.

Algo gracioso porque su padre se había pasado toda la Navidad y parte Año Nuevo criticándola sin piedad por no haber sido capaz de captar el interés de Tiziano. Debería haber recordado todo lo relativo a Ago Accardi con cierto disgusto y una sensación de injusticia.

Además, naturalmente, estuvo aquella noche en casa de su tío, cuando disfrutó de lo que entonces le parecía libertad y fue a pasear por el jardín, hasta que se encontró con él.

Todavía se estremecía solo de pensarlo.

Esa semana pasada había descubierto que cuando no tenía interferencias, se recreaba con esos momentos. Una vez libre de esos hombres que hacían todo lo posible para tenerla encerrada en la caja que ellos querían, volvía una y otra vez a esos recuerdos. Todavía volvía a la fiesta, al primer encuentro en el jardín, a ese hombre descomunal que debería haberla asustado, pero el estremecimiento que sintió no tuvo nada que ver con el miedo, y menos cuando todas las noches había tenido esos sueños abrasadores de... cómo había llegado a quedarse embarazada.

En ese momento, en la habitación de ese hotel de Roma, se alegraba de haber pasado tantas horas, durante la semana pasada, familiarizándose con todo lo referente a Ago. Se sentía menos perdida en su presencia cuando sabía que él tenía informes completos sobre ella. Tampoco necesitaba que nadie le dijera que lo mejor era tener todas las armas posibles cuando se enfrentara a un hombre como ese, ya lo sabía y prefería pensar que lo había sabido siempre.

Todo eso le daba vueltas por dentro, con ataques de risa incontrolables o sin ellos, después de que él se hubiese atrevido a decirle que no se podía confiar en ella.

—Estoy de acuerdo en que has expresado las expectativas que tienes sobre nuestro matrimonio, pero yo también tengo expectativas, Ago, y no sé por qué van a prevalecer las tuyas.

Ella lo dijo con cuidado, comprobando que su cuerpo no la traicionara y que no volviera a echarse a reír por el pánico. ¿De verdad había dado a entender que creía que podía salvarse algo por exiliarla en un país que ni siquiera era el suyo?

—¿De verdad no lo sabes?

Él se lo preguntó otra vez en un tono de asombro infinito, un tono que a ella le parecía que no se correspondía con su forma de mirarla, una forma que le cortaba la respiración y le recordaba demasiado a aquella noche en el jardín.

—No creía que fueras tan ingenua, Victoria —añadió él.

Ella no reaccionó porque tuvo la certeza de que era lo que él quería que hiciera.

—Los dos sabemos que lo único que quería mi padre era venderme. Sé que él lo decía de otra manera, pero, en realidad, era lo que pretendía y no tiene sentido fingir lo contrario.

—No he fingido nunca en mi vida y me encantaría que tú me concedieras el mismo tratamiento.

Una vez más, a pesar de lo que había dicho, ella solo podía oír ecos de aquella noche, como si él estuviera luchando contra sí mismo en lo más profundo de su ser... o quizá eso fuese lo que ella querría.

—No finjo nada, pero mi padre no había esperado casarme así —ella se llevó las manos al abdomen—. No voy a culparte por lo que pasó aquella noche en el jardín...

—Espero que no porque recuerdo muy bien que tú fuiste la que te arrojaste a mí.

Esa vez, su voz fue un gruñido grave y Victoria solo pudo pensar en el gruñido que oía mientras él se movía dentro de ella.

—Y tú eres Ago Accardi. Todas las mujeres revolotean a tu alrededor en cuanto apareces en público. Estoy segura de que podrías haberme rechazado si hubieses querido y de que lo habrías hecho.

Los recuerdos de aquella noche volvieron a brotar entre ellos. Cómo se arrojó en sus brazos, dispuesta a no permitir que pasara la ocasión independientemente de lo que pudiera ocurrir. No volvería a respirar sin saborear algo más que el aire viciado de la jaula donde había estado encerrada toda su vida...

Estaba segura de que él estaba recordando lo mismo, veía el mismo brillo ardiente en sus ojos.

Sin embargo, habló con frialdad.

—Sea como fuere, lo cierto es que yo no fui el que nos metió por este sendero, Victoria.

—Y aquí estamos.

A ella le habría gustado pararse para analizar lo que había dicho y discutirlo, pero estaba escarmentada. La vida ya le había enseñado un poco de todo, pero lo que mejor había aprendido era que no servía de nada discutir con un hombre que ya había tomado una decisión, sobre todo, si ella creía que estaban engañándose a sí mismos.

—Lo único que quiero decir es que no has comprado la virginal hija que mi padre ha estado vendiendo durante años. Nuestro matrimonio no tiene nada que ver con la inocencia, se trata de enmendar un error —ella se tocó el abdomen—. La mancha que, en teoría, supone para el honor de mi padre.

Ago la miró detenidamente hasta que ella notó que le... escocía. Sin embargo, había pasado años en colegios de monjas y sabía que lo mejor era que no se le notaran las reacciones. Aunque le costara, aguantó su mirada sin inmutarse.

Cuando él habló, lo hizo con una voz aterciopelada, sombría y amenazante que hizo que tuviera la sensación de que todo se le movía por dentro.

—No sé bien por qué crees que la reacción razonable a haberme obligado a perseguirte por todo el país, sin importarte tu seguridad y la del bebé que estás esperando, es quedarte delante de mí y decirme cosas que ya sé.

—Porque parece que no has llegado a las conclusiones acertadas —replicó ella con esa serenidad exagerada que consideraba marca de la casa—. No te debo nada, Ago. Podría haberme negado a casarme contigo y, estando embarazada, mi padre tampoco habría podido pescar a ese hombre importante con el que esperaba que me hubiese casado. Habría podido ser una madre soltera.

Tenía que reconocer que, en cierta medida, había esperado que su padre la expulsara y así haber podido hacer lo que hubiese querido. Habría criado a su hijo como hubiese querido sin compartir el embarazo con Ago, sin involucrar a ningún hombre.

Ago arqueó una ceja como si supiera perfectamente lo que ella esperaba.

—No existe la más mínima posibilidad de que una mujer críe a un hijo mío como madre soltera.

Victoria tragó saliva por algo que captó en lo que había dicho Ago.

—Lo importante es que el escándalo ya ha saltado y no puede arreglarse. Ya se ha producido tu peor pesadilla y la de mi padre. No se puede echar marcha atrás. Además, creo que en vez de preocuparme por las imaginaciones sombrías de vosotros dos, debería preocuparme, por fin, por lo que yo quiero.

—¿Esa es la libertad de la que hablas?

Él se cruzó de brazos de una forma que hizo que se le pusieran los pelos de punta por lo que se contradecía con el brillo ardiente de sus ojos, un brillo que le recordaba claramente a aquella noche de hacía tanto tiempo.

—No sé por qué será —siguió él—, pero no me sorprende comprobar que tu idea de la libertad consiste en ir irresponsablemente de aquí para allá gastándote el dinero de otro y considerándolo una heroicidad. Es el sello distintivo de tu generación, ¿no?

Eso le dolió y la fastidió que le doliera. No había podido ni cruzar una calle ella sola y mucho menos salir y abrirse camino en el mundo. Hasta ese momento, solo había soñado despierta, era lo único que podía conservar para sí sola. Sin embargo, se concentró en su juventud.

—Tú no tienes precisamente la edad de mi padre, Ago. Creo que deberías repensar el asunto generacional.

—Es la actitud que lo impregna todo hoy en día. El hedonismo egoísta. Le pasa a mi propio hermano. Sin embargo, desgraciadamente para ti, Victoria, te has puesto en una situación que impide, por definición, que tengas ese comportamiento egocéntrico.

Una vez más, la intensidad de su mirada y la expresión severa de su boca la atravesaron y, para su bochorno, hicieron que brotara esa calidez tan antigua dentro de ella.

—La madre del futuro Accardi no puede ir de un lado a otro a su voluntad —siguió Ago—. Mi esposa no puede fingir, ni por un instante, que es como todas las demás. Además, y antes de que me acuses, no tiene nada que ver con la vanidad o el orgullo. Se trata de que tú, sola y en tu estado, eres un objetivo. Es posible que no pienses que te arriesgas, pero sí deberías pensar que tu vida ya no es solo tuya.

Entonces, le pareció inconcebible que hubiese podido reírse en presencia de ese hombre, y mucho menos gemir de placer. Se rodeó el abdomen con los brazos como si quisiera protegerlo de él.

—Sé que no pretendes echarme un sermón sobre lo que significa estar embarazada, sé que ni siquiera tú te atreverías.

—Ha llegado el momento de madurar, Victoria —su forma de decirlo fue como una bofetada para ella—. Serás madre dentro de unos meses y no sé qué tipo de madre te crio...

—Sabes muy bien que mi madre murió cuando yo era pequeña. Si te preocupa algo sobre cómo me criaron, deberías aclararlo con tu amigo y socio, mi padre.

Él pasó eso por alto.

—Mi hijo exige tener una madre impecable, cumplidora del deber y dispuesta a ponerlo por encima de cualquier otra cosa. Lo que significa, mia mogliettina, que se han acabado los encuentros furtivos en jardines oscuros, ni nada que se le parezca.

Ella se quedó boquiabierta.

—Solo he tenido un encuentro furtivo en toda mi vida y fue contigo. ¡Dudo mucho que tú puedas decir lo mismo!

—Nada de jardines —insistió él como si eso volviera a ser el colegio de monjas y a pesar del brillo ardiente que ella veía en sus ojos—. Nada de apariciones indiscriminadas y mostrando tu abdomen a todo el mundo. Naturalmente, nada de desobediencias infantiles y rebeldías deliberadas por algo tan inmaduro como satisfacer las ganas de conocer mundo.

A ella le costaba respirar y lo miró con el ceño fruncido.

—Pareces la madre superiora aunque sé que me gradué hace unos años.

La mirada de Ago cambió, pero ella no supo decir cómo. Solo supo que sintió una llamada más intensa por dentro.

—Siento que tu vida no haya sido como te habría gustado que fuera, Victoria. Lo siento sinceramente, pero ninguno de los dos tenemos motivos para quejarnos —el atisbo de delicadeza que le había parecido captar a ella se esfumó como si no hubiese existido nunca—. Los dos estábamos en ese jardín, como tú misma has dicho, los dos participamos en la concepción de nuestro hijo y los dos pagaremos el castigo.

Victoria tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la calma.

—¿Y qué pasaría si no quisiera que mi vida, mi matrimonio y la educación de mi hijo fuesen un castigo, Ago?

Ella esperó que él explotara o que le expresara con frialdad su asombro infinito por su temeridad. Incluso, que se dejara llevar por ese frío o calor ardiente que podía captar en él, pero, en cambio, él se limitó a mirarla como si no entendiera lo que quería decir. No como si ella estuviese diciendo algo raro, como si él no pudiera concebir ninguna de esas cosas si no eran un castigo.

Ella no supo qué, pero algo se rompió por eso muy dentro de ella, donde lo sentía de una forma que no podía explicar y que no tenía nada que ver con lo que había pasado en el jardín. Se rompió en mil pedazos y no se atrevió a poner nombre a lo que sintió después.

—La vida no es una sucesión interminable de penalidades, Ago —añadió ella con delicadeza.

Entonces, él sonrió, aunque, en realidad, fue un gesto de su boca que no reflejó alegría, ni mucho menos, y que hizo más añicos todavía lo que se le había roto antes.

—No puedo impedir que lo pienses —murmuró él—, pero tengo que insistir en que hagas lo que digo en lo que se refiere a nuestro deber con el apellido Accardi y quien lo llevará en el futuro.

—¿Y si me niego?

Él sacudió la cabeza con una mirada sombría.

—Desgraciadamente para ti, mia mogliettina, te has delatado. ¿De verdad crees que voy a volver a dejarte sola? ¿Crees que voy creerme lo que me digas de hoy en adelante? Si eso implica que pases el resto de tu vida vigilada... —él se encogió de hombros—. No serías la primera esposa Accardi que ha vivido así. Mis antepasados conseguían la paz y ganaban tierras casándose con mujeres de familias rivales. ¿Cómo crees que lo consiguieron?

Victoria sentía un torbellino de sentimientos por dentro y, en lo más profundo, el martilleo de lo que querría que fuese rabia, pero que se temía que fuera otra cosa, algo más parecido a los sueños disparatados que tenía por las noches y a las imágenes que la seducían mientras dormía y que la perseguían hasta la tarde.

Se había pasado los años virginales imaginándose lo que sería tener relaciones sexuales y se había documentado con libros y películas. Había llegado a estar segura de que estaba todo lo preparada que podía estar una virgen. Sin embargo, Ago Accardi la tomó entre los brazos y le enseñó que no sabía nada en absoluto sobre lo que era el deseo y la necesidad.

Era tentador echarle la culpa al embarazo de todo lo que había sentido por él desde aquella noche, pero sabía en el fondo que habría experimentado lo mismo aunque no hubiese estado embarazada, exactamente lo mismo. Él la habría obsesionado exactamente igual.

—Entonces, ¿vas a encerrarme en una torre? —preguntó ella aunque su voz ya no era tan tranquila como le habría gustado—. ¿Tirarás la llave o pondrás turnos de centinelas? ¿Tendré que dejarme crecer el pelo y cantar canciones ridículas con la esperanza de que alguien vaya a rescatarme?

Ago la miró como si se hubiese vuelto loca, como si él no hubiese leído un cuento de hadas en su vida. Eso, en vez de convertirse en una prueba más para no obedecerlo, hizo que le doliera el corazón, hizo que se preguntara qué infancia había tenido. Estaba segura de que toda su vida había estado bañada en oro, pero, debajo de ese resplandor, ella solo encontraba tristeza.

Quizá por eso se atreviera a acercarse a él, a ponerse delante de sus brazos cruzados, todo lo cerca que pudo sin que el abdomen lo tocara.

—No pienso pasar encerrada ni un minuto más de mi vida. Puedes creerme o no y yo, naturalmente, puedo esperar la ocasión propicia, pero no pienso ser la prisionera de ningún hombre.

Sin embargo, ahí, tan cerca de él, no sentía la necesidad de que él la entendiera. Podía captar la colonia que usaba, la que descubrió aquella noche en el jardín, cuando estuvo tan cerca que su maravilloso olor estuvo a punto tumbarla. No obstante, era más peligroso esa noche porque cuanto más tiempo estuviese allí, más parecía cambiar su mirada. Le mostraba más sus turbulencias internas, pero estaban entrelazadas con la misma calidez que podía notar como una vibración en el fondo de su ser.

—Ago, si quieres que te obedezca, deberías pedírmelo con amabilidad.

Entonces, Victoria se olvidó de dónde estaban porque solo pudo ver que ese fuego que tenía él por dentro se adueñaba de toda su mirada. Solo pudo verle a él y conocía muy bien esa sensación porque la había sentido en un salón de baile en Londres, en un jardín de Cornualles y en una capilla de la Toscana... como si Ago fuera el mundo entero.

Además, podía notar la tensión entre ellos, era tan ardiente y deslumbrante que podría haber sido una descarga eléctrica... y tuvo que preguntarse cómo era posible que no la hubiese sentido alguna vez. Tenía

que estar siempre y atraerla hacia él. Tenía que hacer que sintiera su presencia como no había sentido la de ninguna otra persona viva.

Hizo que se inclinara hacia él cuando debería haber salido corriendo en dirección contraria o, al menos, debería haberlo intentado.

Ago le acarició una mejilla como si estuviera trazándole el contorno de la mandíbula. Victoria sintió una llamarada descontrolada y no solo donde estaba tocándola. Le recorrió por dentro como esa descarga eléctrica y le llegó a todos los rincones que él le había tocado, la convirtió en un mapa de la pasión que habían compartido. Esas clavículas, el cuello, la curva de los pechos, los pezones que se le endurecieron incluso en ese momento... Era como una línea abrasadora que iba desde los pechos hasta la entrepierna y hacía que se sintiera tan viva y plena como hacía seis meses, antes de que su cuerpo hubiese cambiado y el bebé se hubiese adueñado de ella.

Sobre todo, lo notaba entre las piernas, lo deseaba en su rincón más femenino, donde todo era más intenso que nunca porque estaba esperando su hijo, o eso le pareció en ese momento. Bastaba que él la mirara así para que quisiera gritarle lo obediente que era, que viera cuánto lo amó aquella noche que recibió todo lo que le dio y germinó en un bebé.

Él cambió de expresión y ella casi creyó que había dicho todo eso en voz alta, y también reconoció ese azul resplandeciente y peligroso en todos los sentidos.

Ago le pasó un dedo por los labios y Victoria abrió la boca y le succionó el pulgar. Sabía que era un gesto sensual y provocativo aunque no había hecho nunca lo que se suponía que imitaba.

—Siempre tan ávida, ¿no?

Él se lo preguntó con una voz tan ronca que le desgarró por dentro, pero le gustó. Le lamió la punta del pulgar y él esbozó una sonrisa maliciosa.

—No me extraña que tu padre te tuviera encerrada —añadió él.

Ago, antes de que ella pudiera protestar, antes de que pudiera decirle que no había sentido la más mínima avidez por ningún hombre que no fuese él, antes de que pudiera hacer algo, se quitó el pulgar de entre los labios y la besó sin contemplaciones.

## *Capítulo 6*

**S**I besarla era un error, no le importó como sabía que debería, como sospechaba que le importaría cuando se hubiese librado de la tentación de tenerla cerca porque esa mujer tenía algo que lo excitaba, por mucho que intentara evitarlo, como no lo había hecho ninguna mujer.

No tenía sentido desearla como la deseaba y que, sin ir más lejos, se hubiese jugado el honor y la reputación por poseerla, que hubiese traicionado todos sus principios solo por paladearla.

No debería haber sido posible, pero allí, en la suite de ese hotel donde no había nadie que pudiera presenciar su deshonor, menos la esposa que la había provocado y a la que pensaba tener confinada los próximos años, iba a satisfacer ese anhelo que lo había dominado durante los últimos seis meses.

No la besó, la devoró como un poseso y fue como si se derrumbaran los muros que había levantado desde aquella noche en el jardín. Quizá habría sabido que iba a suceder y quizá por eso solo la hubiese besado fugazmente en la ceremonia y hubiese mantenido la distancia desde entonces, porque una vez que cayeran los muros, solo quedaría el deseo disparatado que sentía por ella.

Ago recordó esa sensación. Había sido exactamente igual que en Cornualles, cuando ella se arrojó en sus brazos y le dejó claro con esa torpeza arrebatadora que lo deseaba con toda su delicada inocencia. La había besado antes de habérselo propuesto y luego, pese a sí mismo y sus nobles ideales, se había dejado arrastrar... y una parte de sí mismo seguía así desde entonces.

Sin embargo, intentó convencerse de que esa noche era distinta porque era su esposa y le debía una noche de bodas.

Apartó la boca y se alegró al ver que los ojos de ella reflejaban la misma pasión que lo dominaba por dentro. La tomó en brazos y se dio

cuenta, casi sin querer, de que pesaba algo más que en el jardín. Que estuviera embarazada de su heredero, en vez de disuadirlo, hizo que el deseo fuese más apremiante.

Victoria separó los labios como si fuese a hablar, pero no llegó a decir nada y él sonrió como si hubiese sido una victoria. La estrechó contra el pecho y salió de la habitación hasta que encontró lo que estaba buscando. Una habitación organizada alrededor de una cama alta con cuatro postes, con ventanas que dejaban entrar los sonidos de la ciudad y con una chimenea en la pared del fondo.

La sentó en la cama y fue a encender la chimenea para que no pasara frío. Esa, al contrario que las de la villa de su familia, se encendió a la primera y pudo volver enseguida con ella.

Siguiendo una urgencia que prefirió no indagar, se puso de rodillas delante de ella, de la preciosa Victoria, con el pelo dorado y los ojos como el cielo en verano, que lo miraba como lo miró aquella noche en el jardín, como si él fuese mágico cuando lo único que había hecho era dedicarse a su pragmatismo. Se colocó entre sus piernas y empezó a desabotonarle la camisa de seda y a maravillarse con sus pechos a medida que iba abriéndola. La última vez que los vio eran firmes y respingones, perfectos para su cuerpo ágil y flexible. En ese momento eran redondeados y rebosantes y dejó escapar un gruñido de placer mientras abría el cierre que había entre ellos y que le impedía verlos.

Victoria dejó escapar un suspiro y él le tomó los pechos con las manos como si quisiera comprobar lo que pesaban. Ago, durante todo ese tiempo, había estado tentado de pensar que había idealizado lo que había pasado entre ellos, que ninguna mujer podía ser tan sensible. Ninguna mujer podía echar la cabeza hacia atrás con la carne de gallina y la espalda arqueada por la más leve de sus caricias. Hizo lo mismo que meses atrás, en el banco del jardín, y él estuvo a punto de pensar que su inocencia era una farsa, pero pudo comprobarla. En ese momento, todo parecía más rápido y profundo.

Mejor que la otra vez, cuando, como ya podía reconocerse a sí mismo, no se había imaginado que algo pudiera ser mejor que la pasión que lo arrasó en aquel jardín el verano anterior.

No podía contenerse. Le tomó un pezón con la boca y sintió su gemido por todo el cuerpo mientras le pellizcaba el otro pezón entre el pulgar y el índice. Siguió succionándose y marcó un ritmo con los dos

que hizo que ella gritara. Entonces, como llevada por las fantasías de él, empezó a contonearse de placer solo por eso.

La besó por el abdomen, se deleitó con su redondez y encontró que había algo primitivo dentro de él, como si estuviese adorándola, como si fuese una diosa de la fertilidad que había recibido su simiente y estuviese gestando su hijo, como si estuviese reclamándola cuando siempre habría dicho que era demasiado sofisticado como para hacer algo tan primario.

Cuando terminó de pasar por encima del abdomen, ya no le quedaba nada sofisticado por dentro, solo era un hombre dominado por el anhelo y sin espacio para las obligaciones o los legados. Solo quería una cosa.

Tumbó a Victoria, le levantó la falda, le separó las piernas y pudo captar el olor de su excitación. Gruñó de placer, le rasgó la tela de encaje que llevaba entre las piernas y, por fin, bajó la cabeza hasta el ardiente punto central de su deseo.

La paladeó y pudo descubrir que allí también era mucho más sensible que antes. Tardó unos segundos en retorcerse y gritar su nombre. Se recreó porque esa era su noche de bodas y no iba a tener otra. Puso a prueba su sensibilidad hasta que jadeó, sollozó y gritó su nombre de tal manera que no supo si estaba maldiciéndolo o bendiciéndolo.

A él le satisfacían las dos posibilidades, las dos le excitaban.

No se apartó hasta que no pudo más, hasta que no llegó a un punto al que no había llegado jamás. Se levantó, la subió hasta que tuvo las caderas bien apoyadas en la cama, tomó una almohada y se la puso debajo del trasero para poder llegar mejor y para cerciorarse de que no le aplastaba el abdomen llevado por el desenfreno.

Se desabrochó los pantalones con cierto apresuramiento, como si todavía no estuviese seguro de que podía dominarse lo bastante como para llegar a donde quería ir... Como si fuese un adolescente excitado, alguien que había perdido el dominio de sí mismo.

Era imposible no acodarse de la otra vez que llevó la punta de su miembro a ese rincón derretido y la provocó un instante. Hacía seis meses no había perdido completamente el sentido. A pesar de la necesidad apremiante de olvidarse de todo y de entrar en ella sin contemplaciones, había sacado un preservativo y se lo había puesto.

Sin embargo, no se sorprendió cuando notó que se rompía dentro de ella, como si le pareciera normal que le fallara esa protección en la que

siempre había confiado con esa mujer que le provocaba sensaciones que no había sentido nunca, como si todo eso hubiese estado predestinado.

Sin embargo, no hacía falta preocuparse por esas cosas en ese momento. Solo tenía que preocuparse por esa calidez húmeda y tentadora. Entonces, empezó a abrirse paso y ella gruñó su nombre rodeándole la cintura con las piernas mientras él la llenaba con la parte más dura de su anatomía sin nada entre los dos, solo el bebé que habían engendrado juntos.

Ella se desató y él comprobó que también era más sensible ahí.

Ago se rio porque jamás habría podido soñar con una mujer así, siempre había estado con mujeres sobrias que no se desbarataban ni en la cama. Era como si Victoria hubiese estado diseñada especialmente para cautivarlo, para arrebatarse todo lo que era y lo que quería ser y reducirlo a esa pasión enloquecedora, a ese anhelo celestial. Sus músculos internos lo sujetaban con firmeza, le clavaba los talones con cada acometida, se deshacía una y otra vez... Era una mujer incomparable, hermosa y completamente suya.

Quería que durase para siempre y dejarse llevar una y otra vez.

Cambió el ritmo y entró con más fuerza, la llevó una vez más por encima del límite y luego, con un rugido, él explotó.

Entonces, cuando pudo moverse, la llevó al centro de la cama y se tumbó a su lado con el corazón tan desbocado que no supo si seguía dentro del pecho.

No había podido recuperar el aliento, solo podía quedarse tumbado sin saber muy bien qué le había pasado. Sin embargo, Victoria estaba allí y él podía notar la calidez de su cuerpo, podía notar el peso de su cuerpo que se hundía en el colchón, y le bastó con eso durante un buen rato.

Entonces, cuando se repuso, se apoyó en un codo y miró a la mujer que tenía al lado. Intentó indignarse, como siempre, porque su incapacidad para dominar, desconocida hasta ese momento, lo había llevado a esa situación, algo que solo parecía ocurrirle con esa mujer, su mujer gruñó su parte primitiva.

Victoria estaba desarbolada de la mejor de las maneras. Tenía los labios hinchados por los de él y los ojos cerrados como si lo que había pasado la hubiese vuelto del revés, como le pasaba a él. Tenía la falda otra vez sobre los muslos, pero los pechos seguían desnudos. Empezó a trazar

círculos cada vez más pequeños alrededor de los pezones hasta que se endurecieron otra vez.

Ella abrió los ojos y lo miró con su azul celestial.

—Mi cuerpo ha cambiado un poco —comentó ella.

—Y eres más hermosa todavía —replicó él en voz baja.

Entonces, tuvo la necesidad apremiante de recorrerle el cuello con los dientes porque sabía que se sonrojaba y de susurrarle al oído que la tendría siempre así, embarazada con un hijo detrás de otro, como su diosa particular.

Ella no dominaba el italiano y cuando él le decía esas cosas, se estremecía al sentir sus dientes y no discutía. Era como si las cosas que susurraba fuesen un juramento.

Ago no llegaba a comprender esos apremios cuando siempre le había parecido que engendrar un heredero era algo inevitable, como una obligación más que tenía que cumplir.

Sin embargo, eso era antes de que conociera a Victoria.

En ese momento, tenía que preguntarse si quería encerrarla porque le preocupaba el escándalo o porque se parecía a sus antepasados medievales más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Sin embargo, dejó a un lado esos pensamientos sombríos y engorrosos. Ella estaba sonrojada y cálida y él estaba dispuesto otra vez, y esa era la noche de bodas que debería haber pasado hacía dos semanas.

No la dejaría pasar esa vez y se puso manos a la obra con la placentera tarea de descubrirla. Esa vez, no evitó ni un centímetro de su cuerpo y fue más despacio. Le quitó toda la ropa y se quitó la suya. Se tumbó a su lado y empleó todos los trucos que conocía para que fuese suya de todas las maneras imaginables.

Entonces, cuando empezó a gemir otra vez, la ayudó a ponerse a gatas para entrar en ella otra vez... una postura que no hacía que se sintiera menos primitivo.

Victoria se preparó para recibir sus acometidas... y gimió cada vez que él entraba hasta dentro.

Él no había oído nunca una música más dulce.

Ago se rodeó una mano con su pelo, se inclinó sobre su espalda, le levantó la cabeza y se la giró para besarla, para estar dentro de ella de dos maneras.

Cuando llegó al clímax, él la acompañó.

Ago tuvo la sensación de que si bien los dos estaban perdidos, también se habían encontrado... juntos. Por eso se quedó despierto.

Eso, sin embargo, fue más tarde, después de que ella hubiese pedido comida y se la hubiesen comido como si no hubiesen probado nunca algo tan bueno, sentados delante de la chimenea y envueltos en mantas para protegerse del frío. También la tomó allí, como si no pudieran saciar sus apetitos.

Luego, la llevó al cuarto de baño y la lavó con un paño mojado, con una devoción que hizo que se le deshicieran los huesos por debajo de la piel.

Volvieron a tumbarse en la cama y avivaron las llamas más todavía. Victoria le recorrió el cuerpo con los labios y acabó rodeándole el sexo con la boca como lo había hecho con el pulgar hacía un rato. Siguió hasta que él la apartó y la ayudó a ponerse a horcajadas encima de él, y lo cabalgó a un ritmo constante hasta que juntos estallaron de placer.

Estaba tumbado a su lado y sentía como si se hubiesen desmoronado todos los muros que había construido y se hubiesen rasgado todos los velos que cubrían sus zonas más sombrías, se sentía expuesto y no le gustaba.

Ago había aprendido las estrictas lecciones que le habían enseñado su padre y su abuelo y sabía que solo podía tomar dos caminos. Ya se había casado con Victoria y no podía permitirse una aventura apasionada antes de dedicarse a sus obligaciones.

Su abuelo le dijo una vez que los hombres se casaban por amor cuando no tenían un legado porque un legado requería el tipo de amor que un hombre concedía normalmente a su esposa, que le preguntara a mi padre lo que le pasaba a un hombre que creía que podía hacer las dos cosas. Se lo contaron mil veces cuando era joven, pero recordaba muy bien aquel día concreto porque su padre lo miró y, por una vez, no hizo nada para disimular la desolación. Le dijo que amaba a su esposa con toda su alma, pero que viera lo que le había hecho.

Ago tenía trece años y sabía lo que se esperaba de él. Ya había oído desde hacía años las conversaciones en voz baja que no estaban pensadas para él.

Le habían dicho que su madre estaba enferma y él lo había aceptado. Que su madre no mejoraba era una evidencia, nada más, pero, en ese momento, ya entendía por qué su madre había tenido un equipo de enfermeras, por qué solo le dejaban verla acompañado y por qué, algunas veces, oía el aullido del viento aunque los árboles no se movían los más mínimo.

Ese día dijo que estaba loca y había sido tremendo decir lo que no había pasado de ser un susurro.

Su padre le corrigió y dijo que le había vuelto loca el peso de las responsabilidades que no había podido asumir, que había sido culpa suya.

Su abuelo ya estaba delicado, pero habló con voz firme para decirle que él eligiera a su esposa pensando en el legado, que no dejara que los sentimientos le marcaran el discurrir de su vida o que lo pagaría.

Que ella lo pagaría, había añadido su padre en tono sombrío.

Ago creía que lo había asumido, que lo había convertido en la piedra angular de su existencia y que por eso se había pasado años eligiendo posibles candidatas para ser lo que se imaginaba que sería una buena esposa. Su preocupación había sido estar a la altura de su legado y cerciorarse de que nada manchara el apellido de su familia, ni de nadie relacionado con él, mientras pudiera evitarlo. A pesar de su hermano.

Jamás se había planteado casarse con alguien que lo alterara como lo hacía Victoria. Sabía que ella pensaba que no la aceptaba porque era un machista y se alegraba de que lo pensara porque era mejor que la verdad.

La verdad era que no sería candidata nunca porque era una amenaza para el dominio de sí mismo, que era el cimiento de su vida.

Sin embargo, se encontró sonriendo mientras estaba en la cama y los sonidos de Roma entraban por la ventana. Ella lo estimulaba y no tenía suficiente experiencia como para ver lo cerca que estaba del límite cuando estaba con ella.

Eso significaba que podía aprovecharse de esa cosa que había entre ellos.

Los Accardi no se divorciaban y visto lo mucho que le gustaba embarazada y pegada a él, no veía motivos para que no siguiera así. Lo cierto era que no había hablado de su libertad a lo largo de la noche.

Estaba peligrosamente cerca de alegrarse porque parecía que, por una vez, podría tener todo lo que quería. Podría cumplir con sus obligaciones y

garantizar la continuidad del legado de los Accardi. Mejor aún, no tenía que preocuparle que Victoria no estuviera a la altura del cometido porque, en realidad, la habían educado para poco más que acarrear ese peso, la habían formado para que fuera la esposa de un hombre importante y eso era lo que necesitaba aunque fuese algo que gustara poco en esos tiempos.

Además, tenía un cuerpo claramente pensado para volverle loco, y no solo porque la deseaba tanto que no necesitaría una amante, como hacían muchos hombres que él conocía, y así convertirse en el tipo de hombre que había despreciado siempre, porque él no incumplía los juramentos, sino porque eso también le daba un arma muy poderosa que podría utilizar contra ella. Jamás pensaría que era completamente dócil y que la tenía exactamente donde quería tenerla, desnuda, embarazada y arrebatada por el deseo.

## Capítulo 7

**D**ICIEMBRE transcurría como un escenario lleno de luces más brillantes cada día. Casi había llegado la Navidad y estaba casada con el padre del bebé que no paraba de crecer dentro de ella, y no se había repuesto todavía del asombro que le producía la evolución de las cosas entre Ago y ella desde que la encontró en Roma.

Iba cantando sus villancicos favoritos mientras paseaba por la villa esa mañana y sonreía por la alegría navideña.

—La decoración navideña de mi familia suele limitarse al tronco de Navidad —le había contestado él cuando ella le había preguntado si había algún tipo de decoración concreto.

—Un tronco... —había repetido ella inexpresivamente.

—También puede ser un postre de chocolate —le había explicado él mientras le besaba el cuello en la cama—, pero no tan dulce como tú, mia mogliettina.

—No es lo más halagador que había oído —replicó ella intentando parecer sería aunque él estaba riéndose.

Ago había ordenado ese mismo día a sus empleados que le organizaran una Navidad inglesa y se habían esmerado. Había ramas de abeto por todos lados y árboles de Navidad resplandecientes en todas las habitaciones. A ella le gustaba aunque algunos creían que ese aire británico resultaba absurdo en contraste con el esplendor italiano que convertía a la villa en una obra maestra. Era una parte de ella mezclada con Ago, como el bebé que habían engendrado.

Victoria seguía pellizcándose para cerciorarse de que esa versión nueva de su matrimonio era real y no estaba soñándolo.

Eso no solo era mucho mejor que todo lo que se había imaginado mientras se preparaba para el matrimonio que su padre había pensado para ella, eso era mágico.

Ago pasaba casi todo el tiempo en Italia. Iba a Londres de vez en cuando, para reuniones concretas, y algunas veces la llevaba cuando el viaje era más largo. Parecía que se preocupaba más de ella que de dirigir su imperio. Sobre todo, volviéndola del revés con una pasión ardiente que hacía que se estremeciera solo de pensarlo.

El equipo médico que Ago había acomodado en las caballerizas decía que su embarazo iba todo lo bien que podía ir. Entre las constantes confirmaciones de que el bebé estaba bien y la alegría navideña que veía allá donde mirara, incluso en las luces que adornaban los austeros cipreses que flanqueaban el camino, Victoria solo sentía calidez. Una calidez que no había sentido en su casa porque su padre era tan cálido como un bloque de hielo, sobre todo, en vacaciones.

Sin embargo, Ago le había enseñado cosas que no se había imaginado que pudieran existir. No solo lo que podían hacer desnudos, también cómo podía sentirse. Cada día era una revelación y le parecía increíble pensar que podría habérselo perdido.

Se paró mientras bajaba la elegante escalera y miró por el ventanal con vistas de las colinas de la Toscana. Esa villa, antigua y rara, repleta de recuerdos de todos los Accardi que habían vivido allí antes que ella, había llegado a encantarle. Algunas veces, en momentos como ese, no podía dejar de pensar que tenía todo eso por casualidad.

¿Qué habría pasado si se hubiese casado con uno de los hombres que le había preparado su padre y a los que había presentado como un cebo? ¿Qué habría pasado si alguno hubiese picado el anzuelo y hubiese aceptado el precio cada vez más elevado que pedía su padre? ¿Qué habría pasado si se la hubiese llevado y la hubiese tratado... como quiera que esos hombres trataban a las mujeres? Los que las compraban y las consideraban de su propiedad, como objetos que podían tirar cuando dejaban de ser útiles y algo más novedoso se les cruzaba en el camino.

Había esperado casarse con un hombre distinto, uno que, amablemente, hubiese hecho lo necesario para tener un heredero y que luego la hubiese dejado en paz, que una vez que el matrimonio hubiese llegado a ser una rutina duradera, le habría permitido llevar una vida apacible dedicándose a las obras benéficas y siendo un poco excéntrica como las mejores ancianas británicas. Podría criar gatos o magníficos perros o periquitos... o podría ser una jardinera famosa en todo el mundo por una variedad de rosas propia.

Ese le había parecido siempre el final feliz, pero sabía que no habría podido sentirse como se sentía en ese momento porque sabía muy bien que solo había un Ago.

Allí, a medio camino en la escalera, miró la lluviosa mañana de diciembre y se pasó una mano por el abdomen.

—Vas a llevar una vida maravillosa, chiquitín, ya verás. Ya es mucho mejor de lo que podría haberse esperado.

Ago se había levantado temprano, como hacía siempre. Ella ya se había acostumbrado a despertarse sola en el dormitorio principal, donde la había llevado cuando volvieron de Roma. Había estado deslumbrada por él, abrumada por su virilidad y por las muchas maneras que tenía de volverla del revés... y sospechaba que, en cierta medida, lo estaría siempre.

Sin embargo, también estaba buscando maneras de evitar el deslumbramiento y eso estaba bien.

Estaba empezando a acostumbrarse al ritmo de esa vida, una vida muy distinta de la que había conocido al servicio de su padre y siendo el objeto de su furia. Las mañanas eran deliciosas, en vez de tener que levantarse temprano para ocuparse de Everard mientras él enumeraba los hombres que quería que conociera y los actos a lo que quería que asistiera. También se alegraba de no sentirse un poco baja de ánimo como se había sentido al principio del embarazo.

Allí no le pasaba nada. Se despertaba cuando le apetecía y bebía el café con leche que le llevaban como dosis diaria de cafeína. Algunas veces comía un poco de bizcocho y otras, no. Luego, solía levantarse para dar un paseo porque, como había dicho Ago, se podían dar muchos paseos por la finca. Le encantaban los senderos que serpenteaban por las colinas, entre los viñedos o flanqueados por románticos cipreses. La Toscana era preciosa hasta en diciembre, Ese día, sin embargo, era lluvioso. Otras mañanas había salido aunque hubiera niebla o estuviese nublado, era inglesa y florecía con un poco de humedad, pero ese día estaba lloviendo a mares y le recordaba un poco demasiado a su tierra, a esas cosas de las que se alegraba de prescindir.

En vez de salir, paseó por la casa y se dirigió, casi sin querer, a un ala que no solía visitar. Sabía que el despacho de Ago estaba en esa zona, era desde donde dirigía su imperio a distancia.

Quizá fuese el día perfecto para contarle lo que había averiguado en la biblioteca familiar. Diarios y cartas antiguos que daban una imagen muy distinta del legado Accardi que tanto le preocupaba a él. Ella tenía motivos para creer que Ago descendía de humanos con grandes pasiones y traspiés, como todos los demás.

Después de esas semanas que se hacían cortas y de esos días y noches interminables, pensó que le gustaría conocer la verdad sobre los familiares que él había puesto en un pedestal durante tanto tiempo. Quizá él recibiera bien la oportunidad de verlos como eran, para variar.

El ala de trabajo era distinta del resto de la casa. Estaba pensada para parecerse lo más posible a una oficina moderna en esa villa antigua. Las paredes estaban desnudas y había menos ventanas, como si la única manera de que pudieran trabajar fuese no ver toda la belleza natural que surgía por todos lados.

Oyó la voz de Ago antes de verlo, pero ya podía imaginárselo perfectamente. Le gustaba arreglarse para trabajar, aunque fuese casi Navidad, y aparecer presentable en todas las videoconferencias que hacía a lo largo del día. Su papel exigía impecables trajes hechos a medida y una sofisticación innata, aunque su inflexibilidad natural vibraba en el aire que lo rodeaba. Quizá fuese ese contraste lo que le cortaba la respiración.

Estaba tan absorta imaginándose lo guapo que estaría, como siempre, que tardó un momento, mientras se acercaba a la habitación que utilizaba de despacho principal, en darse cuenta de lo que él estaba diciendo, y a quién estaba diciéndoselo.

—Te oigo, Everard —dijo Ago con frialdad.

Victoria giró la cabeza porque solo había conocido a una persona que se llamara así. No era un nombre habitual como el de ella.

Sin embargo, no podía aceptar que Ago estuviese hablando con su padre, pero acto seguido se dijo a sí misma que estaba siendo ridícula. ¿Por qué no iban a hablar? Seguramente, estarían hablando de negocios. Se reprendió a sí misma por ponerse tan tonta y sentimental. Quizá fuese por el embarazo. En cualquier momento empezarían a hablar de cifras, de contratos o de cualquier otra cosa igual de tediosa y se sentiría como una necia por esa extraña sensación de traición que se había adueñado de ella al oír ese nombre.

—Te dije todo eso solo como una cortesía —siguió su marido en un tono frío y mesurado—. Te aseguro que Victoria no tiene ganas de irse a

ningún lado. Está felizmente embarazada, felizmente casada y está deseando que llegue la Navidad, y pronto tendrá que ocuparse de muchas cosas con un hijo en casa. Además, dudo mucho que hubiese sentido la necesidad de soltarse el pelo si no la hubieses tratado como a una virgen medieval encerrada en una torre durante todos esos años.

El corazón se le desbocó a Victoria y tuvo que apoyarse en la pared. Se alegró de que esa zona de la casa no estuviese llena de cuadros y estatuas porque habría tirado alguno al oír lo que le había parecido una traición del marido en el que había llegado a confiar... pero ¿por qué confiaba en él? ¿Porque había hecho que conociera el éxtasis del orgasmo?

Estaba poniéndose paranoica. Se agarró a la pared para mantenerse recta. Su padre no le caía bien, como a nadie. Nadie que lo hubiese conocido podía decir nada bueno de él.

Sin embargo, Ago seguía hablando en su despacho y dejó escapar una carcajada amarga que le puso los pelos de punta.

—No hagas preguntas que no quieres que te contesten, Everard. Creo que sabes que tengo herramientas que tú no tenías. Un esposo no es lo mismo que un padre y me imagino que eso es todo lo que querrás oír sobre el lecho nupcial de tu hija.

Victoria hizo todo lo posible para convencerse de que eso no significaba lo que parecía que significaba, pero se le encogió el estómago porque sabía que sí lo significaba. Sintió un revoltijo amargo por dentro y se marchó todo lo deprisa que pudo con sus andares de pato.

Vomitó en el cuarto de baño que había cerca del comedor, pero poco, tan poco que casi logró convencerse de que era por el embarazo y de que no tenía nada que ver con que hubiese oído a su marido decirle a su padre, más o menos, que estaba controlándola gracias a las relaciones sexuales.

En cualquier caso, cuando se le pasaron las náuseas, decidió que daría un paseo aunque estuviese lloviendo porque prefería caminar bajo la lluvia que seguir un minuto más en esa casa.

Además, si se le anegaban los ojos de lágrimas mientras paseaba, nadie sabría ver la diferencia con las gotas de lluvia. Ella hizo todo lo que pudo para fingir que tampoco podía ver la diferencia.

Esa noche, se vistió para bajar a cenar. No como en otras ocasiones, naturalmente, cuando su función principal era lucirse como un maniquí para satisfacer las ambiciones de su padre. Estaba casi de ocho meses y le costaba creerse que pudiera llegar a aumentar de tamaño, aunque sabía que

lo haría. Debería estar encantada de no poder ponerse nada más favorecedor que una carpa de circo, pero, con toda una ristra de palabras de su padre envolviéndola como una mortaja, se sentía más inestable que nunca.

Sabía que cuando bajara al comedor, Ago estaría como siempre porque no había cambiado nada para él. Evidentemente, sabía que había estado manipulándola desde el principio.

Era ella la que se había desmoronado en un pasillo anodino, era ella la que sentía cristales rotos cada vez que respiraba.

Sabía que tenía que tener cuidado porque podría enfrentarse a su marido con lo que había oído, podría poner su traición encima de esa mesa donde cenaban todos los días y luego ver lo que tenía que decir.

También podía aceptar que había oído todo lo que tenía que oír, que, aunque creyera lo contrario, estaba sojuzgada por un hombre que pensaba controlarla sin compasión le pareciera a ella lo que le pareciese.

Quizá la lección fuese que no debería haberse hecho ilusiones.

Su padre, al menos, no había disimulado, no había fingido que no estuviese manteniéndola inmaculada hasta que llegara el momento de utilizarla para sus propios fines. Parecía casi loable en comparación con Ago, quien le había arrebatado la virginidad, le había arrebatado toda la pasión que le había enseñado y la había utilizado contra ella.

Si hubiese podido, habría ido andando hasta Florencia y habría dejado que le brotaran todos los sollozos que llevaba dentro. Se habría alejado de ese matrimonio que era exactamente igual que los que se había preparado para soportar cuando le habían hecho creer que era distinto. Eso al margen, le gustaría aprovechar esa cena para exigirle a Ago que fuese sincero, por una vez, sobre lo que estaba pasando entre ellos.

Sin embargo, sabía que no lo haría, que no podía porque, una vez más, tenía que ser pragmática y aceptar que la habían engañado para que fuese dócil y permitirlo, caer en el tipo de vida que siempre había dado por supuesto que llevaría y fingir que no se había imaginado otra cosa.

Pensó que eso podría matarla porque lo que más le aterraba era que la abdicación fuese tentadora.

Sería muy fácil, le susurró algo por dentro. Podría dejar de luchar. Ese matrimonio tenía suficientes satisfacciones independientemente de su finalidad. ¿Importaba de verdad cuáles fuesen sus intenciones?

Quizá fuese una necia al creer que debería haber algo más, al soñar despierta con una relación que se basara en la sinceridad, en la que no tuviese que preguntarse cada dos por tres si había alguna intención oculta o algún propósito que estaban camuflándole.

Eso tendría que ser lo mínimo.

Era posible que fuese culpa suya, pensó mientras recorría despacio el pasillo. Era posible que hubiese algo consustancial a ella que hacía que todos los hombres que conocía creyeran que tenían que mentirle y manipularla. Era posible que fuese por su bien aunque ella no lo viera.

Intentó apaciguar la respiración mientras iba por los pasillos de esa casa y, entretanto, fue mirando las obras de arte que colgaban de las paredes y que, muchas de ellas, eran propias de un museo, pero, además, había cuadros de la villa, de los viñedos o de las colinas, e infinidad de retratos de los Accardi.

Dejó a un lado los hombres con sus increíbles ojos azules y sus rasgos bárbaros y se concentró en las mujeres, que adoptaban posturas extrañas y rodeadas de familiares con aspecto hostil. Hubo algo en sus sonrisas misteriosas, a lo largo de la historia, que la tranquilizó.

El matrimonio en el que se encontraba metida no podía ser muy distinto de el que esperaban las mujeres desde el principio de la historia. Hasta hacía poco, relativamente, nadie se casaba por amor o, siquiera, por tener compañía. Su situación, en gran parte de la historia, había sido muy normal. Los padres concertaban los matrimonios sin tener en cuenta los deseos de sus hijas. Se esperaba que ella sacara lo mejor de cualquier situación en la que se viese metida.

Eso era lo que habían hecho las mujeres que le habían sonreído esa noche. Las esposas Accardi, generación tras generación, habían acabado en esa misma villa y habían tenido que encontrar la manera de salir adelante independientemente de que su matrimonio fuese despiadado, gélido, apasionado o, incluso, cariñoso. No sabían los que les esperaba cuando llegaban allí. Ella sabía muy bien que las promesas que se le hacían a una esposa no tenían por qué acabar en nada.

Solo tenía que encontrar la manera de sentirse cómoda por formar parte de esa historia.

Sintió el peso de todos esos siglos cuando llegó a la puerta del comedor y vio a Ago mirando por la ventana, de espaldas a ella. Se preguntó qué vería en la oscuridad, que llegaba tan temprano en esa época

del año, y sabiendo que todo lo que lo rodeaba era suyo, entre otras cosas, ella.

Sintió una oleada de convicción por dentro, pero no supo qué pensaba hacer hasta que él se dio la vuelta. No lo supo de verdad hasta que sonrió sin maldad y fue a sus brazos como si no hubiese oído nada esa mañana, como si todo siguiera igual que cuando se despertó esa mañana, como si todavía fuese esa temeraria...

Ago la besó como si anhelara saborearla y ella le devolvió el beso con la misma pasión, y sintió cierto alivio al dejarse arrastrar, cuando daba igual lo que supiera ella o lo que hubiese dicho él porque solo existía esa pasión, porque lo único que sentía de verdad era esa llamarada abrasadora.

Ago se apartó y la miró pensativamente.

Esa mañana, Victoria habría dado por supuesto que estaba debatiéndose con los mismos sentimientos abrumadores que ella. Esa noche, sabía que estaba comprobando si seguía hechizada, estaba observando la obra que había creado.

Sin embargo, ella era una esposa Accardi le gustara o no. Estaba hecha de una pasta más dura. Se pasó las manos por el abdomen, como le gustaba hacer para conectarse con el bebé. Estaba hecha de una pasta más dura porque tenía que estarlo, porque pensaba educar a su hijo para que fuese la mejor persona que pudiera ser independientemente de lo que le inculcara su padre.

A Ago le gustaban los fantasmas y eso quería decir que ella tendría que encontrar la manera de cerciorarse de que su hijo conociera la deslumbrante luz del día.

—Parece que te abruma algún pensamiento, mia mogliettina.

Ago le separó la silla con esa elegancia natural que ayer le habría maravillado. En ese momento se preguntaba si esa cortesía no sería otra arma que empleaba contra ella, si no sería tan falsa como todo lo demás.

—Solo hay una cosa que me abruma —replicó ella con la sonrisa que él habría esperado.

Él acercó la silla todo lo que le permitió al abultado vientre. Victoria se alegró incluso de eso porque le gustaba la distancia que le daba el abdomen por muy torpe que le hiciera sentirse. Ago ya no la sentaba en un extremo de la mesa y él se sentaba en el otro. Los dos se sentaban juntos en una esquina y a ella le había parecido precioso, delicadamente íntimo.

Esa noche se preguntaba si podría contenerse y no clavarle el tenedor, pero sería demasiado sanguinario y, además, la delataría.

—No falta mucho —comentó Ago mientras se sentaba en su sitio—. El bebé nacerá pronto y empezará otra generación de esta familia.

Victoria no dejó de sonreír cuando les llevaron el primer plato. Dejaron las fuentes entre los dos y Victoria se sirvió un poco de risotto, pero no lo probó y sonrió más todavía.

—He estado pasando las tardes en la biblioteca de la familia.

—No hay gran cosa —él se sirvió un poco de jamón y queso—. Casi todo son recuerdos. Si buscas novelas destacadas o libros interesantes, creo que deberías ir a la biblioteca principal.

—Si hay algo que no me falta, Ago, es formación —replicó ella haciendo un esfuerzo para que el tono fuese afable—. No creo que mis temibles monjas y mis estrictos jesuitas tengan nada que envidiar a tus profesores de Cambridge.

Él se rio.

—Entonces, devánate los sesos intentando entender los melodramáticos garabatos de mis antepasados.

—Tu abuela y tu bisabuela escribían diarios.

—No sabía que supieras italiano —comentó él arqueando una ceja.

—Están en inglés. Tu bisabuela no quería que los empleados pudieran leer lo que pensaba. Tu abuela hizo lo mismo —olió la trufa y ya sabía que, aunque la cocinera se hubiera esmerado, no podría ni probar un poco—. Tu bisabuela se llamaba Isadora y, al parecer, tu bisabuelo la recibió como parte de algo parecido a un trueque.

Ago dejó el tenedor y la miró con ese asombro arrogante tan típico de él.

—¿Cómo has dicho?

Victoria hizo todo lo que pudo para contener un escalofrío.

—Su padre era un hombre muy rico, pero empezó a pasar apuros después de la Primera Guerra Mundial, algo bastante habitual. Según Isadora, se convirtió en un hombre imprudente, como muchos otros hombres de su posición que no estaban acostumbrados a sufrir las consecuencias de sus actos —Ago siguió mirándola casi como si fuese una

impertinente—. Tu bisabuelo estaba cautivado. No solo no exigió dote sino que pagó las deudas de su suegro para casarse con Isadora.

—Siempre se dijo que era de una belleza singular y que había cautivado a gran parte de la Europa de su época.

—Si te refieres a que tuvo muchos amantes, es verdad —comentó Victoria sin inmutarse.

Su marido la miró con el ceño fruncido.

—Estoy seguro de que estás equivocada.

—No según su diario. Es más, se consideraba una amante consumada. Tu bisabuelo y ella disfrutaban eligiendo amantes el uno para el otro y comparándolos después.

Victoria tuvo que reconocer que le agradó el silencio que se hizo. Le agradó tanto que le volvió el apetito. Se acabó el risotto con placer y cuando llevaron el segundo plato, se sirvió una generosa ración de carne con verduras. Ago no dijo nada hasta que volvieron a estar solos.

—¿Estás insinuando...? ¿Te atreves a insinuar que mis bisabuelos, hacían... intercambios de parejas, Victoria? ¿Te has vuelto loca?

—No estoy insinuándolo, estoy afirmándolo. Además, estaban muy contentos. Lo que no parecía importarles, que yo sepa, era que su afición pudiera tener consecuencias negativas para el nombre de la familia.

Victoria notó, más que vio, que Ago fruncía más el ceño e intentaba taladrarla con la mirada, pero ella no había hecho más que empezar.

—No te preocupes —siguió ella—, tus abuelos eran mucho más convencionales. Tu familia conocía muy bien a la familia de tu abuela. Tu abuela escribió que tu abuelo y ella se criaron juntos, que ya lo conocía de toda la vida cuando le pidió que se casara con él.

Ago había dejado de fingir que estaba comiendo y la miraba como si quisiera impedir que siguiera solo con la intensidad de su mirada. Victoria había captado toda su atención y eso era lo que importaba. Se recordó a sí misma que eso era lo que quería. Quería llevar las riendas de su vida por una vez y se conformaría aunque solo fuera durante esa comida.

—Si yo fuese tú, tendría mucho cuidado, mia mogliettina —le advirtió él en un tono tan frío como el clima de diciembre—. Mi abuelo fue uno de los mejores hombres que he conocido.

—Estoy segura de que lo era —replicó Victoria con una serenidad que no sentía—, pero, según lo que escribió ella, él sabía que tu abuela

amaba a otro hombre. La convenció de que, como se habían criado juntos, podían casarse como amigos, que podrían ser unos compañeros alegres que querían lo mismo de la vida.

—Mi abuelo no era un payaso, no era alegre. Era un gran hombre y apreciado por todos los que lo conocían. Además, sacó a Accardi Industries de las bucólicas colinas de la Toscana y la llevó al mercado mundial.

—Tu abuela sospechaba que estaba perdidamente enamorado de ella —siguió Victoria como si estuviese contándole un secreto a una amiga—, pero él le prometió que no importaría. El problema es que esas promesas se hacen para incumplirlas, ¿no? A él le atormentaba que ella no pudiera amarlo. Ella sospechaba que él no había levantado su imperio para impresionarla sino también para demostrarle que era una necia por haberle entregado el corazón a un carpintero que no podría tratarla como la trataba él —Victoria le sonrió a su marido—. Estaban atrapados, los dos estaban enamorados de personas que no podrían conseguir. Por lo que he podido leer en los diarios que dejaron los dos, ninguno le fue infiel al otro, pero tu abuela empezó a beber y tu abuelo se amargó. Todo el mundo los consideraba un dechado de virtudes, pero eran terriblemente infelices.

Parecía como si Ago quisiera levantarse de un salto, pero no lo hizo. Ella lo miró e intentó convencerse de que no sentía nada mientras él apretaba los dientes, intentó convencerse de que se alegraba de haberle contado todo eso, de haberlo arrojado como una bomba durante la cena.

Al fin y al cabo, había pensado contárselo antes, aunque tenía que reconocer que no lo habría dicho tan claramente. Aun así se alegraba de haberlo hecho. Él tenía que saberlo.

—¿Te produce algún placer desenterrar esos cadáveres?

Ago la miró como si le hubiese hecho algo a él, como si lo que había contado fuese una agresión. Victoria quiso justificarse, sintió la necesidad, pero se mordió la lengua.

—¿Crees que yo quería oír esos detalles tan escabrosos? Recuerdo a mis abuelos, Victoria. Es posible que no se amaran, pero ese tampoco era el objetivo de su matrimonio. El objetivo era que cumplieran con su deber y lo hicieron sobradamente.

—Lo que intento decirte, esposo mío, es que puedes decidir cómo cumplir ese deber al que has dedicado toda tu vida. Tus bisabuelos se

parecían y fueron felices. Tus abuelos fueron desdichados. Por lo que me has contado y he oído, tus padres fueron...

—Abnegados —la interrumpió Ago en tono tajante.

Ella se alegró de no entrar en el asunto de sus padres.

—Eso me parece —Victoria lo miró y se dijo que él le disgustaba, aunque la llamarada que sentía por dentro indicaba lo contrario—. Hasta tú, un servidor tan abnegado del legado de los Accardi, puedes elegir el camino que prefieras. Si quieres. Eso es todo —ella se encogió de hombros un poco exageradamente porque él entrecerró los ojos—. Ellos solo eran personas. No eran gigantes o seres celestiales, eran personas normales y corrientes. Ni más ni menos. Algunos eran virtuosos y otros no. Supongo que tenían un poco de todo, como todos.

Él no se movió. Parecía que no respiraba, pero Victoria se dio cuenta de que era ella la que no podía respirar. Era como si la tuviese enjaulada entre sus brazos, pero la verdad era que seguía sentado a la cabecera de la mesa con los ojos como ascuas. Ni la tocaba ni había jaula alguna, menos la que se hacía ella misma.

—¿Es algo que querías confesar? —preguntó él con una voz gélida—. ¿Estos placeres que hemos descubierto juntos te han gustado tanto que quieres experimentar con ellos? ¿Quieres pasearte por Europa buscándote amantes? Te lo advierto, Victoria, da igual lo que hayas leído, yo no comparto lo que es mío. Jamás.

Algo le vibró por dentro al oír eso. Aun así, una parte temeraria de sí misma quería ponerse de pie y comunicarle que pensaba seguir los pasos de sus bisabuelos y causar estragos entre la población masculina. Podría decirle con cierto aire indolente, como se imaginaba que hablaban las mujeres que querían vivir esas vidas, que no se preocupara, que le informaría con todo lujo de detalles sobre todo lo que hacía.

Sin embargo, sabía que quería decirle esas cosas para ver si podía provocarle y que diera rienda suelta a ese sentimiento que esperaba que tuviera debajo de la piel, bloqueado por esa idea que tenía de que cada bocanada de aire que tomaba tenía que ser en cumplimiento de su deber porque si no, no se merecía tomarla.

Algo por dentro le rebatió, le dijo que todo eso no se trataba de él. Se trataba de ella, de que quería vengarse en cierta medida. Quería que él se arrepintiera de sus manipulaciones.

Fuera como fuese, quería provocarle. Quería conseguir, por todos los medios, que se viniera abajo como le había pasado a ella, pero se limitó a sonreír y sacudió la cabeza.

—Claro que no.

Ella no había pensado en tener relaciones sexuales indiscriminadas y quizá no lo hubiese hecho porque se había quedado embarazada la primera vez. Era como si eso le hubiese quitado las ganas de ir por ahí de cama en cama.

—Solo pienso que como dentro de poco tendremos que criar a nuestro propio hijo, podríamos concentrarnos menos en el deber y más en ser personas rectas, personas que nos se mentirían ni se engañarían.

Él no pareció captar lo que ella quería decir, la referencia a él y su matrimonio.

—Hablas del deber como algo malo —replicó Ago en voz baja—, pero a mí siempre me ha parecido la luz que me guía y si hay algo que puedo transmitir a mi hijo, será eso porque siempre lo orientará.

Más tarde, ya en la cama, pudo notar la intensidad que irradiaba Ago en oleadas. Notaba un sentimiento en él, pero no se quebró. Acabó cediendo a la pasión, pero por mucho que intentara hacerle lo que él le hizo a ella, que le suplicara mientras se desmoronaba en sus manos, él no lo permitió.

Se hizo un ovillo en su lado de la cama y fingió que estaba dormida con su brazo por encima y su mano en el abdomen, donde dormía su hijo. Ella, entretanto, se decía por dentro que podía lidiar mejor que él con sus sentimientos y que lo haría.

Empezaría recordándose que él había querido controlarla con ese engaño, fingiendo que estaba tan entregado a ella como lo estaba ella a él. Había hecho que creyera que lo que ardía entre ellos significaba algo.

Sin embargo, lo único que ardía en él era su maldito apellido.

Tenía que recordarlo. Tenía que creerlo a pies juntillas para encontrar la manera de dejarlo para siempre.

## *Capítulo 8*

**A**GO no tenía recuerdos especialmente agradables de la Navidad. Como solía pasar en su familia, había asistencias impuestas, obligaciones y responsabilidades.

La tradicional cena sin carne de Nochebuena consistía en todo un despliegue de pescados y mariscos que su familia hacía más larga e irritante al invitar a autoridades locales y a un extraño y estupefacto campesino. El día de Navidad había significado una misa interminable en la iglesia del pueblo y una comida rígida, formal y tediosa hasta que tuvo edad para refugiarse en el excelente whisky como todo el mundo.

Sin embargo, la cosa no acababa ahí. El día veintiséis era il giorno di Santo Stefano y su familia recorría ostentosamente todos los portales de Belén de todas las iglesias para hacer donaciones antes de pasar por los hospitales para hacer demostraciones igual de ostentosas de su benevolencia. Luego, volvían a la villa para celebrar otra comida interminable que solía acabar en reproches y melodramas que todos fingían no recordar durante el resto de la Navidad, que en Italia se alargaba hasta la Epifanía en enero. Por la noche, llegaba La Befana, una bruja del folclore que llevaba calcetines llenos de distintos tipos de dulces. Luego, a mediodía, había otra comida familiar en la que su madre y su abuela solían murmurar «L'Epifania, tutte le feste porta via» la una a la otra y al vino, como si la Epifanía marcara el final de las vacaciones, de sus esperanzas y de su felicidad.

No obstante, a pesar de su aversión, Ago había hecho un esfuerzo ese año. Se había dicho a sí mismo que era una forma más de darle a Victoria lo que quería para que tuviera esa sensación falsa de seguridad. Le parecía natural que Victoria, al haber perdido a su madre cuando era pequeña, se volcaría en su papel de madre para su hijo.

Lo sabía por su forma de cantar a su abdomen cuando creía que estaba sola, por su forma de hablar a su hijo cuando iban de paseo y de señalarle cosas como si pudiera verlas.

Darí­a igual toda la ayuda que pudiera tener, como le correspondía a la madre de su heredero, estaba seguro de que querría participar todo lo que pudiera. Al revés que su abuela, quien había estado mucho más preocupada por las apariencias y por lo que creía que debía a la comunidad como matriarca reinante de los Accardi... o como su madre, quien había sido distante y había estado medicada y vigilada las pocas veces que se relacionaba con sus hijos a lo largo del año.

Cuando Ago o Tiziano se atrevían a quejarse, su padre les decía que su madre había tenido la responsabilidad de darles a luz y que había cumplido con su deber creyeran ellos lo que creyesen, que se lo agradecieran sin esperar siempre más.

Ago había hecho exactamente eso. No había esperado nada de su madre desde los nueve años hasta los catorce, cuando ella falleció. Cuando su padre murió él tenía veintiún años y también dejó de esperar algo por esa parte. Entretanto, había aprendido a organizar las cosas a su conveniencia sin que lo pareciera.

Con Victoria, no le había costado nada parecer un recién casado emocionado. No le había costado nada tenerla inmersa en una felicidad sensual hasta que llegara su hijo. Al fin y al cabo, solo faltaban unos meses. ¿Por qué no iba a cerciorarse de que ese matrimonio, que no había deseado, fuese como la seda para que su hijo tuviera un principio feliz y alegre?

Si analizaba las historias que le habían contado sobre su infancia, él no había disfrutado de nada parecido cuando había llegado a esa familia. Aunque tampoco analizaba gran cosa.

Además, era fácil dirigir la empresa desde la villa. Su abuelo había construido esa zona precisamente para eso. Su padre la había utilizado mucho, sobre todo, cuando su madre estuvo mal. Sus empleados estaban acostumbrados a que no estuviese presente porque solía viajar a las oficinas de Accardi Industries por todo el mundo. Incluso, se había llevado a Victoria en alguno de los últimos viajes, pero no la había exhibido como su esposa.

Se había ocupado de que no se dijera en ninguna parte que estaban casados. No podía evitar las habladurías, pero sí podía sofocarlas antes de

que se convirtieran en preguntas que tendría que contestar a sus accionistas.

Lo que estaba haciendo era ajustarse a su plan. Aunque los cebos eran un poco distintos que los que había pensado al principio. La idea de utilizar la Navidad para que fuese más dócil se le había ocurrido hacía poco.

Una mañana habían dado un paseo entre la niebla que cubría las colinas y los valles. Había representado tan bien su papel que le había tomado la mano sin tener que pensarlo, le había acariciado el dorso con el pulgar y había balanceado ligeramente los brazos mientras caminaban a un paso que parecía el natural para ellos.

Si fuese verdadero, podría haber llegado a pensar que estaban hechos el uno para el otro.

—Esto es precioso —había comentado ella con la mirada clavada en la lejanía—. Sería precioso que pasáramos aquí nuestra primera Navidad.

—¿Qué sueles hacer en Navidad?

Él se lo había preguntado con cierto asombro porque no se le había ocurrido que ella pudiera querer que celebraran la Navidad o qué significaría para ella si es que significaba algo.

Aunque debería habersele ocurrido. Toda Inglaterra enloquecía con la Navidad desde que empezaba a anochecer más temprano. A principios de diciembre ya era casi imposible encontrar a un inglés que pudiera participar en una reunión seria porque todos se dedicaban a preparar la Navidad con esos jerséis ridículos o con fiestas de disfraces.

En comparación, la Navidad en Italia, que duraba más o menos un mes, del ocho de diciembre a la Epifanía, era casi acelerada.

—Mi padre no solía celebrar la Navidad —le había contado Victoria—. Según él, los regalos que hacía durante el año, y que yo tendría que agradecer, eran más que suficientes. Aun así, me gustan los adornos y las luces resplandecientes aunque las noches sean largas.

—¿Cómo voy a poder darte la Navidad que quieres si no me lo dices?

Ella se había reído y él, aunque lo había dicho porque le había parecido que era lo que tenía que decir, decidió de repente que la daría la Navidad perfecta costara lo que costase. Intentó convencerse de que era otra manera de moldearla.

—No quiero nada especial —había contestado ella sin dejar de reírse—. Velas y ramas de abeto, villancicos, algo festivo y alegre y sin hablar de la gratitud debida, eso es todo.

Ago había pedido a sus empleados que investigaran cómo era la Navidad británica típica y que la reprodujeran en la villa. Tanto las cosas que ella ya sabía como las que él se había reservado.

Había creído que había salido perfecto. Le había parecido que Victoria estaba encantada al principio. Se había emocionado al ver los árboles de Navidad que había en todas las habitaciones y le habían brillado los ojos al ver las luces de colores que colgaban de las ramas de árboles o celosías en el exterior.

Sin embargo, durante los últimos días había tenido la sensación de que estaba perdiéndose algo y no estaba acostumbrado a perderse nada. Era Ago Accardi y ganaba millones casi sin pensarlo gracias a su perspicacia.

Aun así, Victoria estaba más abatida cada día.

Había intentado dilucidar qué había pasado, pero había sido imposible. Pasó aquella noche cuando ella le soltó todas esas cosas que él no había querido saber sobre sus abuelos y sus bisabuelos, pero él no había discutido más sobre ello, sobre todo, porque lo que había dicho hacía que muchas partes de su infancia cobraran sentido de repente, seguramente, más sentido del que le habría gustado.

Además, no creía que ella hubiese querido hacerle daño con esos descubrimientos porque esa noche, en la cama, había sido igual de generosa y apasionada que siempre, y en las noches sucesivas.

Él conocía infinidad de mujeres que podían sentir rencor y, aun así, disfrutar en el lecho nupcial y, al parecer, algunas de sus antepasadas estaban entre ellas. Sin embargo, creía que Victoria no era tan cínica... todavía.

Aun así, le parecía que cada día era más difícil interpretarla y quizá por eso repasaba una y otra vez las cosas que había dicho. Incluso, él también había encontrado esos diarios aunque no tenía el más mínimo interés en indagar sobre lo que sus antepasados, muertos hacía mucho tiempo, habían hecho en la intimidad.

Sin embargo, si todo lo que había dicho Victoria era verdad, y no solo era verdad sino que además había descubierto que su bisabuela tenía un talento especial para las descripciones, todo lo que le habían inculcado por todos los medios su padre y su abuelo desde su infancia no era... muy

acertado y, sobre todo, ni siquiera representaba lo que habían sido sus vidas.

Especialmente si pensaba en sus padres y en lo que había visto de su relación... aunque había decidido que no era de su incumbencia. No obstante, pensándolo bien, también era posible que su padre le hubiese hecho creer que no era de su incumbencia.

Sin embargo, no quería darle más vueltas por mucho que se le presentara en la cabeza en contra de su voluntad.

Ago se despertó el día de Navidad como si no fuese él mismo. Alargó la mano, pero comprobó que el lado de Victoria estaba frío. Se sentó con la adrenalina bulléndole en las venas... y vio que ella estaba sentada delante de la chimenea. Estaba sentada en su butaca favorita con las piernas en alto, envuelta en una colcha, y una expresión que él no conocía mientras miraba las llamas.

No supo por qué, pero se pasó una mano por el pecho como si así pudiera aliviar la opresión que sentía por dentro.

—¿Este es el espíritu navideño del que tanto he oído hablar? — preguntó él.

Ella giró la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja y sin maldad, le pareció a él. También se dijo a sí mismo que, seguramente, se había imaginado su aire melancólico. Debía de haber sido algo que él no conocía y que le recordaba al desánimo.

—Ven —le pidió él desorientado por el curso de sus pensamientos—, quiero enseñarte una cosa.

La observó detenidamente mientras se levantaba y se acercaba a los pies de la cama como si fuera todo obediencia y deseo, algo que debería haberle alegrado, pero que lo alteró.

La observó como lo hacía muchas veces últimamente, como si buscara indicios, como si buscara algo. Llevaba uno de sus camiones favoritos, uno que se ceñía a su abdomen y hacía que pareciera un bombón, con la nata de su piel y el chocolate de la tela marrón.

Quiso comérsela entera, como siempre.

Sin embargo, era Navidad y él sentía... demasiadas cosas. Le desagradaban todas, pero solo había una manera de hacerlas. La Navidad primero, se dijo a sí mismo en tono sombrío.

Se levantó de la cama y se puso los pantalones de seda que usaba para no incomodar a sus empleados... y también para intentar sofocar el anhelo infinito que sentía por su esposa.

Daba igual la cantidad de veces que la tomara en una noche, siempre quería más. Por eso la dejaba dormida en la cama cuando empezaba la jornada, porque cada día estaba más embarazada y delicada pensara ella lo que pensase. Sin embargo, en ese momento, estaban muy cerca y les separaba muy poca ropa. Tan cerca que no sabía muy bien quién estaba respirando porque parecía que los dos respiraban a la vez...

Pero no se le pasaba por la cabeza tumbarla en la cama como regalo de Navidad. Eso llegaría más tarde con toda certeza. A Ago no se le daba bien hacer regalos. En realidad, no estaba seguro de que hubiese hecho algún regalo en su vida.

Retrocedió un paso un poco bruscamente. Victoria lo miró desconcertada y no podía reprochárselo. Volvió a frotarse el pecho y la tomó del brazo como si fueran a entrar en un salón de baile, pero la llevó a la puerta que, en su día, había separado el dormitorio principal del de la amante. Él le había contado a Victoria que lo usaban de trastero y estaba cerrado.

—¿Vas a relegarme a otro dormitorio? —preguntó ella aunque él captó el tono burlón—. ¿Tan pronto?

Ago no contestó e intentó convencerse de que era porque no hacía falta buscar espectros en todo a pesar del tono de ella, pero la opresión persistente en el pecho indicaba otra cosa.

No volvió a frotárselo y miró a Victoria, que estaba contemplando la habitación. Contuvo la respiración cuando ella dejó escapar un sonido.

Le soltó la mano y entró en el cuarto para ver lo que sus empleados habían estado haciendo, furtivamente, durante un tiempo.

—Un cuarto de niños...

Victoria tomó aire como si no pudiera entenderlo aunque él tampoco podía entender qué iba a ser ese cuarto si no. Tenía una cuna, un cambiador, una mecedora, un pequeño sofá, una alfombra de colores, cuadros alegres en las paredes de un amarillo claro...

—¿Me has hecho un cuarto de niños?

—Creo que sabes, mia mogliettina, que no lo he hecho con mis manos. Me he limitado a asesorar.

No sabía qué estaba pasándole, por qué se sentía torpe y poco elegante cuando se esforzaba mucho para no ser ninguna de las dos cosas, por qué no podía mirarla directamente ni desviar la mirada cuando se enorgullecía de ser directo siempre.

—Parece... —Victoria se dio la vuelta y lo miró con los ojos brillantes—. Ago, es igual que mi cuarto cuando era niña, el que había en casa de mi padre, pero con vistas de la Toscana, no de Inglaterra.

—Me empeñé en que tu padre me mandara fotos —replicó él como si le doliera hablar—. Pensé que te gustaría.

—Me gusta —parecía como si a ella le costara tragar saliva—. Me gusta de verdad.

Se quedaron mirándose y Ago se sintió titubeante como no se había sentido nunca. No sabía si la Navidad estaba afectándole. Probablemente, sería por haberle hecho un regalo así. No podía hacer un regalo con solo chasquear los dedos mientras estaba concentrado en otra cosa. Ese cuarto le había exigido pensar mucho.

Se dijo a sí mismo que lo había hecho para tenerla contenta y donde quería tenerla, que solo era un gesto y que no tenía nada que ver con él.

Sin embargo, en ese momento, al mirarla, comprendió que no lo había pensado bien, se sentía como si hubiese desvelado más de sí mismo de lo que le habría gustado y, peor aún, estaba mostrándose de una manera que habría evitado completamente si hubiese sabido que iba a pasar eso. Si era sincero, le había salido el tiro por la culata y no le había pasado nunca.

Seguía sin poder interpretar la expresión de Victoria. Parecía casi ceremoniosa cuando le tomó las manos. Luego, se las llevó al abdomen y las dejó ahí como si ese fuese su regalo... y lo más raro fue que se lo pareció.

Ya le había tocado el abdomen antes, le había tocado todo el cuerpo, pero nunca de esa forma, no se había... recreado. Desde luego, no había hecho lo que hizo en ese momento, no se había inclinado para besarle el abdomen sin ninguna prisa.

Ago oyó que ella respiraba entrecortadamente, pero solo podía centrarse en el calor que irradiaba a través de la tela del camisón. Eso tenía que ser otro regalo porque podía notar cómo lo absorbía él, pero, mejor aún, su propio hijo dio unas patadas como si ya lo reconociera.

Si Dios quería, sería un padre mejor que el que había sido el suyo.

Fue un sentimiento tan sorprendente que ni siquiera podía creerse que lo hubiese sentido.

Quizá por eso se arrodilló y le besó todo el abdomen, y, por una vez, no fue para avivar esa llamarada de pasión que brotaba entre ellos. Por una vez, fue porque era suya y estaba embarazada de su hijo, porque eran su esposa y su hijo, porque le gustara o no, lo hubiese planeado o no, esa era su familia y, en ese momento, aceptaba esa palabra de una manera distinta.

Levantó la mirada y vio que lo miraba con los ojos azules muy abiertos y unas lágrimas cayéndole por las mejillas.

—Buon Natale —susurró él con la voz ronca—. Feliz Navidad, mia mogliettina, y a ti también, hijo mío.

Ella dejó escapar un suspiro y él la ayudó a que se arrodillara. Entonces, la besó en la boca una y otra vez hasta que dejó de sollozar y empezó a jadear.

El batiburrillo de sentimientos dejó paso al anhelo y a otras cosas comprensibles. Fue un alivio ayudarla a que se pusiera a horcajadas encima de él en el suelo del cuarto de su primer hijo y en una mañana de un día de Navidad que parecía rebotante de prodigios.

Ago intentó convencerse de que ese había sido su objetivo desde el principio. Sexo, pasión... Ni más ni menos. Todo lo que lo había arruinado en el jardín del tío de ella y que podría utilizar en ese momento para tenerla tan atada que no se le pasara por la cabeza siquiera la posibilidad de marcharse, que ni siquiera llegara a pensar que, después de todo, él le había obligado a elegir su propia jaula.

Mejor aún, que ella no llegara a darse cuenta de que él, a pesar de sus mejores intenciones, había cometido un error garrafal y había acabado entre rejas con ella.

## Capítulo 9

**N**O había estado preparada para descubrir el cuarto del niño.

Esa noche, después de la cena de Navidad británica que había intentado preparar la cocinera italiana, se quedó en medio del cuarto de su hijo. Se abrazó el jersey drapado que llevaba ceñido al cuerpo y se preguntó por qué todo era más difícil de lo que se había imaginado.

La luz de la luna entraba por las ventanas y pudo imaginarse fácilmente lo que pasaría si se quedaba. Dentro de unos meses estaría sentada en esa mecedora mientras daba el pecho a su hijo. Sería fácil. En un abrir y cerrar de ojos, podría ser feliz en ese cuarto que hacía que se sintiera como en casa, como no se había sentido desde que era una niña y no sabía lo que le tendría preparado su padre. Incluso, podría llegar a convencerse de que la amaban.

Si no, ¿por qué un hombre como Ago iba a copiar exactamente un cuarto que no sabía que existía? ¿Qué podía haberle pasado?

Además, si lo pensaba bien, podría poner en contexto lo que le había oído decir. Quizá no se hubiese sentido como había dado por supuesto ella apoyada en la pared fuera de su despacho, quizá hubiese dicho lo que había oído porque estaba intentando desafiar los prejuicios de su padre.

Sin embargo, allí, iluminada por la luz de la luna, resopló y se rio con amargura.

Se conocía muy bien ese recurso, se había pasado toda su vida contándose historias para explicarse cómo la trataba su padre. Sabía que las historias eran tranquilizadoras, eran como luz en la oscuridad. Una buena historia podía llegar a justificar el comportamiento más espantoso, pero no por eso eran verdad.

Se dio la vuelta y cruzó la puerta que comunicaba con el dormitorio que compartía con Ago desde hacía casi un mes. Ya le costaba imaginarse dormir sola otra vez cuando antes habría dicho que le parecía inconcebible

dormir con otra persona al lado, y menos con un hombre como él, tan grande y tan implacablemente viril... antes lo habría hecho con un león.

Él estaba dormido, con la luna brillándole en los planos y los ángulos de su impresionante cuerpo.

No sabía por qué se había demorado. ¿Realmente estaba tan triste que una Navidad preciosa y un regalo maravilloso hubieran hecho que se planteara sus propias convicciones?

Notó unas patadas tan fuertes del bebé que hizo un gesto de dolor y, sin el más mínimo motivo, notó que le escocían los ojos y que empezaban a rodarle lágrimas por las mejillas.

—Lo sé... —susurró ella con un hilo de voz—. También lo amo.

Esa revelación bailó a la luz de la luna que se colaba en la habitación y hacía que Ago pareciera más hermoso todavía. Lo amaba. Fue una sensación tan intensa que estuvo a punto de caer de rodillas, pero la realidad hizo que se mantuviera de pie.

Sintió otra patada del bebé y un ligero dolor de cabeza, pero parpadeó para intentar aplacarlo.

—Nos merecemos algo más que una jaula, chiquitín, por muy bonita que sea.

Se dio la vuelta aunque le dolió. Se dirigió hacia la puerta sabiendo que estaba grabándose todo en la memoria. Los cautivadores rasgos de su rostro y su serenidad cuando era tan severo y autoritario cuando estaba despierto. Dormido, podría haber sido un hombre distinto, más delicado y cercano, pero esa era otra historia de las que se contaba para que le pareciera bien lo que sentía cuando, seguramente, solo era cierto síndrome de Estocolmo mezclado con un poco de espíritu navideño.

Salió de puntillas y no dejó que el cuarto del niño le hiciera volver. Caminó todo lo deprisa y silenciosamente que pudo hasta el pasillo.

Recordó todas las veces que la había acariciado con las manos y la boca. Sintió cómo sus manos la agarraban con fuerza de las caderas cuando lo montaba...

Sin embargo, si eran solo relaciones sexuales, sería fácil huir.

Aunque la verdad era que no sabía lo que significaba «solo relaciones sexuales» porque era el único contacto íntimo que había tenido. Pero, eso era lo que decía la gente, ¿no? Solo relaciones sexuales, como si llegar juntos al clímax como habían hecho Ago y ella no quisiera decir

nada cuando sus caricias podían llevarla tan lejos y, en cierta medida, temiera que daba igual si lo dejaba o no.

En cierta medida, sabía que siempre la tendría agarrada con fuerza.

—Eso solo es una historia —se dijo a sí misma mientras se alejaba—. Y no muy bonita.

El dolor de cabeza fue un poco más intenso, pero, aun así, siguió recorriendo la casa. Ya no se oían villancicos, pero sí podía captar el olor de los abetos y de las velas encendidas. Era como escabullirse por una felicitación de Navidad y no sabía si debería parecerle escalofriante o conmovedor.

Pensó en lo que haría en vez de dejarse llevar por el sentimentalismo. No se quedaría en Italia esa vez. Sería buscarse problemas y si había algo que le había demostrado Roma era que podría desmoronarse a la primera adversidad. Además, con un poco de suerte, nadie sabría que estaba casada con Ago, nadie buscaría a una mujer británica muy embarazada creyendo que podrían utilizarla contra él.

El bebé se movió otra vez y tuvo que pararse porque sintió un dolor y no parecía una simple patada. Se apoyó en la pared más cercana, sin hacer caso del Picasso, y tomó aire hasta que el dolor remitió un poco.

—Vamos, chaval —murmuró ella—, tenemos que ser un equipo.

Esa vez, cuando pasó por delante de los retratos de las antepasadas Accardi, le pareció que estaban juzgándola porque ellas se habían quedado aunque, quizá, deberían haberse marchado.

Sin embargo, ¿era eso lo que quería para sí misma? ¿De verdad tenía que sacrificarse por el legado de esa familia solo porque su esposo no conocía otra forma de vida? Sobre todo, ¿era la vida que deseaba para su hijo?

También era posible que la verdad fuese que quería que la vida le ofreciera mucho más a ella porque no había podido encontrar un trabajo como las chicas de su edad. Su padre no lo habría permitido. En cambio, se había pasado la vida trabajando para organizaciones benéficas y le había encantado.

Por eso sabía que un legado compartido dejaba de ser una maldición para convertirse en algo mágico porque acercaba a quienes lo compartían... o podía serlo.

Sin embargo, Ago no quería eso.

Era posible que ella lo amara, pero él no la amaba.

Solo quería convencerla de que estaba pasando algo, quería que se dejara arrastrar por eso, por él, quería que se enamorara tanto que no se le ocurriera hacer nada que no fuese obedecerla.

Él era como su padre y, en muchos sentidos, más rastroso. Su padre no era taimado y ella no creía que fuese capaz de serlo. Su padre no había fingido, ella, para él, había sido una marioneta desde su pubertad y siempre había estado muy claro que era el tipo de belleza que podría manipular.

Ago, en cambio, había estado tomándole el pelo desde Roma, y eso era lo que no podía perdonarle.

La escalera principal era larga y espectacular y estaba tan iluminada por la luna que parecía que todos los paparazis que había estado eludiendo Ago la hubiesen encontrado y estuviesen deslumbrándola. No le extrañaba que no se le pasara el dolor de cabeza.

Era otra señal de que no debería quedarse allí porque ya se sentía débil y avergonzada como si prefiriera darse la vuelta y meterse en la cama.

¿Quién sabía lo que le obligaría a hacer si se quedada y le dejaba representar el papel de padrazo? Él sabría hacerlo, sabría conseguir que ella creyera, que se imaginara, que se contara más historias, que se las creyera aunque ya estuviese escarmentada.

Volvió a sentir el dolor, más agudo que antes, la cabeza parecía que iba a explotarle y se paró en la escalera.

—Vamos, mia mogliettina —dijo la voz sombría como si la envolviera desde arriba—. No creerías que iba a permitir que pasara otra vez, ¿verdad?

Estaba llegando al final de la escalera, pero se había parado. ¿Lo había notado? ¿Había sabido que él estaba cerca? ¿Por qué quería que eso tuviera alguna importancia?

—Déjame que me marche, Ago —le pidió ella con delicadeza.

Ella lo notó moverse más que oírlo. Era como si la gravedad actuase de otra manera con un hombre forjado en acero desde hacía tantos siglos. Esa fuerza, esa intensidad... y, esa noche, recubiertas por una furia lúgubre.

No tuvo que darse la vuelta para saber que él también estaba bajando las escaleras.

—Comprenderás que no tengo la más mínima intención de dejar que te marches, Victoria —replicó él inapelablemente—. ¿Acaso creías que iba a dejarte?

Ella se dio la vuelta y no le sorprendió verlo a un par de escalones por encima de ella. Aun así, tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo y casi se mareó.

La luz de la luna seguía entrando por las ventanas y lo revestía de plata. Parecía un dios pagano con unos pantalones de seda que le colgaban peligrosamente de las caderas. Su pecho resplandecía como si fuese una obra de Miguel Ángel esculpida en mármol y creada solo para maravillar a quienes la contemplaran.

Dio resultado.

Sin embargo, él le había hecho una pregunta y ella dejó a un lado la impresión que sentía por dentro. Se olvidó de la luz plateada y del pecho de mármol, porque sabía que si se acercaba más, él no estaría tan frío como podía parecer a la luz de la luna, que estaría cálido si lo tocaba, que su calidez se adueñaría de ella... aunque eso no podía compararse, ni mucho menos, con su sabor y su olor. También sabía que lo llevaría siempre con ella.

—Quiero que me dejes marcharme porque estoy pidiéndotelo —contestó ella con una delicadeza que esperó que disimulara la tensión que sentía en la garganta—. Además, Ago, recuerda que no te he pedido nunca nada, solo que me dejes libre.

—Porque no hace falta que lo pidas —gruñó él como un trueno que retumbó dentro de ella—. ¿Acaso no te he dado todo lo que querías? Te he hecho gritar de placer, te he vestido, te he traído tu infancia para que te sintieras cómoda aquí, te he ofrecido una Navidad, ¿qué más quieres?

Ella se frotó los costados del abdomen como si así fuera a aliviar el dolor que estaba sintiendo por dentro.

—No quiero que me traten como a un animal de compañía, Ago. ¿No puedes entenderlo?

Ella sabía que no lo entendía, que no podía entenderlo. Quizá fuese injusto pedirle algo así. No obstante, se acordó de cómo se sintió fuera de su despacho y escuchando lo que le decía a su padre, y le dio igual si era justa o no.

—No espero que lo entiendas —siguió Victoria con una voz tan rota que casi no la reconoció ni ella—. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a esperar

que me trataras como no te tratas ni a ti mismo? Estás atado a este sitio, a tu legado, a lo que te dijeron tus antepasados y te has creído al pie de la letra, tanto que no puedes ver más allá.

—Solo veo una mujer a la que le han dado todo y solo quiere eludir sus responsabilidades.

—Yo no he pedido esas responsabilidades.

—¿Crees que yo sí? —le preguntó él sacudiendo la cabeza—. No sabía que se podían elegir las responsabilidades según le apeteciera a uno. Yo no he conocido ese lujo. Siento decírtelo, mia mogliettina, pero es un lujo que tampoco está a tu alcance. —Pues debería estarlo.

Seguía agarrándose el abdomen y jadeaba un poco, aunque no sabía si era por la rabia o por ese dolor que ya era como algo palpitante.

Él bajó a su escalón con una expresión casi despiadada a la luz de la luna. Sin embargo, cuando le agarró el brazo con firmeza, no le hizo daño. Ella sabía que él podía dominarse incluso en ese momento.

—Los «deberías» no nos sirven ni a ti ni a mí, Victoria. Me parece que quieres una vida distinta, pero, desgraciadamente, no tienes otra alternativa. Siento que pasaras una infancia tan complicada. ¿Y quién no? Alguien podría decir que esto son las ganas de conocer mundo que no te permitió tu padre, pero yo creo que no es verdad. Creo que intentas eludir lo inevitable.

Ella se olvidó del dolor de cabeza y del dolor que sentía por dentro y frunció el ceño.

—Ese eres tú, ¿no? Supongo que te consideras inevitable.

—Yo soy ineludible —replicó él con un brillo de advertencia en los ojos—. Lo inevitable es que vayas a ser madre. Sientas lo que sientas por tu infancia, ya se ha acabado. No hay vuelta atrás, no se puede reparar. Creo que esto te hace temblar de miedo.

—Y yo creo que estás proyectando lo que te pasa a ti —le espetó ella.

Aun así, a pesar del dolor que sentía en el abdomen, le pareció como si algo... se estremeciera.

—No tengo que proyectar esas cosas. Sé muy bien qué soy y nunca fui un niño como los demás que podía divertirme como me apeteciera. Yo, al revés que tú, no lloro por la pérdida de algo que no tuve nunca porque sé que tenía una finalidad.

Él le agarró el brazo con un poco más de fuerza y saltó una chispa entre los dos.

Victoria solo pudo pensar en la palabra «amor». Se abría paso dentro de ella y la llenaba como si fuese un globo incontenible... pero de una forma dolorosa porque sabía que él no elegiría esa palabra, no era lo que él iba a decir.

—El legado Accardi y yo hemos intentado ponértelo fácil, Victoria.

—¿De verdad? —ella consiguió reírse—. Tiene gracia porque yo no habría elegido la palabra «fácil».

Él le soltó el brazo para poder mirarla como si pudiera convertirla en cualquier cosa que quisiera. Ella también lo miró y no pudo imaginarse que hubiese visto algo en él aparte de esa severidad inflexible, ese desdén infinito por todo lo que no fuera su tema favorito.

—Sin embargo, aquí estás, el día de Navidad, intentando escaparte otra vez —siguió Ago con una tranquilidad desquiciante—. Si no quieres que te trate como a un animal de compañía, a lo mejor deberías dejar de comportarte como si lo fueses. Sin embargo, da igual porque ha terminado.

Sintió que le flaqueaban las rodillas e intentó regañarse. Tenía que mantenerse recta y orgullosa para afrontar cualquier atrocidad que él fuese a decirle.

—¿Terminado?

Ella sabía que no se refería al divorcio, pero eso no era tan tranquilizador como debería haberlo sido.

—Es posible que creas que esto ha sido complicado para ti, pero no tienes ni idea —contestó él en un tono más sombrío cada vez—. Me pasé toda mi infancia viendo a mi madre medicada y encerrada. En sus peores momentos, no le dejaban ir sola ni al cuarto de baño. ¿Crees que yo no haría lo mismo si fuese necesario?

—Tengo entendido que tu madre estaba muy enferma —consiguió replicar ella.

—¿Empezó así o acabó así? —Ago sacudió la cabeza con un brillo en los ojos—. En cierta medida, mi padre me parecía un monstruo por retener aquí a mi madre aunque le expresara su amor continuamente. Ahora doy por supuesto que hacía lo que tenía que hacer por muy desagradable que fuese. Mi madre no sabía nada de este mundo, de lo que le exigía el apellido Accardi —Victoria se quedó sin respiración, pero él no

había terminado—. Ella no era como tú, Victoria, no estaba hecha específicamente para un mundo como este. Podría excusar los fallos de mi madre, pero ¿los tuyos? —él sacudió la cabeza—. No lo toleraré. Te encadenaré si es necesario. Haré lo que haga falta para proteger el legado al que he dedicado toda mi vida.

Todo pareció desvanecerse bajo sus pies, como si la escalera se hubiese convertido en un mar, pero consiguió centrarse en Ago a la luz de la luna, en Ago, al que amaba contra su voluntad.

—Solo hablas de tu legado, ¿no? Aun así, no te enteras.

—Te equivocas otra vez —gruñó él.

—Todo esto no es nada —Victoria retrocedió, se bajó el escalón para hacer un gesto con un brazo como si lo abarcara todo—. Es una casa, son cosas, son historias que te han contado y tú te has creído sin rechistar. Sin embargo, en definitiva, ¿qué puede importar todo eso?

—En definitiva —repitió él con sarcasmo—, es lo único que importa y lo preservaré aunque sea lo último que haga.

—Sin embargo, ese es el asunto, Ago —replicó ella aunque se sentía mareada y no podía concentrarse en él como debería—. Vas a fracasar, ya lo has hecho. Lo único que importa de verdad en esta vida es el amor y a ti te parece una debilidad.

Victoria habría querido decirle más cosas; que lo amaba a pesar de todo y en contra de sus intereses; que creía que lo habría amado aunque no hubiese habido un bebé y un motivo que los hubiese unido de esa manera; que le gustaría poder volver a empezar otra vez, retroceder un año, cuando él fue a casa de su padre para lo que en ese momento ella comprendía que fue un casting.

¿Qué habría pasado si hubiese seguido el extraño impulso que sintió aquella noche? ¿Qué habría pasado si no hubiese hecho caso a su padre y le hubiese dicho a ese hombre, por muy imponente que le hubiese parecido, que era el único de los pretendientes que le había presentado su padre que hacía que sintiera algo?

Quería tocarlo una última vez para llevarlo consigo cuando se marchara.

Sin embargo, no hizo nada de todo eso porque todo en su interior pareció derrumbarse. Una oleada de algo terrible la estremeció. Lo último que vio antes de que todo se volviera negro fue el gesto de pánico en la cara de Ago.

## *Capítulo 10*

**A**GO vio que se quedaba pálida y se abalanzó para agarrarla antes de que cayera al suelo, y cuando no consiguió que abriera los ojos o que reaccionara empezó a gritar como si el mundo fuese a acabarse porque eso fue lo que sintió. Sobre todo, cuando sus palabras hirientes le resonaron en la cabeza.

Fue como si los empleados hubiesen tardado toda una vida en responder, en alcanzarlo cuando iba por el patio hacia las caballerizas, donde estaba el equipo médico.

Toda una vida con el cuerpo inerte de ella en los brazos y dominado por el espanto porque sabía que había sido culpa suya.

¿Por qué le había dicho esas cosas? Porque se había despertado y la había encontrado huyendo cuando se había mostrado vulnerable ante ella con el cuarto del niño sin siquiera haber querido...

¿Acaso no le había advertido su padre de que sucedería? ¿Había quedado claro que le haría daño a ella si la amaba?

Se quedó estupefacto al reconocer esa verdad, una verdad que no había sabido ver cuando la encontró en las escaleras escapándose de él otra vez...

Se encendieron todas las luces de la villa y de las caballerizas. No sintió el frío ni la oscuridad hasta que entró llamando a gritos al médico y la enfermera, hasta que el calor hizo que se diera cuenta de la temperatura gélida del exterior. Además, le daba igual porque Victoria estaba inconsciente y eso era imposible, era imposible.

Los sanitarios llegaron corriendo y todo se aceleró.

No supo la hora ni el tiempo que pasaba, cada minuto era un suplicio demasiado rápido y demasiado lento y todo le daba igual porque Victoria no se despertaba... y él era el único culpable.

El equipo médico hizo todo lo pudo, pero cuando estuvo estabilizada, la llevó a su aeródromo, la subió a su avión con todo el cuidado del mundo y volaron a Inglaterra.

Por la mañana, estaba atendida por los mejores ginecólogos de Gran Bretaña. Le dijeron todo tipo de términos alarmistas, preeclampsia, posible sufrimiento fetal, y quiso convertirse en un especialista inmediatamente, pero no serviría de nada, solo cabía esperar.

Ago Accardi, que podía mover montañas solo con pedirlo, tenía que esperar... y flagelarse.

Era insoportable.

No salió de su dormitorio durante cuarenta y ocho horas como si ella fuera a despertarse por su mera presencia. Según los médicos, no había ningún motivo para que siguiera inconsciente cuando la habían estabilizado y se habían cerciorado de que el bebé estaba a salvo. Sin embargo, seguía inconsciente.

Se marchó del hospital al tercer día porque si no, podría empezar a zarandear a los médicos, que parecían no entender que necesitaba que su esposa despertara inmediatamente. Salió por una salida privada del hospital porque le habían informado de que había muchos fotógrafos en la entrada principal. Al parecer se había corrido la voz de que Ago Accardi había ido corriendo al hospital con una mujer embarazada que podría ser su esposa, una mujer que había estado a punto de ser la prometida de su hermano.

Era precisamente la pesadilla que había estado intentando evitar durante todo ese tiempo, pero, aun así, le daba igual. Solo le importaba que Victoria recuperara la consciencia y no podía hacer absolutamente nada al respecto. Si los fotógrafos y la repugnante prensa sensacionalista hubiesen podido ayudarla, habría salido y les habría contado todo lo que hubiesen querido oír.

En vez de dirigirse a su exclusiva casa de Belgravia para encerrarse entre sus elegantes paredes, Ago empezó a salir de Londres para dirigirse a una zona de Inglaterra que no había visitado jamás. Recorrer los Cotswolds entre glicinias y preciosas casas de piedra no era lo que más le había atraído a un hombre con la misión de ampliar un imperio y que no salía los fines de semana como un mortal cualquiera.

En realidad, lo más parecido a unas vacaciones que podía recordar eran las últimas semanas con Victoria. Era verdad que casi todos los días

había trabajado de una manera u otra, pero la diferencia era que no había pensado en su imperio cuando no estaba trabajando.

Solo pensaba en Victoria cuando ella estaba cerca.

Esa idea, que había rechazado hasta ese momento, seguía dándole vueltas por dentro cuando llegó a una casa diminuta en las afueras de otro pueblo especialmente bonito. Aparcó delante y miró amenazantemente lo que había detrás de una tapia de piedra con una verja de hierro. Había estado nevando durante el trayecto y la casa parecía recubierta de algodón. También veía humo saliendo por la chimenea y había unas velas en todas las ventanas que transmitían una alegría que hacía que se sintiera amenazante de verdad... y abatido quizá cuando jamás se había permitido sentirse así ni un minuto.

Se quedó sentado y agarrado al volante del SUV que lo había llevado hasta allí. Le pareció que ese coche representaba la vida que, de repente, le parecía carente de sentido. Ni siquiera recordaba haberlo comprado, seguramente, porque no había sido él quien lo comprara. Sabía que era el último modelo, bastante elegante y competente a la vez.

Se dio cuenta de que era lo mismo que había esperado de su esposa.

Victoria le había parecido la esposa ideal, en teoría, porque daba la sensación de que sería muy competente, pero su matrimonio no había llegado a ese terreno funcional. En cambio, sentía ese sentimiento desbordante y monstruoso que iba creciendo cada día más desde aquel encuentro en casa de su tío... y que había empeorado todavía más en Roma.

Esos últimos días no había podido dejar de pensar que se había dejado arrastrar por una mujer, y por una sola vez en su vida.

Ella, entretanto, había estado pensando en dejarlo... otra vez.

Aunque no fuera para sentirse orgulloso, había hablado en serio cuando le había dicho que estaba dispuesto a tomar cualquier medida para retenerla con él.

Conocía a todos sus empleados desde que era un niño y sabía que lo obedecerían sin dudarle un segundo. Si quería encadenar a su esposa a la pata de la cama, ellos lo obedecerían encantados de hacerlo.

También sabía que él no tendría el más mínimo reparo y eso debería haberle asustado más de lo que le asustaba.

Tampoco le importaba gran cosa porque lo único que quería era que ella despertara.

Podría decirle que el mundo no tenía sentido sin ella y que ya le daba igual dónde quisiera estar ella dentro de ese mundo, que le daba igual la libertad que necesitara siempre que estuviera viva, sana y contenta.

Estaba casi seguro de que lo decía sinceramente.

Oyó que alguien golpeaba con los nudillos en su ventanilla y parpadeó. Se había olvidado completamente de dónde estaba.

Tiziano estaba al lado del coche y lo miraba con una sonrisa de curiosidad.

—¿Vas a entrar, hermano? Había creído que eras un paparazi.

Ago abrió la puerta, se bajó y ni se inmutó por el frío porque, en realidad, no lo sintió.

—Es impropio de ti aparecer sin un itinerario pormenorizado — comentó Tiziano en un tono que a Ago le pareció jactancioso.

Sin embargo, también era posible que le diese envidia que su hermano hubiese encontrado la manera de ceder completamente a los sentimientos y fuese mejor por eso.

—Un itinerario previsto desde hace un mes y con un despliegue de seguridad...

—Victoria se ha desvanecido —lo interrumpió Ago—. El bebé está bien aunque temieron por su vida al principio, pero ella no recupera la consciencia. No recupera la consciencia, Tiziano —repitió Ago mirando a su hermano con el ceño fruncido.

Se arrepintió de haberlo dicho en cuanto terminaron de salir las palabras. Ni siquiera sabía por qué estaba allí. Se había pasado la vida intentando meter en vereda a su hermano, intentando moldear a Tiziano según las normas que habían regido toda su vida, y Tiziano lo había defraudado siempre.

Sin embargo, se había montado en el coche y había ido hasta allí sin saber por qué.

—No sé por qué vengo a molestarte a tu encantador nido de amor — siguió Ago entre dientes—. Debería haberte llamado.

Sin embargo, su hermano menor tenía una expresión que él no le había visto nunca. Tiziano le dio una palmada en la espalda y después, para su asombro, le pasó el brazo por los hombros.

—No seas ridículo. Entra.

Ago no captó el tono burlón habitual sino, más bien, compasión. No supo muy bien qué sentir al respecto, pero la verdad era que no sabía qué sentir sobre nada.

También pensó que lo mejor sería volver al hospital, pero, al parecer, su cuerpo no opinaba lo mismo porque estuvo dentro antes de que se diera cuenta. Era la casa más pequeña que había visto en su vida. Tuvo que agacharse para entrar y le pareció que si tomaba mucho aire, podría golpearse la cabeza con el techo. Sin embargo, una vez dentro, se oía música y se olía a árbol de Navidad y a repostería.

La mujer de su hermano, que como se enteró después iban a casarse, asomó la cabeza de la cocina, miró en silencio a Tiziano y volvió a desaparecer después de limitarse a hacerle un gesto con la mano a Ago.

Él, sin embargo, no sabía qué hacer una vez dentro de la casa de campo, de ese nido de amor. Se sentó con cautela en uno de los diminutos sofás y Tiziano se quedó de pie junto a la chimenea con un aire desalentado y resuelto a la vez.

—Empezaré yo —comentó Tiziano cuando el silencio empezó a alargarse demasiado—. Me parece que no sabes qué hacer con Victoria Cameron, Ago. Es muy guapa, te lo concedo, pero me pareció que su mayor virtud era que podía adaptarse a cualquier entorno. Su mayor talento, si lo prefieres. La verdad es que Everard Cameron es un hombre muy aburrido y lo natural sería que su única hija también fuera muy aburrida.

—No la conoces.

Ago ni siquiera se dio cuenta, pero se levantó de un salto y estuvo a punto de golpearse la cabeza cada vez que respiraba. Entonces, un minuto después se dio cuenta de que su hermano estaba sonriendo.

—¿De verdad? —le preguntó Tiziano—. Quizá deberías hablarme de ella...

—Es desquiciante, cabezota, desagradecida, irreflexiva. ¿Sabes lo que estaba haciendo cuando se desvaneció? Estaba dejándome. A mí. Y no era la primera vez. La primera vez se paseó por toda Italia comiendo helado y sin hacer caso de mis instrucciones y de su deber.

—Vaya vaya... —murmuró Tiziano—. Helado... ¿Qué será lo siguiente? ¿Se colará en la residencia del Papa?

—Te parecerá divertido. Esto es lo que siempre has querido, ¿no? Te felicito. Me ha tocado una esposa escandalosa y completamente inadecuada cuando sabes muy bien que no puedo permitírmelo.

—Entonces, divórciate —replicó Tiziano encogiéndose de hombros.

Ago ya se había enfadado algunas veces con su hermano y se había enfurecido otras muchas, pero nunca había querido desmembrarlo con sus manos... y eso solo para empezar.

Sin embargo, consiguió contenerse.

—No seas ridículo, no puedo divorciarme.

—¿Por qué? —preguntó su hermano encogiéndose de hombros otra vez.

—¿Acaso te has vuelto loco? —Ago lo miró con el ceño fruncido—. Sabes tan bien como yo que los Accardi no se divorcian.

—Perdona... —se disculpó Tiziano en un tono sospechosamente desenfadado—. Es preferible ser infeliz toda la vida y criar a tus hijos para que también sean desdichados con tal de preservar... ¿qué? ¿Un concepto de legado? —la mirada de Tiziano, demasiado parecida a la de Ago, pareció taladrarlo donde estaba—. Tengo una idea un poco radical, hermano. ¿Qué te parecería si empezaras a pensar en cómo ser feliz? Imagínate que ese es tu legado.

Eso era preocupantemente parecido a lo que le había dicho Victoria y él no podía quitárselo de la cabeza. Como tampoco podría quitarse nunca la imagen de ella quedándose pálida, poniendo los ojos en blanco y casi desnucándose a sus pies.

Tuvo la sensación de que el suelo de esa raquítica casa de campo empezaba a moverse aunque sabía que era imposible. No lo soportaba.

Sin embargo, todavía sabía quién era y quizá fuese lo único que le quedaba.

—Ya sé que tú lo has rechazado toda tu vida, pero a mí me lo grabaron desde que era pequeño. El deber es lo que importa, la dedicación a nuestra historia y nuestro futuro. Todo recae sobre mis hombros, Tiziano. —Ago sacudió la cabeza—. El legado de los Accardi no es solo la luz que me guía, yo soy el legado de los Accardi.

—Pero ¿qué pasaría, hermanos, si fueras otro? —le preguntó Tiziano inexorablemente.

Si Tiziano se lo hubiese preguntado en otro momento, lo habría desdeñado, le habría parecido que ya estaba Tiziano con sus cosas, con su incapacidad habitual para captar la realidad porque era el hijo pequeño y todo había sido distinto para él, que había podido hacer lo que quisiera, que había disfrutado de una libertad que él no había tenido ni tendría.

Era posible que pensara en esa palabra: libertad.

Algo así de sencillo, o eso parecía pensar Victoria. ¿Era posible que él no lo hubiese pensado porque no lo conocía?

¿Importaba lo grande que fuese la jaula o lo que importaba era que no podía salirse de ella?

No lo sabía. Lo que sí sabía era que, por una vez, miraba a su hermano y no lo desdeñaba de entrada.

Algo cambió en la expresión de Tiziano. Parpadeó y se apartó de la chimenea.

—Fuiste otro, Ago —siguió Tiziano sin alterarse—. No creo que te acuerdes, pero fuiste un niño antes de ser el heredero. Eras divertido, te reías, organizabas juegos y te gustaba hacer trastadas. Cuando las niñeras conseguían que te quedaras quieto, te entretenías haciendo unas caricaturas tan graciosas que hasta nuestro padre se reía —él también se rio, pero no fue su risa característica, fue una risa triste—. De todo lo que reprocharía a nuestros padres si estuviesen vivos, eso sería lo primero. Dejaron sin vida a ese niño, lo arruinaron.

—Eso se llama crecer.

Sin embargo, la voz de Ago fue áspera y sintió la aspereza por dentro.

—¿Ella te ama? —le preguntó Tiziano.

Algo se sacudió por dentro de Ago hasta que se rompió. Fue tan intenso que no supo si quedaría algo de sí mismo cuando terminara... si terminaba alguna vez porque parecía no tener fin.

—¿Cómo voy a saberlo? —murmuró Ago.

Aunque estaba hecho mil pedazos por dentro, pudo ver que el rostro de su hermano reflejaba una compasión que había creído que no tenía. En realidad, en ese momento, cuando seguramente veía las cosas con una

claridad desconocida para él, se daba cuenta de que era posible que fuese él quien no tenía las piedras angulares que parecía tener todo el mundo.

Sobre todo, Victoria.

Pensó en cómo se había derretido entre sus brazos y en cómo se había entregado a él cuando volvieron de Roma, sin reservas. Tenía el recuerdo exacto de una mañana cualquiera. La buscaba mientras paseaba por el campo y entrelazaba los dedos con los de ella. Era posible que la pasión los hubiese mantenido despiertos por la noche, pero él recordaba las cosas sencillas. Cómo se abrazaba, cómo levantaba la cabeza para mirarlo con una sonrisa.

No recordaba haberse merecido su generosidad en ningún momento, pero ella se la había dado en cualquier caso.

Recordaba las tardes juntos, cuando hablaban de cosas de las que él no había hablado desde que estuvo en Cambridge; de los méritos de alguna novela, un poco de filosofía o de alguna poesía que había leído ella... Le impresionó darse cuenta de que si bien Victoria no podía presumir de haber pasado por Cambridge, como él, sí había leído mucho y con una profundidad que no alcanzaban la mayoría de los estudiantes de los primeros cursos de Cambridge, ni siquiera él.

Cuando él comentó algo al respecto, ella hizo una mueca de resignación.

—¿Qué podía haber hecho si no durante esos años de refinado encarcelamiento? —ella se había reído, pero él no lo haría en ese momento—. Los libros sirven para ensanchar hasta los horizontes más estrechos. Sé que lo hicieron conmigo.

Y él, que había tenido todas las posibilidades del mundo y más, la había amenazado con estrecharle sus horizontes más todavía mientras estaba al pie de la escalera, rodeada por los retratos de sus antepasados, rebosante con su hijo.

Ella le había hablado de amor, de lo único que él no sabía nada.

—Nuestro padre amaba a nuestra madre —a Ago le dolió decirlo y le pareció que a su hermano también le dolió oírlo—. ¿Te acuerdas de que él lo decía siempre? La amaba con toda su alma y acabó siendo la ruina para ella.

Tiziano lo miró fijamente hasta que se pasó una mano por la cara.

—Supongo que tuvo algo que ver, pero creo que tuvo más que ver con las drogas.

Ago no pudo asimilarlo y se le aceleró el corazón.

—¿Qué? Estás equivocado. Ella estaba enferma.

—Era adicta —le corrigió Tiziano con firmeza—. Además, hermano, era una egoísta y una especialista en culpar a cualquiera de sus problemas.

—No sé de qué estás hablando.

Tiziano esbozó una sonrisa que no se reflejó en sus ojos.

—Claro que no. Te lo ocultaron y te inculcaron que tenías que ser el ejemplo que no fueron ellos. Nuestro abuelo no podía soportar que nuestra abuela no lo amara cuando ella le había dejado muy claro que no lo amaría jamás. ¿Nuestro padre? ¿Cómo crees que una chica tan sencilla como nuestra madre aprendió a experimentar con pastillas? Ninguno de ellos se paró a pensar que el principal problema de sus matrimonios eran ellos mismos.

Ago no supo si se había abierto el suelo bajo sus pies o el mundo había empezado a girar demasiado deprisa, solo supo que sentía algo parecido al vértigo y que no podía dejar de mirar a su hermano, que decía unas cosas que deberían haber sido imposibles.

Sin embargo, sabía que algunas eran verdad porque se las había dicho Victoria.

—Eso que has dicho es imposible —replicó él a pesar de todo como si estuviese aferrándose a un clavo ardiendo—. Eran unos hombres ejemplares. Rectos, cumplidores, entregados a...

—A eludir las responsabilidades, Ago —lo interrumpió Tiziano—. A fingir que tú resolverías los problemas. A hablar sin parar de legados sin hacer nada para preservar los suyos.

Ago solo pudo mirar fijamente a su hermano aunque solo podía ver los espectros de los hombres que había intentado que se sintieran orgullosos de él durante toda su vida. En cierto sentido, eran lo único que había visto durante todo ese tiempo.

Aun así, Tiziano seguía hablando.

—Aunque no te creas ni una palabra de lo que digo, piensa una cosa. Los dos murieron amargados. ¿Eso es lo que tú quieres? Sus esposas prefirieron evadirse con sustancias tóxicas a la presencia de sus esposos. ¿Te parece atractivo? Piénsalo, Ago. Estás esperando un hijo.

—Un hijo... —consiguió murmurar Ago—. Victoria va a darme un hijo.

Tiziano se acercó a su hermano como si no pudiera evitarlo.

—Ago, hermano, sé sincero contigo mismo por primera vez en tu vida, te lo ruego.

Ago quiso replicar que era sincero, que se había pasado la vida siendo implacablemente sincero y que lo había pagado, pero allí, en esa casita de campo encantada, asimilando las cosas que no podía entender, o que entendía demasiado bien aunque no le gustaran, no pudo decir ni una palabra.

Su hermano pequeño lo miró y él pudo verse. Ago pudo ver no solo en lo que se había convertido, también podía ver a aquel chico travieso que no recordaba casi, al chico brillante, atrevido y gracioso; que no era irresponsable, pero tampoco dominado por el sentido del deber; que no era más temerario que cualquier otro chico, pero que sabía que algún día se esperarían grandes cosas de él.

Entonces, su abuelo enfermó y su padre se enfureció más. Él supuso que su madre habría tenido algo que ver, pero no le habían animado a que analizara la situación, al menos, como lo había hecho Tiziano.

La mera idea de tratar al hijo que estaba esperando Victoria como le habían tratado a él hacía que quisiera... empezar a romper cosas, y Tiziano se dio cuenta.

—¿De verdad quieres hacer a tu hijo lo que te hicieron a ti? —le preguntó Tiziano con serenidad aunque fue como si las palabras le cayeran como piedras—. ¿No podrías limitarte a quererlo como deberían habernos querido a nosotros y no pudieron?

—Tiziano... —Ago sacudió la cabeza—. Te había infravalorado.

—Era lo que quería —Tiziano sonrió—. Lo prefería.

Agarró a Ago del hombro con un brillo ardiente en los ojos azul oscuro.

—Pregúntate qué pasaría, Ago, si consideraras que tu esposa y tu hijo son la oportunidad para que crees tu propio legado de una vez por todas.

## *Capítulo 11*

**V**ICTORIA, aturdida, recuperó la consciencia.

Había alguien inclinado sobre ella y entendió inmediatamente que estaba en un hospital porque oía un pitido y notaba algo sujeto a una mano...

Acto seguido, el pánico se adueñó de ella.

—Mi bebé... —consiguió murmurar aunque le salió la voz como si fuese la de una desconocida—. ¿Mi bebé está bien?

La enfermera que estaba inclinada sobre ella, la tranquilizó.

—Tranquila, señora Accardi —Victoria comprendió, por su acento, que ya no estaba en Italia—. El bebé está bien y usted también. Nos ha dado un susto, pero eso es todo.

Victoria, sin embargo, estaba intentando sentarse. Se pasaba las manos por el abdomen buscando la forma del bebé, pero no distinguió nada. Tampoco se creía ni por un instante que estuviese en un hospital si no hubiese pasado algo terrible.

Entonces, el bebé empezó a dar patadas como si ya fuese hora de presionar contra su diafragma.

Era muy desagradable, pero la alegría era tan intensa que le dio igual por qué estaba allí o lo que pudiera ir mal mientras le pasara a ella y no al bebé.

Se limpió la cara con la mano que no estaba conectada a los aparatos, aunque estuviera temblorosa, y entonces lo vio.

Comprendió, con cierto retraso, que la enfermera le hubiese llamado señora Accardi. Naturalmente, era como tenía que llamarla, pero nadie se lo había llamado durante su breve matrimonio.

Sin embargo, no tuvo tiempo de pensar en eso porque todo se le vino a la mente como un tsunami.

La Navidad perfecta aunque hubiese planeado marcharse. El cuarto del niño y lo que significaba que él se hubiese tomado la molestia solo para que estuviera contenta. Lo mucho que había deseado que algo así significara más de lo que significaba porque ella se había enamorado mientras él se había limitado a embellecer la jaula...

Sin embargo, al mirarlo en ese momento, tuvo que preguntarse si no habría exagerado.

Ago tenía un aspecto... tosco para ser él. Tenía una barba incipiente que le daba un aire canalla que hacía que sintiera un cosquilleo por dentro y por fuera. Llevaba pantalones y un jersey de cachemir que le parecía muy informal para ser él. No llevaba traje.

Parecía como si no hubiese dormido desde hacía unos días y quiso levantarse y acariciarle la cara para cerciorarse de que estaba bien... pero era posible que ella fuera la que no estuviese bien.

Estaba en la cama de un hospital aunque no sabía por qué, pero, aun así, cuando la miró con esos ojos azul oscuro, todo su cuerpo se tensó y notó esa calidez arrebatadora entre las piernas... por si hubiese llegado a creer que su enamoramiento había sido un enajenamiento mental transitorio en la villa de Italia.

—No recuerdo qué pasó —comentó ella en voz baja—. Estaba en las escaleras...

—Gracias —Ago se dirigió a la enfermera para hacerse cargo de la situación—. Eso será todo por el momento.

—Le diré al doctor que la señora Accardi ha recuperado la consciencia —replicó la enfermera asintiendo con la cabeza.

La enfermera salió y cerró la puerta, pero Ago tardó en volver a mirar a Victoria. Se quedó apoyado en la pared y ella supo que había estado allí, en la butaca que tenía al lado, con ella, las horas o días que hubiesen pasado.

—Los periodistas están intentando tirar la puerta —comentó él aunque no con el tono airado que ella podría haber esperado—. Creo que es mejor no darles más datos. Si soy sincero, prefiero las historias que se inventan, son más divertidas.

—¿Me he dado un golpe en la cabeza? —preguntó Victoria parpadeando—. ¿Eso es lo que me ha pasado? ¿Estoy en coma y estoy soñando que Ago Accardi está frivolisando con el hecho de que los

periodistas lo persigan? —ella tardó un momento en caer en la cuenta de lo que debía de significar—. ¿Significa eso que conocen mi existencia?

—Sí —contestó él en un tono tan sombrío como podría haber esperado ella—. Estos últimos días han sido un follón. Mientras dormías, la prensa sensacionalista de toda Europa ha competido para contar la versión más escabrosa de cómo y cuándo nos conocimos, de si habías pensado casarte con mi hermano o no y, naturalmente, de quién es el padre de tu hijo. Si soy sincero, creo que pasaron por alto las indiscreciones anteriores de Tiziano, pero se han agarrado a esta con verdadero placer.

Victoria sacudió la cabeza cuando se le llenó de preguntas. Entonces, se quedó inmóvil como si esperara un dolor concreto. Se acordó fugazmente de aquel dolor de cabeza...

Sin embargo, no sintió nada. No se sentía normal del todo, pero tampoco tenía ningún dolor, ni siquiera los calambres que recordaba vagamente de la noche de Navidad.

—Ago, no entiendo qué está pasando. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué pasó? ¿Estamos totalmente seguros de que el bebé está bien?

—Yo también me he preguntado lo mismo —contestó él con una seriedad que le tranquilizó a ella—. Se lo he preguntado a todos los ginecólogos de este hospital y del Reino Unido y, según todos, el bebé está bien. Les preocupabas tú.

—No le habré hecho nada, ¿verdad? —le preguntó ella con espanto.

—No, mia mogliettina, no le has hecho nada —contestó Ago con una delicadeza que le dejó desconcertada—, pero él sí estuvo a punto de hacerte algo.

—No pasa nada —replicó ella acariciándose el abdomen con un alivio absoluto—. Puedo aguantar dos meses más.

—En cuanto a eso...

Ago se acercó, se sentó en la butaca que había al lado de la cama y, para asombro de ella, le tomó una mano.

—Solo me has pedido una cosa, Victoria, ¿te acuerdas?

Victoria separó los labios y una oleada de emoción se adueñó de ella. Sin embargo, solo se acordaba de que había bajado las escaleras de la villa y de que sabía que él bajaba detrás de ella.

—¿Te he pedido algo? —ella intentó sonreír con su serenidad habitual, pero no pudo—. No me parece propio de mí.

—No deberías tener el más mínimo reparo en pedirme cualquier cosa. No solo deberías pedir cualquier cosa, deberías esperar que tu esposo hiciese todo lo que estuviese en su mano para darte lo que le pidas y más.

Ago lo dijo con un repentino arrebato de pasión, de la pasión que ella solo esperaba oír cuando lo tenía dentro, pero no estaba dentro. El corazón le dio un vuelco y, una vez más, sintió como si tuviera una mano en el cuello, pero, esa vez, no supo si quería romper la tensión entre ellos o ceder a ella. Aunque daba igual porque él seguía hablando.

—Me pediste la libertad y la tendrás.

—Oh...

Ella seguía agarrándole la mano y se dejaba arrastrar por sus ojos azul oscuro. No pensaba en la libertad ni mucho menos.

—Mmm... Gracias...

—Solo te pido una cosa —él la agarró la mano con más fuerza, pero a ella le gustó—. Los médicos han dicho que estarían más tranquilos si te quedaras en cama durante el resto del embarazo. Espero que me permitas hacértelo lo más fácil posible hasta que haya nacido el bebé —Ago tragó saliva y ella comprendió que eso le resultaba difícil—. Después, podrás hacer lo que quieras con todas mis bendiciones.

Victoria estuvo segura de que estaba soñando. Él volvió a apretarle la mano y ella pudo notar su calidez y su fuerza, pudo captar la intensidad de su rostro y la sinceridad absoluta de su mirada.

Fue su perdición.

Sin embargo, se acordó de que había oído aquella conversación con su padre por teléfono y de que se había dado cuenta de que todo era mentira.

—Supongo que esta es otra versión de tu jugada, ¿no? —a ella le pareció que estaba gritándolo aunque sabía que no estaba haciéndolo—. Utilizas a nuestro hijo, utilizas cualquier cosa para que yo haga lo que tú quieres. Intenté decírtelo, Ago, ya lo hice. Tiene que haber un legado mejor que este.

Ella supuso que él le soltaría la mano, se levantaría y bramaría desde su imponente estatura. Quizá estuviera recordándolo o quizá fuese que lo conocía, pero, fuera como fuese, se preparó para que la desarmara, para que le recordara todas sus deficiencias y que debería estar agradecida porque se preocupaba por ella. ¿No le había amenazado con encadenarla?

Sin embargo, Ago no se movió.

—Estoy de acuerdo —él le levantó la mano y le besó los nudillos aunque no dejó de mirarla a los ojos—. ¿Qué me dices del amor?

Fue como si todo... se hubiese parado y a Victoria le sorprendió que todavía pudiese oír el pitido de las maquinas a las que estaba conectada. Aunque se dio cuenta de que no podía fiarse de lo que oía.

—¿Qué...?

—Si el amor es el único legado que importa, mia mogliettina, entonces, solo me dedicaré al legado del amor —él sonrió cuando ella lo miró con los ojos como platos—. Eso fue lo que me dijiste, mia amata, antes de que te desplomaras en mis brazos y creyera que estabas muerta.

Victoria lo miró con los labios separados como si intentara asimilar lo que estaba pasando y, al mismo tiempo, intentara recordarse que, probablemente, todo eso era una farsa... aunque sentía en lo más profundo de su ser que no era nada por el estilo.

Ago se puso serio, como si pudiera interpretar todo eso en su rostro, aunque sus ojos todavía resplandecían.

—Te prometo, aquí y ahora, que todos los votos que hicimos en la iglesia significan algo. Quiero amarte y honrarte. Quiero ocuparme de ti y de nuestro hijo y no hacerle nunca lo que me hicieron a mí. Te prometería todas esas cosas ahora mismo y lo haría con toda mi alma, pero lo cierto es que no las he hecho nunca, que me enseñaron desde muy pequeño que el amor es el enemigo y sospecho que no lo haré muy bien, pero lo intentaré por ti, mia adorable mogliettina. Lo intentaré todos los días a todas horas.

Ella estaba escarmentada. Sabía que no había nada peor que la esperanza, aunque no podía contenerla por mucho que lo intentara. Se adueñaba de ella, derrumbaba los muros y hacía que se preguntara... ¿y si...?

Además, tenía la disparatada idea de que esa libertad con la que había soñado estaba esperándola ahí si tenía el valor de dar el paso. No para alejarse de él sino para acercarse.

No había ni la más mínima parte de su ser que quisiera alejarse de él por mucho que creyera que debería hacerlo.

Victoria le tomó la otra mano.

—No pasa nada —replicó ella con delicadeza—. No me importa que no tengas experiencia. Alguien me dijo una vez que lo que cuenta es el entusiasmo.

Ella vio que su rostro sombrío se iluminaba porque se lo dijo él aquella noche en el jardín de su tío. En ese momento, como entonces, Victoria sonrió y se acercó a él.

—Confía en mí.

—Te amo —él hizo una pausa como si quisiera paladear esas palabras—. Te amo, Victoria, y creo, si soy sincero, que te amo desde que te vi en aquella cena en casa de tu padre. Sin embargo, era incomprendible para mí. Di por supuesto que si me sentía alterado en tu presencia, tenía que desestimarte. Te mantuve cerca de la única manera que podía entenderlo.

—Intentando endosarme a tu hermano —comentó ella con ironía—. Es casi un poema de amor.

Entonces, por fin, ella creyó que todo eso podía ser real. El serio, inflexible y sombrío Ago levantó la mano para besarle los nudillos otra vez. Además, sonrió cuando volvió a mirarla y ella vio un resplandor en el azul oscuro de su mirada.

—Me traicioné completamente para poder tocarte en aquel jardín —siguió él con la voz ronca y algo que se parecía mucho a la alegría—. Volvería a hacerlo y lo hice. Me dejaste y te busqué, y tuve la brillante idea de retenerte utilizando el sexo. Estaba seguro de que podría amarte así sin sentir nada más, pero no dio resultado. Mi amor, nada de todo eso ha dado resultado.

—Ago... —susurró ella sin cansarse de saborear su nombre—. Me habría casado con tu hermano porque habría sido fácil, amigable, sin complicaciones.

—Yo me temo que sí habría habido complicaciones —murmuró Ago sacudiendo la cabeza.

Ella sonrió con una felicidad que no recordaba haber sentido nunca.

—Es posible que tú y yo no seamos fáciles e, incluso, es posible que algunos días no seamos amigables, pero habrá alegría. Algunas veces será complicado, pero ¿cómo no iba a serlo amar así a alguien? Sin embargo, habrá amor porque te amé al principio y te amaré siempre. Estoy deseando que llegue el resto de nuestras vidas para demostrártelo.

—Solo tienes que pedirlo, mi amor —ella se movió para que él pudiera acercarse más y le besara la frente, las mejillas y los labios—. Píde lo que quieras, mia mogliettina, mi amor, y lo tendrás.

—Solo quiero una cosa —susurró ella sin separar los labios de los de él.

—Dímela —casi le ordenó él.

Ella apartó la cabeza y le tomó la cara con una mano, su adorada y preciosa cara.

—Tú. Te quiero a ti, Ago, para siempre.

—¿No lo ves? —murmuró él—. Siempre he sido tuyo. Desde que nos conocimos y en todo momento desde entonces.

Y solo el hecho de que estuvieran en la habitación de un hospital les impidió demostrarse su amor.

## *Capítulo 12*

UNOS días después, Victoria celebraba Año Nuevo abrazada a su amor en la villa mientras Ago la leía lo que decía la prensa sensacionalista sobre su escandalosa relación y se reían juntos como si solo fueran cuentos de hadas.

—Solo es una historia más, mia amore —le dijo un día Ago cuando ella se enfadó por lo que decían algunos periódicos—. Recuerda que nosotros sabemos la historia de verdad.

Además, la historia de verdad era mejor en todos los sentidos y era suya.

Después del susto, su hijo llegó al mundo en su fecha y muy sano. Cristiano Domenico Accardi era una amenaza desde el primer aliento..., pero estaban entusiasmados.

Sin embargo, ahí fue donde empezó el verdadero trabajo. Las cosas no eran siempre fáciles. Ninguno de los dos, cuando llegaba el momento, sabía gran cosa del amor o de las relaciones sanas que algunas personas sabían tener, o eso parecía.

—Quizá puedas escribirlo en tu diario para las generaciones venideras —gruñó Ago después de una tarde aciaga—. Que se olvide de la esperanza todo el que se meta.

—Eso sería abdicar —replicó ella.

Ago se ofendió, pero lo resolvieron como siempre. Hablándolo mucho después de haber expresado todas las diferencias en la cama.

Él le dijo, muy solemnemente, que debería conocer el mundo y aprovecharse de su libertad. Sin embargo, la verdad era que el mundo que ella quería conocer era el mundo que tenía con Ago. Por eso, viajaron juntos y pasaron el primer año de vida de Cristiano yendo a todos los sitios que le habían prohibido conocer sola.

Además, aunque habían decidido que planearían bien la llegada del siguiente hijo, la naturaleza decidió otra cosa. Su segundo hijo, el aparentemente alegre Fabiano, nació quince meses después que su hermano mayor.

—Te diré que tengo la fantasía permanente de verte embarazada de nuestros hijos una y otra vez.

Ago se lo comentó a la segunda mañana de vida del pequeño Fabiano, mientras le daba el pecho con Cristiano hecho un ovillo a su lado.

Victoria supo que no eran solo las hormonas ni el disparatado amor que sentía por los dos niños; supo que no era por cómo la miraba Ago tumbado a los pies de la cama y apoyado en un codo, como si no hubiese visto nada más hermoso en su vida; supo que quizá fuesen todas esas cosas, pero que, sobre todo, era sencillamente... maravilloso.

Era bienestar, eran ellos, era su historia... Le sonrió como si el corazón fuese a explotarle de amor.

—Soy una esposa Accardi —murmuró ella—. Mi deber y mi dicha es obedecer.

Dejaron un legado de risas y lágrimas, de más dicha que dolor. Siete pares de pies que entraban y salían de la villa. Había espacio de sobra por los alrededores para seis hijos Accardi asilvestrados y una hija Accardi, la terrible Luna que los atemorizaba a todos.

Cada vez que se quedaba embarazada, su marido la dibujaba y pintaba y sus retratos colgaban de las paredes junto a sus antepasadas hurañas, desdichadas y solitarias, y con diarios llenos de rabia y corazones rotos.

La matriarca en ese momento, por el contrario, se sentía rebotante de vida y amor, embarazada y, sobre todo, feliz.

Como se imaginó cuando se conocieron en Londres, su cuñada Annie y ella se hicieron amigas enseguida. Además, a lo largo de los años, los hijos de Tiziano y Annie, con ojos grises y peligrosamente atractivos, se convirtieron más en amigos que en primos de los hijos de Ago y Victoria, estos con ojos azules. Formaron la familia de la que Victoria había oído hablar, pero que no había creído que tendría.

En alguna ocasión, invitaba a su padre para que la visitara aunque Everard no podía soportar el ruido o su manera de educar a sus hijos. Según él, como animales salvajes.

—Creo que él cree que me ofende —le comentó ella a Ago después de una de esas visitas.

—Déjale... —murmuró su marido besándole el cuello.

Su último hijo estaba dormido y el anhelo del uno por el otro no paraba de crecer. Era como si fuese más deslumbrante y ardiente con la edad. Creaban la llamarada perfecta de las chipas que brotaron de ellos una vez y de las tormentas que habían aprendido a capear juntos. Dejarían que ardiera el resto de sus vidas y se cerciorarían de que ese fuera el legado para sus hijos, no el deber y el sacrificio, el amor ante todo.

Nada importaba de verdad si no había amor y en su casa había tanto amor que hasta las paredes temblaban, era ruidoso y desenfrenado, apasionado y sincero.

Era tan sincero que algunas veces, solo algunas veces, su impresionante marido se olvidaba del dominio de sí mismo que tanto le había costado tener y era tan maravillosamente humano como uno más.

Aunque solo con ella, como a ella le gustaba.